

Janet Malcolm

EL PERIODISTA Y EL ASESINO

De la absolución a la silla eléctrica: el celo profesional de un periodista entre la verdad y la codicia.

En el verano de 1984 un individuo inició un pleito contra un autor...; en el juicio cinco de los seis miembros del jurado estaban persuadidos de que un hombre que cumplía tres sentencias consecutivas por el asesinato de su esposa y de dos hijas pequeñas merecía más simpatía que el autor que lo había engañado. Me enteré de ese caso



sólo después de haber finalizado el juicio, cuando recibí una carta

fecha el 1º de setiembre de 1987 de un tal Daniel Kornstein. La carta —que había sido enviada a unos treinta periodistas de todo el país— comenzaba así:



«Soy el abogado que defendió a Joe McGinniss, autor de Visión fatal, en un juicio de seis semanas recientemente con-

Editorial Gedisa ofrece
los siguientes títulos sobre

COMUNICACION Y SOCIOLOGIA

pertenecientes a sus diferentes colecciones y series
(Grupo "Ciencias Sociales")

- | | |
|-------------------------------------|---------------------------------------------------------------------|
| JANET MALCOM | <i>El periodista y el asesino</i> |
| JON ELSTER | <i>El cemento de la sociedad</i> |
| JACQUES PERRIAULT | <i>Las máquinas de comunicar</i> |
| M. MCLUHAN Y
B. R. POWERS | <i>La aldea global</i> |
| JEFFREY C. ALEXANDER | <i>Las teorías sociológicas desde
la Segunda Guerra Mundial</i> |
| GREGORY Y
MARY CATHERINE BATESON | <i>El temor de los ángeles</i> |
| ISAAC JOSEPH | <i>El transeúnte y el espacio
urbano</i> |
| PAUL WATZLAWICK Y OTROS | <i>La realidad inventada</i> |
| PIERRE BOURDIEU | <i>Cosas dichas</i> |
| ELISEO VERÓN | <i>Construir el acontecimiento</i> |
| PAUL YONNET | <i>Juegos, modas y masas</i> |
| MARC AUGÉ | <i>El viaje-o subterráneo</i> |
| MARC AUGÉ | <i>Travesía por los jardines de
Luxemburgo</i> |

COMUNICACION Y SOCIOLOGIA

ELISEO VERÓN *La semiosis social*

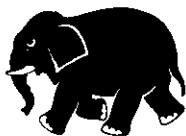
ALAIN BERRENDONNER *Elementos de pragmática
lingüística*

GEORGES LAPASSADE *Socioanálisis y potencial
humano*

NORBERT ELIAS *Sociología fundamental*

Janet Malcom

EL PERIODISTA Y EL ASESINO



COLECCION
El Mamifero Parlante
Serie menor

EL PERIODISTA Y EL ASESINO

*De la absolución a la silla eléctrica: el
celo profesional de un periodista
entre la verdad y la codicia*

por

Janet Malcom

gedisa
editorial

Titulo del original en inglés:
The Journalist and the Murderer
© 1990 by Janet Malcom

Traducción: Alfredo Báez
Cubierta: Maqueta de colección: Julio Vivas
Realización: Gustavo Macri

Primera edición, Barcelona, España, 1991

Derechos para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa
Muntaner, 460, entlo., 1ª
Tel. 201 6000
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-418-1
Depósito legal: 31.540-1991

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

*De manera que un novelista es lo mismo que
un periodista. ¿Es eso lo que usted dice?*

**(Pregunta hecha por el juez William J. Rea
durante el juicio MacDonald-McGinniss,
7 de julio de 1987)**

Todo periodista que no sea demasiado estúpido o demasiado engreído para no advertir lo que entraña su actividad sabe que lo que hace es moralmente indefendible. El periodista es una especie de hombre de confianza, que explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de éstas para luego traicionarlas sin remordimiento alguno. Lo mismo que la crédula viuda que un día se despierta para comprobar que se ha marchado el joven encantador con todos sus ahorros, el que accedió a ser entrevistado aprende su dura lección cuando aparece el artículo o el libro. Los periodistas justifican su traición de varias maneras según sus temperamentos. Los más pomposos hablan de libertad de expresión y dicen que “el público tiene derecho a saber”; los menos talentosos hablan sobre arte y los más decentes murmuran algo sobre ganarse la vida.

La catástrofe que sufre el individuo entrevistado no es simplemente una cuestión de poco halagadora semejanza o falsa interpretación de sus ideas; lo que le duele, lo que lo encona y a veces

lo empuja a extremos de venganza es el engaño de que ha sido objeto. Al leer el artículo o el libro en cuestión, ese individuo debe afrontar el hecho de que el periodista — que parecía tan cordial y simpático, tan agudo para comprenderlo, tan notablemente coincidente con su visión de las cosas— nunca tuvo la menor intención de colaborar con él sino que en todo momento se proponía escribir su propio artículo. La disparidad entre lo que parece ser la intención de una entrevista mientras ésta se desarrolla y lo que realmente resulta de ella es siempre un choque para el sujeto entrevistado. Su situación se asemeja a la del sujeto del famoso experimento psicológico de Stanley Milgram (desarrollado en Yale a comienzos de la década de 1960); en ese experimento se hacía creer al sujeto que estaba participando en un estudio de los efectos producidos por el castigo en el aprendizaje y en la memoria, cuando en realidad se estaba estudiando la propia capacidad de crueldad del sujeto bajo la presión de la autoridad. En un ingenioso escenario de laboratorio fingido, al “ingenuo sujeto” — un voluntario que había contestado a un aviso publicado en un diario de New Haven— se le decía que aplicara una descarga eléctrica cada vez más dolorosa a la persona, presumiblemente otro voluntario, que respondiera equivocadamente a las preguntas de un cuestionario. En *Obediencia a la autoridad*, su libro sobre el experimento, Milgram manifiesta su sorpresa por el gran número de sujetos que obedecían al experimentador y que continuaban apretando la palanquilla aun cuando la víctima de las descargas eléctricas diera alaridos de dolor

o, mejor dicho, de simulado dolor, puesto que todo allí estaba urdido: el aparato eléctrico conectado a la víctima era un elemento del escenario y la víctima misma era un actor. La idea de Milgram había sido la de ver cómo se comportaban norteamericanos corrientes colocados en una situación aproximadamente comparable con la de los alemanes corrientes a quienes se les había ordenado participar activamente en el exterminio de los judíos de Europa.

Los resultados no fueron ciertamente alentadores. Aunque unos pocos individuos se negaron a continuar con el experimento al contemplar los primeros signos de dolor de la víctima, los más de los sujetos continuaron dócilmente aplicando descarga eléctrica tras descarga eléctrica. Sin embargo, las escalofriantes conclusiones de Milgram no vienen aquí al caso. Lo que importa señalar es la *estructura* de la situación: el engaño deliberado seguido por un momento de demoleadora revelación. El vertiginoso cambio de perspectiva experimentado por el sujeto del experimento de Milgram cuando era "informado" o "desengañado", como dice Milgram, puede compararse con la dislocación experimentada por el personaje tratado en un libro o en un artículo cuando éste lee el escrito por primera vez. El personaje objeto del escrito no sufrió la tensión ni la ansiedad experimentada por el sujeto del "experimento Eichmann" (como también se lo llamó); por el contrario, durante el período de las entrevistas vivió una especie de fiesta narcisista, pero llegado el momento de la revelación se ve confrontado con el mismo mortificante espectáculo

de haber fracasado en una prueba de carácter a la que él ignoraba que estaba siendo sometido.

Sin embargo, a diferencia del lector de *Obediencia a la autoridad*, a quien Milgram comunica los detalles técnicos del engaño, el lector de un artículo periodístico sólo puede imaginarse cómo el autor logró que el sujeto diera de sí semejante espectáculo. Por su parte, no es probable que el sujeto mismo pueda dar la respuesta. Después de su desengaño, tiende a recogerse en sí mismo, alejarse del desastre, relegar sus relaciones con el periodista a un montón de basura, como esas aventuras amorosas que terminan mal, y lo mejor es excluirlas de la conciencia. En ocasiones, un sujeto ha llegado a estar tan cogido en la red del periodista que no puede librarse de él y mucho después de la publicación del irritante libro la relación se mantiene por obra de un interminable pleito que el sujeto inicia para tener atado al autor. Pero ni siquiera aquí la perfidia del periodista queda expuesta a la vista pues el abogado que se hace cargo de la causa del sujeto traduce la historia de seducción y de traición en uno o varios casos convencionales de la ley de injurias, como difamación de un personaje o falsa enunciación de los hechos o temerario desprecio por la verdad.

* * *

En el verano de 1984, un individuo inició un pleito contra un autor en el cual, notablemente, el relato subyacente de amor traicionado no estaba expresado como en uno de esos relatos con-

vencionales sino que antes bien estaba expuesto de manera tan apremiante y precisa que en el juicio cinco de los seis miembros del jurado estaban persuadidos de que un hombre que cumplía tres sentencias consecutivas por el asesinato de su esposa y de dos hijas pequeñas merecía más simpatía que el autor que lo había engañado.

Me enteré de ese caso sólo después de haber finalizado el juicio, cuando recibí una carta fechada el 1º de setiembre de 1987 de un tal Daniel Kornstein. La carta — que había sido enviada a unos treinta periodistas de todo el país— comenzaba así:

“Soy el abogado que defendió a Joe McGinniss, autor de *Visión fatal*, en un juicio de seis semanas recientemente concluido en Los Angeles. Como usted tal vez sepa, el pleito fue entablado por el convicto del triple asesinato, Jeffrey MacDonald, el personaje del libro de McGinniss.

El juicio terminó habiéndose manifestado el jurado en desacuerdo. Aunque el demandante no logró nada, la posibilidad de que se reabra el juicio significa en un sentido muy real que las cuestiones planteadas por esa causa judicial están todavía vivas, abiertas y no decididas. A decir verdad, uno de los miembros del jurado — quien admitió que no había leído un libro desde la época de la escuela secundaria— habría dicho posteriormente que daría ‘millones de dólares por sentar un ejemplo para todos los autores y mostrarles que no pueden decir mentiras’ a los sujetos entrevistados”.

Kornstein continuaba caracterizando el litigio como un intento de “establecer un nuevo pre-

cedente en virtud del cual el periodista o autor se vería legalmente obligado a revelar sus verdaderos pensamientos y actitudes respecto de la persona entrevistada durante el proceso de redacción e investigación” y luego hablaba de la “grave amenaza a las libertades periodísticas establecidas” que representaría semejante precedente:

“Por primera vez, se ha permitido que una persona entrevistada y descontenta entablara pleito a un autor por motivos que nada tienen que ver con la verdad o falsedad de lo que se publicó... Ahora, por primera vez el proceder y puntos de vista de un periodista durante todo el proceso creativo se ha convertido en una cuestión que debe ser resuelta por el juicio del jurado... La reclamación de MacDonald sugiere que los periodistas de diarios y revistas así como los autores de libros pueden ser sometidos a juicio por escribir veraces pero poco halagadores artículos, si alguna vez obraron de manera que indicara alguna actitud de simpatía respecto del sujeto entrevistado.”

Kornstein acompañaba su carta con copias del testimonio de William F. Buckley hijo y de Joseph Wambaugh, que habían declarado como testigos expertos por la defensa, y con resúmenes de su propia declaración final, “en la que trataba yo de subrayar la gravedad y alcance de esta nueva amenaza a la libertad de expresión”. Kornstein concluía diciendo: “Joe McGinniss y yo sentimos que el peligro es suficientemente claro para merecer que usted atienda a él y se ocupe de este asunto”.

Me dejé atrapar por el lazo que me tendía Kornstein — no sé si algún otro de los periodistas a quienes escribió el abogado hizo lo mismo que yo—, y unos pocos días después me encaminaba a Williamstown, Massachusetts, para hablar con Joe McGinniss en su casa. Traté de imaginar cómo se desarrollaría la entrevista, que sería la primera de una serie de conversaciones grabadas en cintas magnetofónicas que McGinniss y yo habíamos convenido en mantener las semanas siguientes. Yo nunca antes había entrevistado a un periodista y sentía curiosidad por lo que podría pasar con un periodista ducho que ciertamente no sería una persona ingenua. Evidentemente en la entrevista no se sentiría esa especie de incomodidad moral que el individuo ingenuo obliga a soportar al periodista como precio de la oportunidad que éste tiene de comprobar una vez más la fragilidad de la naturaleza humana. McGinniss y yo seríamos menos experimentador y persona entrevistada que dos experimentadores, quienes después de la jornada de trabajo pasada en el laboratorio regresarían juntos a su casa departiendo amablemente sobre los problemas de la profesión. El aparato de grabación conservaría todo cuanto dijéramos; la conversación sería seria, se desarrollaría en un nivel elevado y tal vez sería vivaz y hasta ingeniosa.

No ocurrió nada de todo eso. McGinniss se negó a desempeñar el papel de coexperimentador y prefirió asumir el de sujeto entrevistado. Después de la primera hora, de las cinco que pasamos juntos, dejé de esforzarme por mantener mi programa de conversación elevada entre colegas y

cedí al imperativo de McGinniss para que jugáramos el viejo juego de las confesiones, en virtud del cual los periodistas se ganan su pan y las personas entrevistadas se entregan a su masoquismo. Porque, por supuesto, en el fondo ningún sujeto es ingenuo. Toda viuda embaucada, todo amante decepcionado, todo amigo traicionado, toda persona sobre la cual se escribe sabe en algún nivel lo que le aguarda y de todos modos permanece aferrado a esa relación impulsado por algo que es más fuerte que la razón. El hecho de que McGinniss (que había entrevistado a centenares de personas y conocía aquel juego a fondo) se exhibiera sin embargo ante mí como un hombre que estaba a la defensiva, en actitud farisaica, intimidado, sólo demuestra la intensidad de esa fuerza. Al aproximarse el fin de la jornada, McGinniss me habló de un sueño que había tenido durante la noche anterior: "Me encontraba de nuevo en los tribunales de Los Angeles donde se desarrollaba un segundo juicio. Entonces me dije: 'No, esto no puede ocurrir. No estoy todavía preparado, es demasiado pronto; aún no me he recobrado del primer juicio'. Cuando me desperté esta mañana, mi análisis del sueño hecho por un aficionado me dijo que se trataba de la conversación que iba a mantener hoy con usted. Ese sería el nuevo juicio. No parecía una interpretación muy sutil. El mensaje era bien superficial". A las seis de la tarde el aparato de grabación hizo oír un golpe seco, y aunque McGinniss continuaba sentado y esperando que yo colocara una nueva cinta, decidí poner fin a la entrevista. Dos días después me llamó para cancelar nuestras futuras

entrevistas y decirme: "Deseo dejar todo esto detrás de mí"; aquello no me sorprendió, antes bien me alivió pues había comenzado a darme cuenta de que la confesión que McGinniss me hacía no era nada nuevo. Alguien la había oído antes y lo que me decía ahora McGinniss era una repetición. Unas semanas después, al leer las copias de las actas del proceso MacDonald-McGinniss, supe de quién se trataba y de qué se trataba. Aquello de lo que McGinniss no se había recobrado todavía —aquello que sin duda había estado reviviendo intensamente en su imaginación durante su entrevista conmigo— era un interrogatorio que había durado cuatro días y medio y al que lo había sometido Gary Bostwick, el abogado del demandante. Bostwick había maltratado a McGinniss de manera tal que lo había demolido. Lo que McGinniss debió experimentar durante aquel juicio era lo que se experimenta en esas pesadillas de las cuales se despierta uno con lágrimas de gratitud por el hecho de que se trate sólo de un sueño. Nadie que no tuviera un corazón muy endurecido podría leer la copia del interrogatorio de Bostwick sin sentir lástima por McGinniss. Pero ni siquiera el más adicto y fiel defensor del derecho que tiene un periodista a hacer su trabajo puede dejar de preguntarse cómo McGinniss pudo haber sido tan imprudente de dejar un testimonio escrito de su mala fe, en la forma de unas cuarenta cartas dirigidas a MacDonald.

* * *

McGinniss tiene cuarenta y ocho años y publicó seis libros; el más reciente es *Blind Faith* de 1989. El primero, *The Selling of the President*, de 1968, escrito cuando tenía veintiséis años, le valió inmediatamente fama y aclamación. En la campaña presidencial Nixon-Humphrey de 1968, McGinniss había penetrado en el interior de la agencia de publicidad contratada por Nixon y en su libro revelaba las técnicas mediante las cuales Nixon había aparecido en la televisión como una figura aceptable. Aquello ocurría en los primeros días en que se empleaba la televisión en la propaganda política y las revelaciones de McGinniss (que hoy resultan muy moderadas) parecieron llamativas y ominosas. En la solapa del libro se citaban unas palabras del derrotado Humphrey, quien habría dicho: "El mayor error de mi vida política fue no haber aprendido a usar la televisión" y "Estoy metido en una política de embalaje. Es una abominación que un hombre se entregue completamente a las manos de los técnicos, de los escritores que le escriben discursos, de los expertos y que luego se lo presente sólo como un atrayente paquete".

Durante nuestra conversación, McGinniss me contó cómo había llegado a escribir *The Selling of the President* y me sorprendió cuando me dijo que por primera vez se le había ocurrido la idea de informar sobre la campaña de publicidad presidencial frecuentando el campo de Humphrey. "La gente de Humphrey decía '¿Está usted loco? Todo esto es secreto. El público no debe enterarse de nada. De ninguna manera'. La agencia publicitaria de Humphrey era el muy agudo gru-

po de Doyle Dane Bernbach que reconocía que un libro que llamara la atención sobre aquel proceso no les sería favorable, de manera que no me facilitaron el acceso a sus manejos. La gente de Nixon era casi conmovedoramente ingenua y decía '¡Ah, realmente! ¿Un libro? Sí, por supuesto.' Esa era gente que tenía poca experiencia en cuanto a que se escribiera sobre ella". Luego, como si el espectro de Bostwick acabara de aparecer junto a él, McGinniss agregó: "Pero en modo alguno sentí la obligación de decirles cuando llegaba todas las mañanas a sus oficinas: 'Señores, debo recordarles nuevamente que estoy afiliado al partido Demócrata, que me propongo votar contra el señor Nixon, que pienso que lo que ustedes están haciendo — que es tratar de engañar al pueblo norteamericano— es siniestro y malévollo y que me propongo pintar a ustedes en términos tales que no les parecerán halagüenos'. Yo no sentía ninguna obligación de hacer semejante declaración, y cuando ellos hablaban de lo que estaban haciendo y se volvían a mí para preguntarme: '¿Qué piensa usted de esto?', yo les decía: 'Sí, me parece bien, siempre que se haga efectivamente.' Trataba de que mi presencia resultara lo menos molesta posible. Y cuando el libro se publicó aquellos hombres reaccionaron enfurecidos o con divertidas muecas; todo dependía de su sentido del humor o de su grado de pasión como nixonianos. Pero en todo caso a nadie se le ocurrió iniciarme un pleito porque había quedado defraudado al creer que yo iba a escribir algo diferente de lo que realmente escribí".

El siguiente libro de McGinniss fue una no-

vela, *The Dream Team*, que fue un fracaso comercial y de crítica. Luego, en 1976, publicó un curioso libro titulado *Heroes*. Es una obra confesional que —igual que muchos de esos ejercicios— confiesa algo diferente de lo que el autor piensa que está confesando; al convertirse en tema del libro el que hace la autobiografía se coloca en la situación de ser traicionado por sí mismo en no menor medida que el personaje sobre el cual escribe algún otro autor. *Heroes* alterna capítulos sobre (entre otras cuestiones personales) la incapacidad de McGinniss de ser amable con su amiga, Nancy Doherty (que es ahora su segunda esposa), porque se siente culpable de dejar a su mujer y a tres hijos, con otros capítulos que tratan sobre encuentros con figuras públicas tales como Eugene McCarthy, Ted Kennedy, Daniel Berrigan, George McGovern, William Westmoreland y William Styron, quienes lo decepcionan y lo confirman en su idea de que ya no quedan héroes en el mundo. Antes de reunirse con McCarthy en un almuerzo que debe celebrarse en Toots Shor's, McGinniss repasa las líneas de su programa de conversación:

“Lo que yo deseaba decirle era: ‘Mire, alguna vez usted era el centro de las cosas. Todo giraba alrededor de usted. Usted comprimó todo su universo hasta formar con él una bola que mantenía en sus manos y que nadie podía tocar. Ahora ya no es así. El momento ha pasado. Y no regresará’. Deseaba decirle también que alguna vez yo había estado en el centro de las cosas: a los veintiséis años había escrito un libro que había llegado a ser el best-seller de las obras que no eran de

ficción en los Estados Unidos. El libro había recibido buenas críticas de casi todas partes, se lo consideraba importante y yo, por su autor, también era importante. Era la persona más joven (así me lo dijeron) que había escrito un libro convertido en el número uno de la lista de best-sellers del *New York Times*. Sin contar a Anne Frank. Aquel momento había pasado. En muchos aspectos, como me parecía que había obrado el propio McCarthy, yo había tratado de hacer que pasara. Una parte de McCarthy necesitaba no ganar. Una parte de mí necesitaba no tener éxito... Ahora, deseaba preguntar a Eugene McCarthy: *¿Qué ocurre luego? ¿Dónde está ahora el centro de las cosas? ¿Por qué no estamos allí? ¿Volveremos a estar allí alguna vez?* ”

McCarthy desilusiona a McGinniss por ser hombre reservado y opaco. No es “un hombre propenso a establecer rápida intimidad”, dice McGinniss, y para evitar una ronda de tragos que McGinniss organiza cuando Howard Cosell regresa al restaurante, McCarthy se escurre fuera mientras McGinniss está ausente. Ted Kennedy es igualmente evasivo. En Berrigan, McGinniss encuentra el interlocutor expansivo que había estado buscando. Pero después de haber pasado una noche achispada conversando con él, a la mañana siguiente McGinniss abre la libreta de anotaciones en que había registrado los puntos de vista de Berrigan y comprueba que en lugar de “las notas precisas y disciplinadas de un profesional” encuentra sólo garabatos ilegibles y esbozo de un chiste grosero. Con una llamativa excepción, las historias que McGinniss cuenta de sí

mismo en *Heroes* son bastante poco interesantes. La excepción está representada por un extraordinario incidente que se desarrolla a las diez y media de la mañana en la cocina de la casa de William Styron situada en Martha's Vineyard, donde McGinniss pasó la noche, la mayor parte de ella sentado y bebiendo con Styron, cuyo libro *Lie Down in Darkness* leyó cuatro veces. McGinniss escribe:

“Me desperté a las diez y media, si no todavía ebrio aún no del todo sobrio. La mañana era sombría y húmeda, Styron continuaba durmiendo. Bajé a la cocina en busca de algo que comer. Abrí la nevera. Lo primero que vi fue la lata de cangrejo de mar fresco, envasado al vacío, que había sido enviada desde Georgia. Styron me había hablado de ese cangrejo de mar con ciertos detalles la noche anterior. Me había dicho que era el único cangrejo enlatado de los Estados Unidos que tenía el gusto del cangrejo fresco. Eso se debía a su envase hecho en el vacío, según me explicó. Era un artículo muy costoso y extremadamente difícil de obtener; además era uno de sus manjares favoritos. Había estado guardando esa lata para una ocasión especial porque era la última que podría conseguir hasta el verano siguiente.

Abrí la lata, que hizo una especie de silbido como cuando se abre una lata de maníes o de pelotas de tenis. Probé un poco, estaba delicioso. Me dirigí rápidamente a la despensa y tomé un poco de harina, luego saqué salsa Tabasco y salsa Worcestershire. Luego tomé unos huevos, leche, crema, manteca y pimienta de la nevera. Amasé unas migas de pan. Tenía que trabajar rápidamente, antes que Styron se despertara. Durante

veinte minutos estuve mezclando, batiendo, vertiendo una cosa y otra. Luego lo puse todo dentro del horno. Aquello sería pastel de cangrejo de mar, una receta original. Sería delicioso. ¿Cómo podría salir mal? A todo esto había usado toda la lata de cangrejo.”

Styron aparece en su bata y cuando se entera de lo que ha hecho McGinniss se muestra incrédulo, luego ofendido. “¿Usó usted ese cangrejo de mar?”, pregunta Styron, y McGinniss continúa diciendo: “Era como si me hubiera sorprendido haciendo el amor con su mujer. ‘No esperaba que usted hiciera semejante cosa’, decía Styron”. El final de la historia es feliz — Styron recobra su buen humor y amabilidad cuando come el pastel de cangrejo que encuentra delicioso— y cojo. Pues lo que el incidente indica, lo que está por debajo de su superficie, es el terrible tema del robo prometeico, de la trasgresión cometida al servicio de la creatividad, del robo como fundamento del hacer. El hecho de que McGinniss se vea recompensado en lugar de ser castigado por su robo confunde la situación. Sí, un entrevistado puede ocasionalmente conceder a regañadientes que lo que han escrito sobre él no es malo, pero esto no hace que el autor sea por eso menos ladrón. El raro y succulento cangrejo de mar envasado, sellado, refrigerado, celosamente guardado es como la frágil esencia de una persona de la que se apodera el periodista para convertirla en un horrible comistrajo de su propia cosecha mientras el sujeto de la entrevista duerme. (“Ese cangrejo tiene un gusto muy delicado”, gimotea el

pobre Styron al enterarse de que McGinniss lo ha mezclado con migas de pan, crema batida y salsa Tabasco y Worcestershire.) Cuando McGinniss escribió este capítulo difícilmente podría haber sabido que algún día él mismo se encontraría en los tribunales de California mientras un despiadado abogado le trituraba el hígado. ¿O escribió aquellas cartas a MacDonald para asegurarse de que ése sería su destino?

McGinniss conoció a MacDonald en junio de 1979, en Huntington Beach, California. McGinniss acababa justamente de terminar *Going to Extremes*, una obra de reportajes sobre Alaska que debía restaurarle la reputación que había perdido con *The Dream Team* y *Heroes* y que habría de consagrarlo como humorista de dotes no desdeñables. Se encontraba en California como colaborador permanente del *Herald Examiner* de Los Angeles encargado de una sección de comentarios ligeros y agudos. Sin embargo el encuentro con MacDonald puso fin a la vena cómica de McGinniss y lo introdujo en un género —la “novela del crimen verdadero”— en el que nunca había trabajado. Afortunadamente para él los libros de este género publicados hoy en los Estados Unidos aparentemente necesitan satisfacer una condición —que sean interminablemente largos— y *Visión fatal*, la novela del crimen verdadero que ulteriormente escribió McGinniss, contaba con seiscientas sesenta y tres páginas, lo cual le aseguraba su lugar en la lista de los best-sellers, como habían previsto sus editores cuando dieron a McGinniss un anticipo de trescientos mil dólares. McGinnis

se vio atraído hacia su tema por una noticia que leyó mientras buscaba en los periódicos de Los Angeles asuntos para tratar en su sección: la Asociación de Policías de Long Beach patrocinaba una cena con danza para reunir fondos y pagar la defensa legal de Jeffrey MacDonald, un médico del lugar, que estaba a punto de ser juzgado por asesinato. McGinniss recordaba el crimen que había ocurrido nueve años atrás. El 17 de febrero de 1970, la mujer embarazada de MacDonald, Colette, de veintiséis años, y sus dos hijas, Kimberly y Kristen, de cinco y de dos años y medio, fueron apaleadas y apuñaladas en el apartamento que la familia poseía en Fort Bragg, Carolina del Norte, donde MacDonald prestaba servicios de médico en una unidad de Boinas Verdes. MacDonald fue acusado de los asesinatos y luego absuelto por un tribunal militar. Pero la historia que contó no condujo a ningún arresto y continuaba en pie la cuestión de por qué no se habían encontrado rastros de intrusos en el apartamento ni de por qué MacDonald había sido tan sólo golpeado hasta quedar inconsciente y exhibiendo sólo ligeros cortes, cuando su mujer e hijas fueron salvajemente asesinadas. McDonald dijo que aquella noche se había despertado a los gritos de su mujer y de su hija mayor y que había visto a cuatro intrusos, tres hombres que llevaban cachiporras y puñales y una mujer de largos cabellos que llevaba una linterna y cantaba "El ácido hace muecas" y "Mata a los cerdos". En respuesta a la presiones de Alfred Kassab, el padrastro de la mujer asesinada, el Departamento de Justicia reanudó la investigación en 1971 y al cabo de un período de varios

años formó una causa lo bastante apremiante contra MacDonald para hacerlo comparecer ante los tribunales. En los ocho años transcurridos MacDonald se había trasladado a California, donde llevaba una vida que no parecía ensombrecida ni por la pérdida de su familia ni por la nube de sospechas que pendían sobre él desde el día de los asesinatos. No se había vuelto a casar y llevaba una vida agradable e intachable según el estilo californiano. Trabajaba mucho y con éxito como médico — había llegado a ser director de casos de urgencia— en el Hospital St. Mary de Long Beach y vivía en un pequeño apartamento junto a las aguas, al cual solía invitar a amigos y amigas además de hacerlos participar frecuentemente en excursiones con su bote de treinta y cuatro pies llamado (¿de qué otra manera?) *Recovery Room*. Era hombre apuesto, alto, rubio, atlético, de unos treinta y cinco años, que se había criado en un hogar de la baja clase media de Patchogue, Long Island; era el segundo de tres hijos y siempre había mostrado una especie de equilibrio natural, un aire de encontrarse muy a sus anchas en el mundo.

Gracias a una beca, MacDonald acudió a Princeton en 1961, luego siguió en la Facultad de Medicina de la Universidad del Noroeste y por fin estuvo en el Centro Médico Presbiteriano de Columbia, Nueva York, para cumplir las prácticas de médico interno. En el verano que siguió a su segundo año de Princeton, la amiguita de MacDonald, Colette Stevenson, que estaba en su segundo año de estudios en Skidmore, quedó embarazada. La pareja decidió rechazar el aborto y se

casó en el otoño de 1963. Colette se marchó de Skidmore y Kimberly nació en Princeton; Kristen nacería en Illinois. Las fotografías muestran que Colette era una muchacha bonita, rubia, con facciones suaves y redondeadas; todo hace parecer que era una mujer reservada, calma, amable, de femineidad convencional. En el momento en que murió seguía un curso nocturno de psicología en la extensión que tenía en Fort Bragg la Universidad del Estado de Carolina del Norte.

Unos días antes de la cena con baile destinada a reunir fondos, McGinniss fue a ver a MacDonald a su apartamento y lo entrevistó con miras a escribir un artículo en su sección. Casi al terminar la entrevista, MacDonald le preguntó a McGinniss si le gustaría asistir al juicio penal — que se desarrollaría en Raleigh, Carolina del Norte— y escribir un libro sobre el caso desde el punto de vista del equipo de la defensa, en contacto del cual estaría el periodista y de cuyos planes, estrategias y deliberaciones estaría informado. Esta proposición ejerció especial atracción en McGinniss. La situación que le describía MacDonald se parecía a la que el periodista había vivido con la gente que hiciera la publicidad de Nixon, situación que le había permitido alcanzar gran éxito. Aunque ninguno de nosotros supera por completo el “voyerismo” de la niñez, en algunos vive más intensamente que en otros, lo cual explica el ávido interés que esos individuos sienten en estar en el “interior” de una situación o de tener una visión de las cosas desde “adentro”. En la conversación que mantuve en Williamstown con McGinniss, éste empleó una expresión llama-

tiva: "Evidentemente MacDonald estaba tratando de manipularme y yo me di cuenta de su intención desde el comienzo. Pero, ¿tenía yo la obligación de decirle 'Un momento, creo que usted me está manipulando y debo llamarle la atención sobre el hecho de que lo he advertido y que por lo tanto usted no logra su objeto'? ¿Debía abandonar aquella partida a mitad de camino? Nunca lo había hecho antes. Semejante reparo sólo podía inhibir al más superficial de los periodistas. Todos podríamos quedar reducidos a quedarnos en la calle para entrevistar a los sobrevivientes de incendios."

Por supuesto, McGinniss deseaba estar dentro de la casa incendiada misma, de manera que cuando MacDonald le hizo la proposición las llamas eran lo suficientemente fuertes para hacer que el periodista aceptara una condición que otro autor podría haber considerado inaceptable, es decir, dar a MacDonald una participación de los réditos del libro. McGinniss no era el primer autor que MacDonald había abordado. Durante varios años y a instancias de su abogado, Bernard Segal (que lo había defendido ante el tribunal militar y que continuó siendo su abogado hasta 1982), MacDonald había estado ofreciéndose como tema a escritores. La idea de Segal — que como se vio después era fantástica— consistía en que el libro aportaría una considerable porción del dinero necesario para pagar la defensa de MacDonald. "Nos movemos constantemente con las cuentas en rojo", declaró Segal en el juicio de McGinniss. "La gente estaba trabajando sin cobrar salarios... y se me ocurrió que un libro, con

un anticipo sustancial, podría prestarnos ayuda". Dos autores que habían mordido el anzuelo pero que no habían sido capturados eran Edward Keyes y Joseph Wambaugh; Keyes no pudo obtener el necesario anticipo de los editores y Wambaugh no podía asistir al juicio porque estaba filmando una película. Ya casi se había abandonado la esperanza de encontrar un autor, de modo que cuando McGinniss apareció en vísperas del juicio se lo consideró como la respuesta a una plegaria que ya hacía mucho tiempo que nadie formulaba. La ensambladura de deseos era notable: McGinniss tendría su lugar en el interior del círculo ("No me habría gustado asistir al juicio y estar sentado junto con los demás periodistas", me dijo. "Deseaba trabajar desde el interior y quería tener acceso total a MacDonald y a sus abogados"); y, por su parte, MacDonald recibiría el dinero que necesitaba. De conformidad con el trato que se cerró — presidido por Segal y por Sterling Lord, el agente de McGinniss, que había obtenido un contrato con la compañía editora Dell/Delacorte y trescientos mil dólares de anticipo para McGinniss—, el periodista tendría no sólo total acceso al círculo de la defensa, sino también la promesa escrita de la exclusividad y de exoneración de toda responsabilidad legal: MacDonald no entraría en tratos con ningún otro autor ni entablaría pleito a McGinniss por difamación en el caso de que no le gustara lo que éste escribiera. Por su parte, MacDonald recibiría el veintiséis y medio por ciento del anticipo y un treinta y tres por ciento de los derechos de autor. Aquel arreglo era una especie de materialización de las esperanzas

y buenas intenciones que autores y personas entrevistadas por éste normalmente cambian al comienzo de su aventura. El dinero que MacDonald iba a recibir era simplemente una manifestación más tangible de la recompensa que todo sujeto que se presta a ser tema de un libro espera recibir al terminar el proyecto; ¿por qué otra cosa habría de prestarse a éste? Y, análogamente, las seguridades escritas que McGinniss recibía de MacDonald no eran diferentes de las seguridades tácitas que los autores normalmente reciben de los objetos de sus libros: se *sobreentiende* que el entrevistado no iniciará pleito al autor y que no recurrirá traídoramente a algún otro escritor.

Se sobreentiende, pero también se sabe que a veces los entrevistados entablan pleito a los autores y que a veces abandonan a un autor por otro o que bruscamente interrumpen las entrevistas. Es esta última posibilidad, con su desastroso efecto inmediato en el proyecto, lo que provoca en el autor la máxima inquietud (pues un pleito puede sólo desarrollarse después de completado el proyecto y en algún vago y distante futuro) y lo impulsa a practicar artificiosos ardides que alcanzaron una dimensión sin precedentes en el pleito MacDonald-McGinniss. Si el autor se esfuerza vehementemente en hacer que su entrevistado continúe hablando, éste se esfuerza vehementemente para que el autor continúe *escuchándolo*. La persona entrevistada es como Scheherezade. Vive con el temor de que lo consideren poco interesante y muchas de las extrañas cosas que dice al autor —cosas de una temeridad casi suicida— las dice por su desesperada necesidad de mantener

despierta la atención del escritor. En el encuentro de MacDonald y McGinniss — el encuentro de un hombre acusado de un terrible asesinato con un periodista a quien trata de mantener interesado en la versión de su inocencia— tenemos una imagen grotescamente magnificada del normal encuentro periodístico. Aun cuando las faltas de las cuales el sujeto normal alega ser inocente —vanidad, hipocresía, pomposidad, vacuidad, mediocridad— sean menos graves que los crímenes de que estaba acusado McDonald, el desenlace tiende a ser el mismo: así como la historia de Mac Donald terminó en última instancia por cansar a McGinniss —cuya atención pronto se desplazó a la versión del fiscal que era retóricamente superior—, de la misma manera la mayoría de las historias contadas a los periodistas fracasan en su objeto. El autor termina por fastidiarse de la historia contada por el entrevistado y la sustituye por una versión propia. El cuento del entrevistado y del escritor es el cuento de Scheherezade con un mal final: en casi ningún caso la persona entrevistada logra, por así decirlo, salvarse.

Como si presintiera las más profundas estructuras de aquel pacto del diablo que estaba preparando como intermediario entre MacDonald y McGinniss, cuando se le pidió a este abogado que aprobase una declaración de exoneración del editor de McGinniss, Segal redactó una condición cuyo lenguaje en su primera lectura parece singularmente ambiguo por tratarse de un abogado. La cláusula de exoneración llevaba fecha 3 de agosto de 1979 y estaba escrita en la forma de

una carta de MacDonald dirigida a McGinniss, la cual comenzaba así: "Entiendo que está usted escribiendo un libro sobre mi vida centrado en mi actual juicio por asesinato". El tercer párrafo de la carta, en el que Segal introdujo su enmienda, originalmente rezaba así:

"Me doy cuenta, por supuesto, de que usted no se propone difamarme. Ello no obstante, para que usted pueda escribir con libertad el libro de la manera que le parezca mejor, me comprometo a no hacer contra usted, el editor o sus concesionarios o cualquier otro que haya intervenido en la publicación o distribución del libro ninguna reclamación o demanda basada en el motivo de que algo contenido en el libro me desacredita o deshonra."

Segal se sintió obligado a modificar el período final, al que le colocó una coma y le agregó estas palabras: "siempre que se mantenga la esencial integridad en el relato de mi vida". Ocho años después, en el juicio MacDonald-McGinniss, MacDonald sostenía que no se había mantenido en el libro de McGinniss la "esencial integridad" del relato de su vida y que McGinniss era culpable de una especie de asesinato del alma del que era necesario que diera cuentas. El juez federal asignado al caso, William Rea, también pareció escuchar la música del comendador que flotaba alrededor del querellante y, al negar la solicitud de McGinniss de que se realizara un juicio sumario, vino a coincidir con el punto de vista moral del demandante.

Pero todo esto ocurriría muchos años después. En el verano de 1979, MacDonald y McGinniss eran como Damon y Pitias. Lo mismo que muchos entrevistados y autores, revistieron su complicado negocio con el manto de la amistad, en este caso la amistad de una casta particularmente norteamericana cuyos emblemas de intimidad eran mirar deportes por televisión, beber cerveza y clasificar a las mujeres según su aspecto. Una semana después de haber escrito sobre MacDonald en el *Herald Examiner*, McGinniss abandonó su sección de colaborador permanente y voló a Raleigh para ocupar su puesto de observador interior en el equipo de defensa de MacDonald, se instaló en la casa de la fraternidad Kappa Alpha situada en los terrenos de la Universidad del Estado de Carolina del Norte, casa que Segal había alquilado por el verano; allí se reunió con MacDonald, la madre de éste, Segal, los varios abogados, los colaboradores paralegales, estudiantes de derecho y voluntarios del grupo de defensa. Un miembro de ese grupo era Michael Malley, un abogado que había sido compañero de cuarto de MacDonald en Princeton y que había tomado parte en la defensa de éste en aquel juicio militar que había rechazado los cargos que se hicieran contra él en 1970. Ahora, con licencia de la firma legal para la que trabajaba en Phoenix, Malley se ponía de nuevo al servicio de su amigo y era el único de aquel grupo que no estaba satisfecho con la inclusión de McGinniss en su seno. Como habría de atestiguarlo luego, Malley personalmente no tenía nada contra McGinniss — en realidad era un hombre que le gustaba como gus-

taba a todo el mundo—, pero sentía que había algo fundamentalmente arriesgado en permitir que un autor se introdujera en los conciliábulos de la defensa. “Me parecía que si Joe estaba continuamente allí, tendríamos un verdadero problema tocante al privilegio de la relación apoderado y cliente”, decía Malley, para agregar a manera de explicación: “El privilegio consiste en que todo lo que uno dice a su apoderado no debe ir más allá de éste a menos que el cliente acepte lo contrario. Pero si está presente un intruso, alguien que no pertenece al equipo de la defensa, uno renuncia a ese privilegio. Y Joe me parecía ciertamente un intruso, de manera que sencillamente la situación no me gustaba”. Malley comunicó a Segal su preocupación sobre McGinniss y Segal encontró una solución al problema del privilegio de la relación procurador-cliente, solución que Malley aceptó a regañadientes: McGinniss se convertiría en miembro oficial del equipo de defensa —firmaría un contrato de empleo con Segal— y de esta manera se vería protegido, por ejemplo, de cualquier intento que hiciera el fiscal para conocer los secretos de la defensa recurriendo al expediente de citarlo para que le mostrara sus notas.

El juicio criminal desarrollado en Raleigh duró siete semanas y terminó el 29 de agosto con un fallo condenatorio contra MacDonald, lo cual causó profunda impresión y horror en la defensa. Al oír el veredicto McGinniss gritó como todos los demás miembros del grupo de la defensa. MacDonald fue esposado y trasladado a la prisión federal de Butner, Carolina del Norte. Al día siguiente, escribió una carta a McGinniss, la pri-

mera carta de una correspondencia que iba durar por lo menos cuatro años. “Decidí escribirle para no volverme loco”, comenzaba la carta, que terminaba con este emotivo párrafo:

“Deseo ver a Bernie [Segal], porque lo quiero y probablemente se sienta muy herido y desee saber si yo lo censuro. Deseo ver a mamá porque, sin que importe mi aspecto, al verme ella se sentirá mejor. También me gustaría ver a mis mejores amigos, incluso (así lo espero) a usted. Pero con toda honestidad, hoy estoy llorando demasiado y me pongo a llorar cuando pienso en mis íntimos amigos. Me siento sucio y manchado por la decisión legal y no puedo decirle por qué estoy avergonzado. No es eso lo que siento cuando se trata de Bernie o de mamá, pero creo que hoy sería difícil mirarlo a usted o estrecharle la mano...; sé que lloraré y desearé abrazarlo. Sin embargo allí está el veredicto que clama: ‘¡Eres culpable del asesinato de tu familia!’ Y no sé qué decirle a usted, salvo que eso no es cierto y que espero que usted lo sepa, lo sienta así y que sea usted mi amigo”.

McGinniss “no lo sabía”. Durante el desarrollo del juicio había llegado a persuadirse de la culpabilidad de MacDonald y se hallaba una vez más en la posición – que era la que había tenido en el grupo publicitario de Nixon– de ser un enemigo infiltrado. En julio de 1983, dos meses antes de la publicación de *Visión fatal*, Bob Keeler, un periodista de *Newsday*, que también había asistido al juicio criminal, entrevistó a McGinniss para un artículo que estaba escribiendo para *The Newsday Magazine* y lo interrogó íntimamen-

te sobre la incómoda situación que había vivido McGinniss en Raleigh. "Allí no tenía a nadie con quien hablar", le dijo McGinniss a Keeler. "No podía tener ninguna reacción. No podía decirle a cualquiera que estuviera sentado junto a mí en la sala del tribunal: '¡Eh, esto no presenta buen aspecto!'".

"¿Qué resultado preveía usted cuando el jurado salió para deliberar?", preguntó Keeler.

"No estaba convencido de que fueran a condenarlo. Pero al mismo tiempo decía para mí fuero interno 'Si yo fuera un miembro del jurado, votaría por su culpabilidad'. No creía que esas doce personas llegaran a la misma conclusión a que había llegado yo. No sabía si el jurado se iba a declarar en desacuerdo o en favor de una absolución. Sin embargo, habría pronosticado cualquiera de estos dos resultados antes que el fallo condenatorio".

"Muy bien, y entonces al día siguiente de la sentencia usted va a la prisión de Butner, Jeff lo abraza y le dice que espera que usted será para siempre su amigo. ¿Cuáles eran sus sentimientos en aquel momento? Evidentemente en aquella época usted debía de saber que el libro estaba a punto de aparecer y que mostraba a MacDonald como culpable. ¿Qué sintió usted en ese momento?"

"Mi situación era terriblemente conflictiva. Por un lado, sabía que el hombre había cometido el crimen; sobre eso no tenía la menor duda. Pero, por otro lado, acababa de pasar el verano en compañía de ese muchacho que en cierto nivel puede hacerse muy simpático. Pero, ¿cómo pue-

de gustarle a uno un tipo que ha matado a su mujer y a sus hijitas? Lo que yo experimentaba era muy complejo y me sentí muy aliviado cuando me retiré y lo dejé en la prisión.”

Poco después, en la entrevista, Keeler le planteó a McGinniss esta descortés cuestión: “Una de las teorías que circulaban entre los periodistas que asistían al juicio suponía que usted escribiría un libro para mostrar la inocencia de ese torturado Jeffrey MacDonald. Otra teoría suponía que usted estaba haciendo con Jeffrey MacDonald lo que le hizo una vez a Richard M. Nixon, es decir, presentarse a él, granjearse su confianza durante algunos meses para luego dejarlo en la estacada. Y como esta última teoría fue la que se confirmó, me pregunto si todo este asunto no le planteará a usted un problema en el futuro; quiero decir, ¿confiará alguien alguna vez de nuevo en usted?”.

“¿No se da usted cuenta de que en algún sentido traicionó usted a Jeffrey o lo ensució o algo por el estilo?”.

“Desde el comienzo, mi única obligación era con la verdad”.

“¿Y cómo describiría usted ahora sus sentimientos respecto de Jeffrey MacDonald? Ciertamente ésta es una pregunta compleja, pero evidentemente se la harán a usted en televisión y usted tendrá treinta segundos o diez segundos para pensar lo que ha de responder. ¿Cómo describiría pues sus sentimientos?”.

“En este momento experimento una extraña falta de todo sentimiento respecto de Jeffrey. Ese hombre ocupó durante tanto tiempo mi concien-

cia y mi subconsciente que ahora, con el libro terminado, me siento como embotado respecto de él. No tengo ningún sentimiento, salvo el sentimiento que me acompañó tan específicamente al pensar en Jeffrey y en todo este asunto; se trata de una tristeza que no se disipa. Es sólo tristeza, tristeza, tristeza. Un estrago tan terrible, tan trágico en un ser humano tan sombrío y tan internamente perseguido. Es una persona muy diferente de lo que parece ser. Me siento muy triste porque no resultó ser el que yo pensaba que era. En ese caso todo habría sido más fácil de manejar”.

* * *

MacDonald fue trasladado desde la prisión de Butner al Instituto Federal Correccional de Terminal Island, cerca de Long Beach, California; debía hacer un largo viaje en autobús durante el cual se lo mantuvo esposado; en noviembre McGinniss tomó un avión con el fin de verlo allí y continuar sus indagaciones para el libro. Aunque en Carolina del Norte McGinniss se había mantenido pegado a MacDonald, siempre se había abstenido de interrogarlo sobre su vida anterior a los asesinatos; ahora iba a realizar esa parte del trabajo. Pero en la prisión se prohibió a McGinniss que llevara una grabadora y hasta se le impidió llevar libreta y lápiz a la sala de visitas. De manera que los dos hombres idearon un procedimiento que haría las veces de las entrevistas: MacDonald registraría pasajes de su pasado en una grabadora y las cintas se enviarían por correo (por intermedio de su madre) a McGinniss. En el curso de los

dos años siguientes, MacDonald envió a McGinniss un total de treinta cintas, lo cual se hizo en circunstancias algún tanto misteriosas (¿cómo logró introducir en su celda una grabadora? ¿Cómo no se lo sorprendió nunca mientras grababa? ¿Por qué los guardias nunca encontraron la grabadora? ¿Por qué nunca se sorprendió a su madre sacando clandestinamente las cintas de la prisión?); de esas cintas McGinniss citó extractos en su libro, en capítulos titulados "La voz de Jeffrey MacDonald", que alternaban con los capítulos dedicados a la narración propiamente dicha. McGinniss permaneció en California una semana y durante ese tiempo MacDonald puso a su disposición su apartamento desocupado que estaba a una media hora de la prisión viajando en automóvil. McGinniss dormía en el cuarto de huéspedes y durante el día (pues visitaba a MacDonald en las últimas horas de la tarde) leía el extenso material sobre el caso que MacDonald conservaba, pues éste le había dado carta blanca para consultarlo. McGinniss encontró tantas cosas interesantes en los archivos que preguntó a MacDonald si le permitía llevarse a su casa algo de aquel material; MacDonald siempre complaciente accedió a ello y hasta le prestó una valija para meter en ella los documentos. Entre éstos, McGinniss consideró el más impresionante, una declaración manuscrita de MacDonald dirigida a su defensor en el juicio militar de 1970. En ese documento (que posteriormente fue publicado) MacDonald reseñaba todas sus actividades del día de los asesinatos y mencionaba una dosis de píldoras, Eskatrol —una anfetamina combinada con un sedante—,

que había estado tomando. McGinniss, perplejo como cualquier otro por lo que podría haber motivado a MacDonald a asesinar a su familia de manera tan salvaje, consultó varios textos farmacéuticos y comprobó que el Eskatrol podía causar psicosis si se lo tomaba en dosis suficientemente elevadas. (El producto fue retirado del mercado en 1980.) MacDonald había escrito:

“Cenamos juntos (los cuatro) a las 17.45. Es posible que haya tomado una dosis de píldoras esa vez. No lo recuerdo, creo que no, pero es posible. Yo había estado desarrollando un programa de control de peso para los hombres de mi unidad y puse mi nombre encabezando el programa para alentarlos a participar. Yo había rebajado entre doce y quince libras en las tres o cuatro semanas anteriores usando de 3 a 5 cápsulas de Eskatrol Spansule. [Al citar este pasaje en *Visión fatal*, McGinniss deslizó las palabras ‘creo que no’.]”

De manera bastante natural McGinniss interpretó “de tres a cinco cápsulas” como si significaran de tres a cinco cápsulas *por día*, lo cual es una sobredosis. Y en *Visión fatal* sugería que MacDonald había asesinado a su mujer y a sus hijas en un acceso de furia contra el sexo femenino, aversión que experimentaba represivamente desde la primera infancia y que la droga (en combinación con la fatiga, las declaraciones de Colette MacDonald sobre “nuevos puntos de vista de la estructura de la personalidad y de la conducta”, nociones recogidas en el curso de psicología que estaba siguiendo y del cual acababa de llegar) le había permitido por fin desahogar. McGin-

niss basaba su teoría del crimen en la lectura de tres tratados morales — *Dolencias fronterizas y narcisismo patológico*, de Otto Kernberg, *El cultivo del narcisismo*, de Christopher Lasch y *La máscara de la cordura*, de Hervey Cleckley— en los cuales los términos “psicópata” y “narcisista patológico” constituyen la respuesta al problema del mal (como si designar un caso fuera algo más que reformular un problema). En el juicio MacDonald-McGinniss y para prestar crédito a la caracterización que hacía McGinniss de MacDonald como narcisista patológico, Kornstein invitó al propio Kernberg a declarar como testigo experto para que aplicara a MacDonald los adjetivos que el autor aplica a los pacientes que figuran en su libro: “grandioso”, “frio”, “superficial”, “despiadado”, “explotador”, “parásito”, “vano”, “envidioso”, “egoísta”, “falto de profundidad emocional”, “deficiente en genuinos sentimientos de tristeza”. Prudentemente Kernberg declinó la invitación y sugirió que un colega suyo, Michael Stone, desempeñara el papel de moralista forzado, papel que Stone aceptó y desempeñó a fondo.

Otro notable hallazgo que hizo McGinniss en el apartamento de MacDonald fue una carta de Joseph Wambaugh que, llevando la fecha del 28 de marzo de 1975, estipulaba las condiciones en las cuales el escritor consideraría las posibilidades de escribir un libro sobre MacDonald. El tono de la carta se parece más a la leyenda de un recibo de valijas que a la comunicación de un autor a un presunto protagonista de su obra. Al leerla, McGinniss debe de haberse maravillado ante el “me importa un bledo” de Wambaugh, y hasta po-

siblemente haya sentido envidia. Pero en aquella época Wambaugh era un ex policía (había sido miembro de la fuerza policial de Los Angeles) y, lo que venía más al caso, era uno de los autores norteamericanos de mayor éxito popular, que por lo visto podía permitirse mostrarse descortés (cosa que aparentemente McGinniss no podía permitirse por su necesidad de dinero). "Debería usted entender que yo no pienso escribir su historia de usted", decía Wambaugh, quien continuaba:

"Sería *mi* historia. Así como *El campo de cebollas* fue *mi* historia y *A sangre fría* fue la historia de Truman Capote. Ambos hicimos firmar a las personas vivas exoneraciones legales que nos autorizaban a interpretarlas, retratarlas y caracterizarlas como nos pareciera conveniente pues había que confiar implícitamente en que éramos honestos y fieles a la verdad tal como la veíamos nosotros y no como la veían ellos.

Con esta exoneración comprenderá usted que no podría recurrir a la ley si no le gustara la pintura que hiciera de usted. Pero consideremos aun otra fea posibilidad: ¿qué ocurrirá si después de pasar meses de indagaciones y entrevistas a docenas de personas, sin contar las horas pasadas en los tribunales, no lo creyeran a usted inocente?

Sospecho que usted quisiera disponer de un autor que contara su historia de usted y ciertamente su versión podría ser muy bien la verdadera. Pero conmigo no tendrá *ninguna* garantía. Usted no tendrá absolutamente ninguna prerrogativa editorial. Y ni siquiera verá el libro antes de su publicación."

En *Visión fatal*, McGinniss cita esta carta y también en parte una nota que MacDonald envió a Segal con referencia a esa carta: "¿Qué piensa usted de esto? El hombre se muestra terriblemente arrogante pero si escribe el libro evidentemente será un best-seller". McGinniss agrega: "Wambaugh, por supuesto, no escribió el libro... Ahora lo estoy escribiendo yo". Luego dice, asumiendo algo de la rudeza de Wambaugh, "como habría ocurrido en el caso de Wambaugh, MacDonald no tenía absolutamente ninguna prerrogativa editorial. Y la 'fea posibilidad' a que se refería Wambaugh se ha convertido ahora en realidad",

Pero con el propio MacDonald, McGinniss continuó conduciéndose con su habitual manera insinuante. Durante casi cuatro años —en que mantuvo correspondencia con MacDonald, habló con él por teléfono, recibió sus cintas magnetofónicas y lo visitó en dos ocasiones— logró ocultar el hecho de que en el libro que estaba preparando pintaba a MacDonald como un asesino psicópata. En 1981, al escribir a su editor Morgan Enthekan sobre la estrategia narrativa del libro, McGinniss manifestaba su preocupación de que su protagonista apareciera demasiado pronto en su verdadero carácter y proponía que las peores revelaciones fueran "pospuestas hasta el final, cuando lo tuviéramos más acorralado y viéramos cómo se fundían las capas de la máscara y contempláramos por lo menos oblicuamente la esencia del horror que se esconde debajo de ella". Agregaba —al referirse a sus incómodas relaciones con MacDonald—: "El hielo se hace cada vez más delgado y aún me falta un largo trecho que

recorrer para llegar a la orilla". Pero no tenía por qué preocuparse; MacDonald en ningún momento reparó en esa artimaña. Lo mismo que el ingenuo del experimento de Milgram, el protagonista ingenuo de un libro se ve tan atrapado por la empresa y está tan entregado emocionalmente a ella que sencillamente no puede concebirla de otra manera que la que aseguró el autor. Así como el sujeto de Milgram se imaginaba que estaba "ayudando" a alguien a aprender, de la misma manera MacDonald se imaginaba que estaba "ayudando" a McGinniss a escribir un libro que lo exoneraría de sus crímenes y que lo presentaría como una especie de héroe cursi ("padre y marido amoroso", "médico dedicado a su profesión", "hombre triunfador"). Como McGinniss, en cambio, escribió un libro que lo acusaba de los crímenes y que lo presentaba como un villano cursi ("amigo de la publicidad", "afeminado", "homosexual latente"), MacDonald quedó pasmado. Su desengaño se produjo en circunstancias particularmente dramáticas y crueles. McGinniss se había negado constantemente a dejarle ver las pruebas de imprenta o algún ejemplar adelantado del libro. En una carta del 16 de febrero de 1983, le había escrito severamente: "Comprendo su impaciencia y a ella he de atribuir el carácter desagradable del tono de usted... En ningún momento se entendió que usted podría echar una mirada al libro seis meses antes de su publicación. Como se lo manifestó a usted Joe Wambaugh en 1975, con él no tendría usted siquiera la posibilidad de ver un ejemplar antes de su publicación. Lo mismo ocurre conmigo. Lo mismo ocurriría con cualquier

autor responsable y de principios". MacDonald había aceptado la reprimenda y con entusiasmo se había prestado a colaborar en la campaña publicitaria del libro antes de su publicación. Apareció en el espectáculo de televisión llamado "60 Minutos" y fue durante la grabación del espectáculo en la cárcel cuando MacDonald cobró cabal conciencia de la duplicidad de McGinniss. Cuando Mike Wallace — que había recibido un ejemplar adelantado de *Visión fatal* sin dificultad— le leyó en voz alta a MacDonald pasajes en los que se lo pintaba como un asesino psicópata, la cámara registró su extremada agitación y su profunda alteración.

En el capítulo sobre metodología de *Obediencia a la autoridad*, Milgram explica que en su experimento no empleaba a estudiantes de Yale como sujetos a causa del peligro de que se corriera la voz de ese experimento entre la población estudiantil. Pero hay razones para pensar — extrapolando desde la situación del autor-sujeto— que aun las personas entrevistadas que habían oído hablar del experimento de Milgram caerían en la trampa de éste después de practicarse sólo una ligera alteración en el procedimiento. Después de todo, MacDonald sabía de personas disgustadas por lo que se había escrito sobre ellas (a veces hasta el punto de entablar pleito al autor) y sin embargo se comportaba como si no existiera la menor posibilidad de que su "propio libro" fuera otra cosa que un libro halagador y gratificante. Quizás aun más llamativo es el hecho de que MacDonald continuara confiando locamente en las buenas intenciones de los periodistas. Hasta

el día de hoy, después de todo lo que le ocurrió, MacDonald continúa concediendo entrevistas a periodistas, continúa manteniendo correspondencia con ellos, continúa enviándoles material (a través de una oficina de información que funciona fuera de la cárcel y que está dirigida por una mujer llamada Gail Boyce) y hace todo cuanto puede para mostrarse servicial con los periodistas, exactamente como hiciera antes con McGinniss. Algo extraño le ocurre a la gente cuando tienen un encuentro con un periodista, y lo que ocurre es exactamente lo opuesto de lo que cabría esperar. Pensaría uno que lo conveniente es guardar extrema prudencia y cautela, pero en realidad lo más frecuente es que los entrevistados manifiesten impetuosidad y pueril confianza. El encuentro periodístico parece tener el mismo efecto regresivo en el sujeto que el encuentro psicoanalítico. El sujeto se convierte en una especie de hijo del escritor, que lo mira como madre permisiva, como madre que todo lo acepta y todo lo perdona; y espera que el libro sea escrito por ella. Pero, por supuesto, el libro está escrito por el padre estricto, que lo advierte todo y que nada perdona. Durante la conversación que mantuvimos en Williamstown, McGinniss me citó el siguiente pasaje de un ensayo de Thomas Mann que había encontrado en un libro de otro de sus héroes literarios, Joseph Campbell:

“La mirada que uno, como artista, dirige a las cosas, tanto a las exteriores como a las interiores, no es la misma mirada que uno dirige a esas mismas cosas en su condición de hombre; sino que

se trata de una *mirada* más fría y al mismo tiempo más apasionada. Como hombre puede uno estar bien dispuesto, ser paciente, amoroso, positivo y mostrar una inclinación enteramente acritica para mirar todas las cosas y considerarlas correctas. Pero como artista el demonio de uno obliga a 'observar', a tomar notas, con la rapidez del relámpago y con peligrosa malicia, de todo detalle que en el sentido literario sea característico, distintivo, significativo y que tipifique la raza, el modo de ser social o psicológico, mientras registra uno todo esto tan despiadadamente como si no tuviera ninguna relación humana con el objeto observado, cualquiera que éste sea."

"Esto no es algo que uno pueda exponer ante un jurado de gente que no lee libros", me dijo McGinniss, pero me parece que da justo en el clavo. Me explicó que había puesto en "compartimientos estancos" sus conflictivas actitudes frente a MacDonald. "La primera carta que recibí del tipo, escrita dieciocho horas después de su condena, me arrancó lágrimas de los ojos; me sentí genuinamente apenado. Jeff decía: 'Todo cuanto deseo saber es que usted es todavía mi amigo y que cree en mí'. ¿Cuál debía ser mi respuesta apropiada? ¿Enviarle una carta para decirle 'Me reservo el derecho de guardar mis propias opiniones y le recuerdo que yo soy el autor y usted es el objeto del libro, de modo que debemos mantener las cosas en ese nivel'? ¿O debería responderle 'Es terrible lo que me dice, la prisión debe de ser espantosa; realmente me abruma su situación'? Estos eran mis genuinos sentimientos en aquella época. No eran una mentira. Pero ya estaba sepa-

rando las dos actitudes. Estaba suspendiendo mis facultades críticas el tiempo suficiente para que me permitiera escribir aquella carta.”

La carta en cuestión fue escrita el 11 de setiembre de 1979, doce días después de la primera carta que MacDonald escribió a McGinniss. En parte rezaba así:

“Querido Jeff:

Desde hace una semana todas las mañanas me despierto preguntándome dónde está usted. ¡Un autobús! ¡Dios mío! Parece que la única función de un viaje a través del país en un ómnibus de la prisión podría servir para hacer que su destino no fuera tan espantoso como sería de otra manera. Por lo demás, estoy seguro de que su lugar de destino es horrendo. Sí, horrendo. Terminal Island. Lindo y terrible nombrecito, para coronarlo todo...

Me alegro de que pueda usted escribir, describir y analizar tanto lo que le ocurrió a usted como sus propios sentimientos. Me siento abrumado por mis pensamientos que tarde o temprano superaré, pero principalmente me alivia comprobar que aparentemente usted es capaz de reaccionar de manera constructiva a pesar de las extremas limitaciones. También me alegro de que no se haya derrumbado usted, porque seguramente semejante eventualidad sería perjudicial para el libro...

No puede haber peor pesadilla que la que uno vive en el presente..., pero se trata sólo de una fase. Gente totalmente desconocida puede reconocer a los cinco minutos que a usted no se lo sometió a un juicio decente...

Tengo la seguridad de que cuando vuelva a verlo tendremos oportunidad de hablar sobre ello

así como sobre muchas otras cosas. Incidentalmente, Bob Keeler me dijo que proyectaba pasar algún tiempo en Terminal Island para entrevistarlo a usted. También me dijo que desea escribir un libro sobre el caso y está hablando sobre el asunto con Doubleday. No quisiera que escribiera ese libro; Delacorte anunciará el mío esta semana —y anunciará también el aspecto de pleno y exclusivo acceso de nuestras relaciones— para tratar de mantener el campo razonablemente despejado. Francamente, no estoy seguro de la actitud de Keeler respecto de usted. No estoy dando a entender que crea que usted es culpable; sencillamente no lo sé, pero me parece que sería mejor en muchos sentidos que usted no hiciera nada para alentar o ayudar a cualquier otro que se propusiera escribir sobre todo este asunto.

Debe usted temer —sobre todas las cosas— que de algún modo llegue a perder su personalidad, llegue a no ser una persona. Así, ¡puff! y Jeff ya no existe. Sólo queda ese gran espacio vacío en que él estaba. Bueno, eso no va a ocurrir porque hay demasiadas personas que se preocupan por usted y le ruego que lo recuerde durante esas horas y esos días en que usted se siente peor... Regresaré a casa el 25 de setiembre — el 26 de setiembre tendré en Nueva York una reunión con Delacorte para hablar de este libro—; en realidad se tratará de una cena en la que el presidente de la compañía, Sterling [Lord] y yo trataremos de confeccionar un programa razonable y en la que les explicaré cómo las cosas pudieron asumir este giro tan endiabladamente drástico e inesperado...Tengo mucho, mucho más que decirle, pero deseo que por lo menos reciba estas líneas mías cuando llegue a Cal... Dentro de un par de días

volveré a escribirle. Jeff, es tan terrible todo esto que no puedo creerlo todavía: la vista de los miembros del jurado que entran, su reunión, la vista de usted de pie diciendo aquellas pocas palabras, luego ver cómo se lo llevaban y ahora verlo en esa maldita cárcel. Es ciertamente infernal pasar todo el verano haciendo un nuevo amigo para luego ver cómo esos canallas vienen y lo encierran. Pero no por mucho tiempo, Jeffrey, no por mucho tiempo.

Pronto volveré a escribirle.

Joe.”

El 28 de setiembre de 1979, McGinniss escribió nuevamente:

“...Me siento muy aliviado de que usted por fin se encuentre en un lugar en que no lo mantienen con esposas durante todo el día... Y hasta espero que no permanezca ni siquiera allí durante mucho tiempo; espero que la gente de Richmond [la corte federal de apelaciones] reconozca la validez de la apelación y la fianza y obre en consecuencia...”

Me propongo volar a California con la intención de permanecer allí algún tiempo. Para verlo a usted lo más posible o bien en ese lugar donde el destino y la burocracia se combinaron para ponerlo o bien, lo que será mucho mejor para ambos, en Huntington Beach. En todo caso ése será el momento en que comience nuestro verdadero trabajo. Independientemente del dinero y del hecho de que algún día se conocerá toda la historia, me parece que un beneficio muy importante del libro consiste en que este trabajo le dará algo constructivo que hacer día tras día, algo real, algo valioso, algo esencial. Es una manera de canalizar

su enojo y sus reflexiones. Un libro sobre el caso; ningún convicto debería dejar de tener un libro sobre su caso. Ni siquiera en broma parece correcto escribir la palabra 'convicto' con referencia a usted, y espero ardientemente que esta fase pase rápida y favorablemente la semana próxima en Richmond con la aceptación de la fianza...

Jeff, todavía me resulta muy difícil aceptar todo esto. Tener que escribir sobre la cárcel y la vida que usted llevó en el autobús. Tratar de responder a las preguntas sobre lo que salió mal: las respuestas más evidentes son aquellas, por supuesto, que usted ya ha tenido en cuenta. La selección de jurado, aquello fue una verdadera locura... Y fue probablemente la respuesta que cualquiera daría tocante a lo que salió mal en todo esto...

¡Maldita sea, Jeff! Una de las peores cosas de todo esto es la manera repentina y completa en que todos sus amigos — incluso yo— se vieron privados del placer de su compañía... ¿En qué diablos estaba pensando aquella gente? ¿Cómo doce personas no sólo convinieron en creer en una posibilidad tan horrenda sino que (estando en juego la vida de un hombre) convinieron en que creían en ella más allá de toda duda razonable? ¿En seis horas y media?

Sin duda habrá usted observado que no pongo mucho cuidado en seleccionar las palabras ni en organizar mis cartas como hago cuando redacto mis libros. En general no escribo cartas. Una de las razones de que mi cuenta telefónica sea cada mes casi tan elevada como la cuota de la hipoteca. Para mí, escribir es trabajar y no me gusta hacer mi trabajo descuidadamente, pero si esperara a lograr una carta con la forma que pudiera

contentarme, usted no tendría ninguna noticia de mí y pensaría que he perecido en un accidente de montaña o que me he puesto a escribir la historia de la vida de Freddy Kassab. De manera que, aun cuando me haya expresado imperfectamente, lo que quiero significarle es que me siento endiabladamente apesadumbrado de que haya ocurrido todo este asunto; y estoy impaciente por volver a verlo para que nos sumerjamos en el libro; es de esperar que una vez más pueda compartir con usted muchas risas, buenos cuentos y nuevas experiencias así como revivir afligidos algunas de las malas experiencias del pasado...”.

Estas primeras cartas, como la obertura de una ópera, anuncian todos los temas de la futura correspondencia. Hasta poco antes de la publicación de *Visión fatal* (cuando McGinniss aparentemente parecía que podía permitirse ser un poco más frío con MacDonald) le escribía cartas en las que le aseguraba su amistad, lo compadecía por su situación, le ofrecía consejos sobre la apelación, le pedía información para el libro y se inquietaba por los otros autores rivales. Los pasajes referentes a esta última preocupación — una preocupación muy común entre los escritores (todo autor piensa que algún otro está trabajando en su propio tema; esto es parte del estado mental paranoide necesario para completar la tarea de escribir, que es infinitamente pospuesta)— hacen particularmente penosa la lectura de una correspondencia preñada de dolorosos momentos. McGinniss tenía un motivo real para preocuparse: dos hombres proyectaban en verdad escribir libros sobre el caso MacDonald. Uno era Bob

Keeler, que se había ocupado del caso para *Newsday* desde principios de la década de 1970; el otro era Freddy Kassab, el padrastro de la mujer asesinada, que estaba contemplando la posibilidad de dar su propia versión de los hechos según el principio de "así se lo contaron al autor". Pero las medidas que tomaron McGinniss, su agente y los editores para asegurarse de que ningún otro, sino McGinniss, pudiera publicar un libro sobre MacDonald fueron extraordinariamente activas. En la carta del 28 de setiembre, McGinniss también decía:

"Anoche le comuniqué a su mamá que me sentía muy preocupado por la posibilidad de que usted concediera una serie de entrevistas mientras está en la cárcel. Esa clase de actividades no puede sino perjudicarlo en este momento; estoy pensando particularmente en Keeler. No sé si Keeler adelanta con su libro, pero francamente el único en quien usted debe confiar es aquel que dedicará a usted los dos años siguientes de su vida... Dicho sea de paso, Sterling y Ross Claiborne [vicepresidente de Dell] piensan que entrevistas e historias de esta clase, etc., referentes a usted en este momento minarían hasta cierto punto mi posición".

Luego, el 19 de noviembre de 1979 McGinniss escribía a MacDonald:

"Keeler parece terriblemente interesado en el asunto y la mamá de usted dice que ha estado husmeando en Schenectady y sus inmediaciones para tratar de hacer hablar a viejos conocidos de

la hermana de usted. Tengo la impresión de que definitivamente Keeler está escribiendo un libro y considerando que Freddy también está tratando de escribir el suyo; lo mejor sería que usted y yo coordináramos bien lo que se ha de hacer”.

El 18 de diciembre de 1979 McGinniss le escribía a MacDonald:

“Freddy Kassab lo ha anunciado oficialmente. La división de libros del *New York Times*... ha firmado con él un contrato por un libro sobre usted y los asesinatos y sobre cómo lo llevó luego a usted a los tribunales... Esto significa en primer lugar que ahora Freddy nunca más me comunicará nada, lo cual hará que ciertos aspectos del libro resulten un poquito más complicados, y en segundo lugar deseo estar seguro de que los dos libros no se publiquen en el mismo momento o ni siquiera en la misma temporada. Verdaderamente no me importa cuál salga primero, sólo deseo que no salgan juntos. ¿Puede usted imaginarme recorriendo el país con ese tipo y dando charlas sobre el libro?

Me pregunto si por su parte no sería una buena idea que Bernie [Segal] enviara alguna carta a la división de libros del *New York Times* y también al autor para recordarles hasta qué punto las leyes que reprimen la difamación y la intrusión en la vida privada podrían aplicarse a esta situación...

De todas maneras la división de libros del *New York Times*, a pesar de la impresión que pueda causar por su título de *New York Times*, no es un lugar particularmente atractivo para publicar. Ciertamente no es una publicación de

primer orden y ni siquiera de segundo, pero así y todo su vida personal de usted y mi vida profesional serían algún tanto más simples si Freddy Kassab no estuviera escribiendo su propio libro. Si oportunamente se le recuerdan las implicaciones legales y se pudiera así poner freno a esa empresa, creo que valdría la pena intentar hacerlo.

Apenas escribí esto, decidí llamar a Ross Claiborne de nuevo para saber qué pensaba de la situación. Primero, me dice que acaba de recibir otra llamada telefónica, esta vez de un editor de los libros de *Time Life* en la que le comunicaba que estaba 'considerando' una proposición para 'un libro' acerca de MacDonald, etc. Ese editor deseaba saber en qué fase estaba mi obra y Ross C. le dijo que estaba muy avanzada, que las indagaciones se habían completado, que la redacción estaba marchando muy bien. El editor del *Time Life* no dijo qué proposición estaban considerando, y ahora la situación es extremadamente confusa. ¿Se trata de un tercer libro (posiblemente escrito por Keeler)? ¿O se trata de la proposición de Freedy que aún no ha sido aceptada y que sólo está siendo considerada por *Time Life* y no por el *New York Times*?... Tal vez mañana sepa algo más sobre todo esto, pero en todo caso tiene usted un singular atisbo del interior del maravilloso mundo de las publicaciones y de cómo a veces los manejos turbios pueden valer casi tanto como el mérito literario."

El 20 de diciembre de 1979, McGinniss escribía a MacDonald:

"Última noticia del mundo continuamente cambiante de las publicaciones: la sección de li-

bros del *New York Times* no está, lo repito, no está haciendo un libro de Freddy. La información original de Ross Claiborne era errónea... A principios de enero Delacorte/Dell emitirá una comunicación dirigida a *Publishers Weekly*, *Variety* y otros órganos de difusión interesados, según la cual tienen este libro entre sus obras y que se trata de un gran contrato, etc. etc., para tratar de disuadir a otros circunstantes interesados. Esta clase de movimientos genera también cierto interés cinematográfico.”

McGinniss a MacDonald, 10 de enero de 1980:

“La obra de Keeler se publicará en *Newsday* bastante pronto y él probablemente se proponga utilizar ese material para su libro -mostrando así cuánto trabajo ya está hecho-; por eso y para tratar de restar importancia al asunto, Delacorte/Dell está enviando esta mañana comunicaciones a todos los habituales órganos de difusión... en las cuales se dice que se trata de un autor importante (yo), que se ha firmado un contrato por una cifra de seis dígitos para el libro sobre el más singular crimen de la década; esa clase de cosas. Hacen hincapié en mi acceso a usted ‘que es total y exclusivo’ así como señalan hasta qué punto ya está adelantado todo el proyecto y, en realidad, hacen parecer que el libro ya está redactado en sus dos terceras partes... Esta semana Sterling se ha puesto en contacto con algunas fuentes de *Newsday* para tratar de averiguarme cuándo aparecerá el trabajo de Keeler. Parece que se trata de algo de bastante consideración. Pienso con desazón que algún otro pueda saber más que yo

sobre cualquier aspecto de la cuestión, pero evidentemente Keeler se me ha adelantado en Patchogue. Confío en que podré alcanzarlo. Bien puede usted ver cuán sensato es no cooperar con él.”

McGinniss a MacDonald, 26 de febrero de 1980:

“El último fin de semana apareció el trabajo de Keeler, que ciertamente era una pieza crapulosa. ¡Caramba! ¡Verdadera basura! No se muestra abiertamente hostil con usted — particularmente considerando sus sentimientos personales— pero es simplemente un trabajo sucio. Está mal escrito, atrocemente mal escrito en realidad, lo cual me sorprendió porque sus anteriores crónicas del juicio estaban bien hechas; esto es desaliñado, está organizado chapuceramente y en definitiva carece de sentido... Me pregunto qué valor pueden tener esos seis años de indagaciones que realizó Keeler en Long Island.”

McGinnis a MacDonald, 18 de marzo de 1980:

“He vuelto aquí para descubrir, mediante una comunicación telefónica algún tanto frenética de Ross Claiborne, que Freddy aparentemente logró obtener un editor para su libro y, lo que es más perturbador, consiguió los servicios de un autor de primer orden para redactar el libro. El nombre del autor es J. D. Reed; pertenece al personal de *Sports Illustrated*, pero también es el autor de *Free Fall*, una novela sobre las piruetas de D. B. Cooper, que se está vendiendo muy bien y cuyos

derechos acaba de comprar una empresa cinematográfica, lo cual da a Reed por el momento suma importancia y aparentemente fomenta el gran interés de Hollywood por la historia de Freddy llevada a una película.

El último fin de semana hablé con Bernie, quien me dijo que enviaría cartas tanto al presidente de Doubleday como a Reed... Reed ya le manifestó a Ross Claiborne que 'no está comprometido' con ese proyecto y que a la luz de toda esta situación seguramente tendrá que considerar de nuevo el asunto. Desde entonces no sé nada más, pero puedo garantizarle que una carta de Bernie a Doubleday les hará examinar muy atentamente el proyecto y, si el autor y el editor títubean, Freddy podría encontrarse bastante descolocado. Ya veremos..."

* * *

Gary Bostwick es un hombre de cuarenta y nueve años, de aspecto sencillo; es regordete, exhibe un hirsuto bigote y lleva tras los ojos pequeños anteojos con montura de alambre. Inmediatamente impresiona como hombre de excepcional decencia, buen humor y rapidez mental. Si para McGinniss el principal problema eran las cartas que enviara a MacDonald, un segundo problema no desdeñable era tener a Bostwick como abogado opositor. "Quiero a los jurados", suele decir Bostwick, pero más importante es que los miembros de los jurados lo quieran a él. Estos están allí sentados presumiblemente para sopesar pruebas, pero en realidad estudian los caracteres. No se les pasa nada por alto. Cuando hablé

con los miembros del jurado del caso MacDonald-McGinniss y les pedí sus impresiones sobre los dos abogados, me dijeron que tenían una pobre opinión de Kornstein debida en gran parte a la manera en que frecuentemente humillaba a su joven asociado; en una ocasión éste cometió un error, según Kornstein, mientras interrogaba a un testigo y su jefe le ordenó perentoriamente que tomara asiento. En cambio, la conducta de Bostwick era siempre impecable, según me informaron los miembros del jurado. Durante el juicio muchos se preguntaban una y otra vez: ¿cómo hombre tan excelente había aceptado a un cliente tan terrible, un cliente que había asesinado a su esposa e hijas y ahora tenía el descaro de entablar pleito a un reputado autor por haber escrito un libro sobre él que no le gustaba? Se decía que ésa era la clase de casos que podría atraer a los más bajos buscavidas ansiosos de grandes honorarios, no a un abogado de probidad y reputación. Aunque Bostwick —que estaba trabajando de conformidad con los honorarios regulares— nunca logró modificar esta opinión que se reflejó en los diarios, en la radio y en la televisión, logró en cambio hacer que cinco miembros del jurado (de los seis que componían el cuerpo) aceptaran su versión del encuentro MacDonald-McGinniss concebido como una especie de fábula de fracaso moral, propia de Conrad, y la versión del juicio entendido como un rito necesario de retribución.

Atendiendo a los hechos podría uno haber pensado que la labor de Bostwick era extremadamente difícil, si no imposible. Una cosa es llamar a Lord Jim para que explique su traición a la

confianza de los inocentes peregrinos que iban a bordo de su buque y otra cosa tratar de juzgar a un periodista por los pecados que cometió contra un hombre convicto de un crimen tan horrible que en comparación hace parecer inocuas las faltas del periodista. Pero entre las muchas curiosidades y sorpresas de este curioso y sorprendente pleito se contaba la facilidad con que Bostwick fue capaz de consolidar su acción y la dificultad que tuvo en esto Kornstein. Kornstein debe de haberse desalentado mucho al enterarse de que tener a un asesino por adversario no le daba automáticamente ventajas. La estrategia de Kornstein de recordar constantemente al jurado la condena de Mac Donald no le sirvió útilmente. Los miembros del jurado sentían que esta estrategia era un insulto a su inteligencia. (Se vieron alentados a esta reacción por Bostwick, quien en su alegato final comparó las constantes referencias de Kornstein a MacDonald al que llamaba "el asesino convicto" con la publicidad comercial de un detergente en la que la palabra "Oxydol se repetía veintisiete veces en tres minutos para que la gente no se olvidara de que el producto que había que comprar era Oxydol".)

Pero puede haber una razón más profunda de esa ecuanimidad casi bovina que mostró el jurado frente al crimen de MacDonald. Esa razón puede formularse como un corolario de la necesidad que tiene la sociedad de castigar al transgresor y que es al propio tiempo la necesidad de perdonarlo. El crimen de asesinato es un crimen que todos hemos cometido en nuestra imaginación (conscientes o inconscientes). Todos hemos soña-

do con las muertes violentas de los miembros de nuestras familias. Todos hemos dicho, refiriéndonos a personas que amamos, "Lo mataría". En nuestra antigua literatura tenemos a Medea, a Clitemnestra y a Edipo, que obran según estas fundamentales fantasías; más recientemente y por lo tanto más veladamente tenemos a Raskolnikov, que da muerte a su madre y a su hermana a través del asesinato de dos mujeres extrañas. Y así como tenemos necesidad de castigarnos y luego absolvernos de nuestra culpabilidad, de la misma manera castigamos y luego absolvemos a quienes realmente hacen lo que nosotros sólo hacemos en sueños. Uno de los misterios no resueltos del caso era esa natural dureza que mostraba McGinniss hacia MacDonald, tanto en su libro como en declaraciones que hizo a la prensa después de la publicación de la obra. Durante el juicio, fue esta dureza —la aparente incapacidad de McGinniss de sentir compasión por MacDonald— más que el crimen de MacDonald lo que llegó a parecer monstruoso a los miembros del jurado. Uno de ellos, una joven negra llamada Sheila Campbell, me explicaba sus sentimientos. "La parte que no me gustó fue el hecho de que MacDonald dejara que McGinniss usara su apartamento y éste aprovechó la oportunidad para encontrar allí el motivo de los asesinatos", me dijo. "No me gustaba el hecho de que McGinnis tratara de encontrar un motivo para un libro que era un best seller, y eso era *todo* lo que le importaba. No le importaba nada de MacDonald como ser humano. Dijo que tenía sentimientos cariñosos por Colette y las chicas. Pero, ¿cuándo comienza uno

a perdonar a alguien aunque haya cometido un crimen? ¿Se ha de torturar a un hombre por el resto de su vida?"

La aparición de MacDonald en el juicio no disuadió por cierto a nadie de pensar que era una persona digna de perdón. Vestido con un sobrio traje de color apagado, permanecía sentado tranquilamente a la mesa del demandante y la asociación de ese hombre modesto con el agudo Bostwick dio a los miembros del jurado nuevos motivos para considerar el crimen de MacDonald y su castigo como un libro cerrado, mientras veían en él una especie de alma casi, si no del todo, redimida, que había sufrido, que ellos no deberían juzgar y que su castigo, por obra de MacGinniss, había sido excesivo y nada honesto.

Por otro lado el castigo a que Bostwick sometió a MacGinniss — su interrogatorio inexorable y despiadado— no pareció a nadie ni excesivo ni deshonesto, según declararon los del jurado, ni tampoco les pareció incompatible con su condición de buena persona. Blandiendo la llameante espada representada por las cartas de McGinniss, Bostwick no tuvo el menor reparo en representar el papel de ángel vengador. "Este es el caso de un falso amigo", anunció dramáticamente al iniciar su discurso. No explicó lo que hacía a los miembros del jurado, pero un lector de las actas del juicio no puede dejar de advertir (en este caso) el irónico paralelo que trazó Bostwick entre los procedimientos de los abogados y los de los periodistas. La devastadora pieza oratoria que Bostwick construyó alrededor de la cháchara epistolar de McGinniss era como el relato que un

periodista elabora con la charla descuidada de la persona entrevistada. Así como el sujeto charla y charla aparentemente olvidado de la libreta de notas o de la grabadora que está registrando las palabras con las cuales posteriormente se verá atormentado, de la misma manera McGinniss aparentemente había olvidado las consecuencias de dejar tras él un registro escrito de su intimidad con MacDonald, con quien se sentía evidentemente tan cómodo que hasta le confió los secretos del "maravilloso mundo de las publicaciones", como pudiera hacerlo un hombre de negocios que comunica a una amante de confianza los detalles de sus operaciones del día. Y así como la persona entrevistada, después de publicado el libro o el artículo, procura desesperadamente desdecirse de cosas que desea no haber dicho a los periodistas, del mismo modo en el juicio McGinniss intentó repudiar las cartas que había enviado a MacDonald.

"¿En qué diablos estaba pensando aquella gente? ¿Cómo doce personas no sólo convinieron en creer en una posibilidad tan horrenda sino que (estando en juego la vida de un hombre) convinieron en que creían en ella más allá de toda duda razonable? ¿En seis horas y media?". Bostwick leyó en voz alta este pasaje de la carta de McGinniss dirigida a MacDonald. Luego volviéndose hacia McGinniss le preguntó: "¿Creía usted esto cuando se lo escribió?". McGinniss respondió: "Lo creía y aún lo creo. Creo que es el hecho más horrendo del mundo que un hombre asesine a su esposa y a sus dos hijitas". La transcripción continúa:

P: Lo que le estoy preguntando, señor McGinniss, es otra cosa. ¿Con esas palabras trataba usted de decirle que le parecía difícil creer que el jurado llegara al veredicto que luego anunció?

R: Lo que me sorprendía era sólo que hubieran tardado seis horas y media en expedirse, pero, como usted recordará, desde mi perspectiva veía las cosas enteramente de un solo lado durante ese juicio. Yo frecuentaba a McDonald y su círculo, no al fiscal.

P: Lo comprendo, señor McGinniss, pero lo que le pregunto es si estaba usted tratando de hacer que el doctor MacDonald creyera que usted creía que el jurado se había equivocado.

R: No.

P: No lo trataba usted, ¿no con esas palabras?

R: No me pareció que el jurado...

P: Sólo le estoy preguntando qué trataba usted de hacer creer al doctor MacDonald con esas palabras.

R: No recuerdo lo que trataba de hacer creer al doctor MacDonald."

Bostwick continuó ajustando las tuercas: "¿Se consideraba usted al final del juicio amigo [de MacDonald]?"

R: "Yo me consideraba el autor y lo consideraba a él como el tema de mi libro durante esas cinco o seis semanas. Ciertamente nos llevábamos bien. No sé cómo define usted la palabra "amigo". Se trataba de una relación profesional.

P: ¿Y cómo define usted la palabra 'amigo'?

R: Defino a un 'amigo' como alguien en cuya compañía me complazco de vez en cuando. Alguien con quien tengo alguna razón para mante-

ner alguna clase de contacto. En realidad, nunca me detuve a pensar en la definición de la palabra 'amigo', pero estoy seguro de que podríamos encontrar una en un diccionario. Sólo que el doctor MacDonald era el tema de mi libro y yo era el autor. Esta constituía la base primaria de nuestra relación.

P: Voy a preguntárselo otra vez: ¿consideraba usted al terminar el juicio que era su amigo?

R: No sé cómo responder a esa pregunta. Me sentí terriblemente mal cuando lo declararon convicto. Si no lo hubiera considerado en cierto grado amigo mío supongo que me habría sentido feliz al conocer el fallo condenatorio. En cambio me sentí realmente mal.

P: ¿Lo consideraba usted su amigo?

R: Eso es todo lo que puedo decir, señor Bostwick.

P: Eche usted de nuevo una mirada a la Pieza 36A... que dice así '¡Maldita sea, Jeff. Una de las peores cosas de todo esto es la manera repentina y completa en que todos sus amigos – incluso yo– se vieron privados del placer de su compañía...' ¿Por qué le era a usted tan fácil reconocer que era su amigo cuando le escribió aquella carta y ahora no puede decidir si era su amigo al terminar el juicio?

R: Bueno, aquello ocurrió hace ocho años y mis recuerdos eran más frescos.

P: Ha olvidado usted entonces que usted solía ser su amigo, ¿no es eso?"

Y el tormento de McGinniss continuó así:

"P: Personas totalmente extrañas y desconocidas pueden reconocer a los cinco minutos que

usted no fue sometido a un proceso decente. ¿Realmente creía usted que no se lo había sometido a un proceso decente?

R: Pues bien, estoy seguro de que se trataba de una ultrasimplificación que ciertamente es errónea en cuanto a personas totalmente extrañas y desconocidas. ¿Cómo podrían reconocer algo en cinco minutos?

P: No sé. ¿Por qué le dijo eso a MacDonald?

R: No lo sé. Porque, como usted sabe, señor Bostwick, para mí escribir una carta es como comunicarme telefónicamente. Uno sencillamente...

P: Sí, uno habla espontáneamente sobre lo que tiene en el corazón. ¿No es así?

R: Uno habla espontáneamente... que no es lo mismo que escribir para la publicación.

P: Uno dice lo que se le pasa por la cabeza, ¿no es cierto? Dice lo que uno realmente siente.

R: Uno pone menos cuidado en la manera de decir las cosas."

La exposición cuidadosamente elaborada de Bostwick machacaba una y otra vez en el tema de la fría traición. Bostwick reiteró la idea de que el engaño de que había sido víctima MacDonald por parte de McGinniss era una simple cuestión de oportunismo y que las cartas que había escrito con extremado cinismo tenían el objeto de obtener material de MacDonald y de acallar cualquier sospecha que éste pudiera tener sobre el proyecto de McGinniss. Para remachar su áspera tesis, Bostwick leyó extractos de las cartas y extractos de entrevistas que McGinniss había concedido a periódicos durante su gira publicitaria para *Visión fatal*, imaginándose evidentemente al res-

guardo de la venganza de un hombre que estaba encarcelado por toda la vida; en esas ocasiones habló de MacDonald con franca aversión. ("Es un ser humano muy enfermo", le dijo a un periodista y, en respuesta a la pregunta de otro periodista, fijó el momento en que se había dado cuenta de la culpabilidad de MacDonald, es decir, mientras se desarrollaba el juicio.)

Kornstein, en su amigable interrogatorio de McGinniss, que tuvo lugar tres semanas después, hizo todo cuanto pudo para reparar el daño. Suponiendo razonablemente que engañar a unos pocos periodistas durante una gira publicitaria era un crimen menor que engañar a Mac Donald durante cuatro años, Kornstein había hecho declarar a McGinniss que había informado mal a los periodistas. "Las declaraciones según las cuales yo estaba convencido de la culpabilidad de MacDonald antes de que regresara el jurado a la sala no reflejan exactamente cómo se desarrollaron exactamente las cosas", dijo McGinniss, a instancias de Kornstein, y luego continuó: "Solo di algunas respuestas simplistas y breves que en dos o tres ocasiones crearon una impresión que no es exacta...; era la manera en que yo deseaba que hubieran sido las cosas más que la manera en que realmente fueron." Kornstein también preguntó a McGinniss: "¿Sentía usted genuinamente todas esas emociones que expresaba en aquellas cartas de 1979?"

"R: Sí, señor, sentía todas las emociones que expresaba. No soy tan buen escritor para fingir algo como eso.

P: ¿Había algo en aquellas cartas que usted considerara falso?

R: No consideraba nada falso.

P: ¿Había algo en aquellas cartas con lo que usted se proponía engañar a MacDonald?

R: Si hablamos de esos primeros seis o nueve meses, no, señor. Eran expresiones honestas de sentimientos que experimentaba en aquella época."

En su repregunta, Bostwick atacó directamente el talón de Aquiles:

"P: Usted dijo ayer..., considerando las cartas de los primeros seis o nueve meses posteriores al juicio, que usted nunca se propuso engañarlo... Después de esos primeros seis o nueve meses, ¿se propuso usted engañarlo?

R: Bueno, ciertamente llegó un momento en que me sentía dispuesto a dejar que él continuara creyendo lo que quisiera; de esa manera no me impediría terminar mi libro; sí, señor.

P: ¿De manera que la respuesta es sí?

R: Supongo que la respuesta podría ser interpretada de esa manera.

P: Por alguien que leyera las cartas, por ejemplo.

R: Estoy seguro que por usted mismo, señor. No sé... otras personas podrían interpretarla de manera diferente."

Bostwick continuó leyendo un pasaje de una carta que McGinniss envió a MacDonald el 14 de abril de 1982, escrita poco después de haber sido de nuevo encarcelado MacDonald al cabo de dieciocho meses de libertad. (En julio de 1980 el Tri-

bunal del Distrito Cuarto había resuelto favorablemente el caso de la apelación de MacDonald que había sido puesto en libertad. Luego, en marzo de 1982, la Suprema Corte revocó la decisión del tribunal inferior y MacDonald volvió de nuevo a la cárcel.) Bostwick continuó diciendo: “Señor McGinniss, usted le dijo a su esposa que se alegraba de que MacDonald estuviera de nuevo en la cárcel. Dos semanas después, en esta carta, usted le comunicaba a MacDonald que esperaba poder ir a verlo a su casa. ¿Por qué?”

R: Como ya lo declararé, creo que porque no quería que me perturbara en la terminación del libro en el cual había puesto tanto de mi vida. Mi compromiso era con el libro y con la verdad.

P: ¿Estaba bien decirle algo que usted realmente no creía poniéndose al servicio de esa verdad?

R: Diría yo que eso entra en la categoría de falsedad o mentira del señor Wambaugh.

La referencia de McGinniss a la “categoría de falsedad” de Wambaugh tenía que ver con lo que posteriormente todos hubieron de considerar el momento crucial del juicio. Como piedra triangular de la defensa de McGinniss, Kornstein había convocado a una serie de autores bien conocidos — miembros de lo que él llamó “la comunidad literaria” y que Bostwick menos delicadamente pero quizá con más exactitud llamó “la industria de escribir”— para que atestiguaran que el engaño a que había sido sometido MacDonald por parte de McGinniss era un procedimiento corriente entre los que escribían. La lista original elaborada por

Kornstein de los "expertos sobre la relación de autor-sujeto" incluía a William F. Buckley, Jr., Tom Wolfe, Jimmy Breslin, Victor Navasky, J. Anthony Lukas y Wambaugh, aunque sólo Buckley y Wambaugh prestaron declaración; después de la aparición de los dos escritores el juez, sintiendo evidentemente que la defensa ya había sido bastante castigada, dispuso una pausa y decretó que no oíría las declaraciones de más escritores.

El primero en atestiguar fue Buckley. Kornstein le preguntó: "Basándose en lo corriente, en la práctica y en los usos de la comunidad literaria y en su propia experiencia, ¿cuál es el alcance de la discreción de un autor en cuanto a alentar el engaño en que se encuentra la parte entrevistada?"

"R: Bueno, también aquí se trata de una cuestión artística. Por ejemplo, si el senador [Alan] Cranston, mientras yo estoy escribiendo su biografía, comienza a hacer referencias que me indican que tiene otra esposa que vive en La Florida, por mi parte de vez en cuando volveré a tocar ese tema para alentarle a que me dé más detalles, pero no le haría notar que súbitamente estoy descubriendo que es un bigamo..."

P: Nuevamente basándose en la práctica, en los usos de la comunidad literaria y en su propia experiencia, ¿sería apropiado o inapropiado fingir acaso acuerdo con los principios de la persona entrevistada a fin de alentarla a que continúe hablando?

R: Y bien, creo que sería apropiado considerando las prioridades. La prioridad es animar a la persona sobre la que uno está escribiendo a que lo diga todo sobre ella y si se ofrece la ocasión de ir hasta un bar y beber un poco de cerveza con ella, uno va al bar y bebe cerveza con la persona entrevistada. Si eso significa que uno deba pasarse tres horas escuchando una conversación aburrida, trivial, sin interés real, uno lo hace así y todo. Es parte de la prueba a que se ve sometido un escritor que trata de obtener todos los detalles de los hechos, sobre cuya base el autor hace sus evaluaciones definitivas.

En su repregunta, Bostwick abordó directamente su deleitable asunto:

"P: No está tratando usted de decirle al jurado que cree que un autor puede mentir al protagonista de un libro que está escribiendo. ¿O está usted diciendo eso?

R: Bueno, todo depende de lo que usted entienda por la palabra 'mentir'.

P: Una mentira es de hecho una falsa enunciación, señor Buckley. Siento mucho que tenga usted semejante dificultad...

R: Bien, veamos, veamos, veamos...

P: Yo puedo tratar de darle a usted la definición de la palabra 'mentir'.

R: Vea, eso no es tan fácil. He leído el libro de Sissella Bok sobre la mentira y créame que no es una cuestión tan fácil. Por ejemplo, si la Gestapo llega y dice '¿Estuvo aquí el juez Rea? ¿Adónde fue?' Y yo digo 'Se fue por allí', ¿estoy mintiendo? Santo Tomás de Aquino diría que yo estaba mintiendo, muchas otras personas dirían que no es-

taba mintiendo sino que simplemente estaba defendiendo una vida inocente.”

Bostwick continuó empujando a Buckley hacia el campo de minas explosivas:

P: Simplemente le pregunto si es uso y práctica en el campo literario que los autores mientan a las personas entrevistadas para obtener más información de ellas.

R: Realmente, eso dependería de la situación. Si, por ejemplo, estuviera uno escribiendo un libro sobre alguien que tiene fama de gran galanteador y el hombre dijera ‘¿No piensa usted que mi mujer es imposible?’, usted podría decir ‘Si, creo que es muy difícil entenderse con ella’. Sencillamente con el objeto de lubricar la discusión a fin de obtener más información...

P: ¿De manera que si se le presenta la ocasión va usted a beber un poco de cerveza con el hombre para conseguir más información, ¿no es así?

R: Sí, así es.

P: Y es capaz de pasarse usted tres horas de aburrida charla con la persona en cuestión para sonsacarle más detalles, ¿no es así?

R: Así es.

P: Y si tiene usted que decirle algo en lo que realmente no cree a fin de obtener más información de esa persona, lo hace, ¿no es así?

R: Sí, dentro del contexto, es lo correcto”.

Kornstein colocó a Wambaugh en el mismo trance en que había colocado a Buckley, y Wambaugh sorprendentemente – como si no fuera la misma persona que había escrito a Macdonald aquella carta tan ásperamente honesta – declaró

que embaucar a las personas entrevistadas era una especie de sagrado deber de los autores.

P: ¿Hay una costumbre o es una práctica en el mundo literario que un autor deba revelar sus opiniones a la persona entrevistada?

R: Creo que uno no debería revelar nunca sus opiniones porque esa actitud puede bloquear la comunicación ulterior.

P: ¿Le ha ocurrido alguna vez eso en su experiencia?

R: Sí. Frecuentemente los entrevistados me hacen preguntas que si yo contestara verazmente me cerrarían el camino para obtener más información.

P: ¿Y como les respondió usted?

R: Les decía alguna falsedad si era necesario.

P: ¿Puede usted darnos un ejemplo?

R: Sí. Al escribir *El campo de cebollas*, puedo recordar que uno de los asesinos me preguntó si yo le creía cuando dijo que no había disparado contra el policía (y en aquel momento yo ya había entrevistado a muchos testigos y tenía gran acopio de información, de manera que no le creía) pero le dije que sí, que le creía porque deseaba que el hombre continuara hablando, porque mi responsabilidad última no era con esa persona, mi responsabilidad era con el libro."

En su repregunta, Bostwick preguntó a Wambaugh "¿Diría usted hoy aquí una falsedad?". Wambaugh respondió "No, señor".

P: ¿Por qué diría usted una falsedad antes, pero no ahora?

R: Para comenzar, no declaraba bajo juramento.

P: ¿Es ésa la diferencia?

R: No, señor. Mi trabajo consistía en llegar a la verdad a fin de poder narrar una historia coherente; por eso tenía que alentar a la persona para que hablara. ¿Puedo describir la diferencia que hay entre falsedad y mentira?”

La distinción que estableció Wambaugh —“Una mentira es algo que uno dice con mala voluntad o de mala fe en tanto que una falsedad es parte de los ardides de que uno puede echar mano para llegar a la verdad”— no hizo sino entregar a Bostwick otra arma. En el discurso final dirigido al jurado Bostwick pudo decir burlonamente: “Wambaugh estuvo interesante. Me intrigó su definición de mentira y falsedad y la manera en que dio la definición es algo que me hace pensar que ustedes también podrían quedar intrigados. No estoy seguro. Yo trataría siempre de decir cuando me sorprenden diciendo una mentira ‘Bueno, en realidad, no quería decir eso. Realmente no era una mentira’”. Y volviendo su atención a Buckley, Bostwick observó “Ahora bien, Buckley no sabía lo que era realmente una mentira. Nos ofreció una interesante disertación sobre Santo Tomás de Aquino y Sissela Bok, pero no estaba seguro sobre lo que era la mentira. Mi madre, si estuviera aquí, se lo habría enseñado, yo mismo se lo diré”.

El desastre sufrido por Buckley y Wambaugh en sus testimonios ilustra una verdad que muchos de nosotros aprendemos cuando somos niños: la invariable ineficiencia de la defensa “No me eches la culpa, pues todo el mundo lo hace”.

La sociedad cumple funciones de mediadora entre los extremos de una moral intolerablemente estricta, por un lado, y por otro lado una permisividad peligrosamente anárquica por obra de un acuerdo tácito en virtud del cual se nos da permiso para transgredir las reglas de la moral más estricta, siempre que lo hagamos con tranquilidad y discreción. La hipocresía es el lubricante que mantiene a la sociedad en un funcionamiento agradable al admitir la falibilidad humana y al conciliar las aparentemente irreconciliables necesidades humanas de orden y de placer. Cuando Buckley y Wambaugh dijeron torpemente que es perfectamente correcto engañar a las personas entrevistadas, rompieron el contrato según el cual uno nunca se sale del todo con la suya y admitieron que habían extendido las reglas en su propio beneficio. Uno obra de determinada manera y se lo calla esperando que no lo atrapen porque si es atrapado nadie — o nadie que tenga algún sentido— se adelantará para decir que él mismo ha hecho igual cosa. Cuando Kornstein en su discurso final dijo “Buckley y Wambaugh atestiguaron que la labor del escritor es obtener la historia y que uno debe hacer todo lo necesario para obtenerla”, simplemente estaba invitando a dar una aplastante conferencia sobre la decencia, la que, en efecto, Bostwick muy complacido dio en su argumentación final: “Lo que hemos escuchado aquí esta mañana es verdaderamente atroz”, dijo Bostwick, y luego continuó:

“Lo atroz consiste en que el acusado aquí presente, supuestamente protector de las libertades

de la Primera Enmienda – libertad de palabra, libertad de expresión–, ha convocado a expertos, quienes dijeron, según las propias palabras del señor Kornstein, que los autores deben hacer cualquier cosa que sea necesaria para escribir su libro. Esas fueron las palabras que empleó: 'Lo que sea necesario'.

Esas palabras fueron empleadas por dictadores, por tiranos, por demagogos en el curso de la historia para racionalizar lo que habían hecho... Y precisamente acabamos de asistir a una serie de investigaciones del Congreso que revelaron también que una de las excusas era también la afirmación: Tuvimos que hacer lo que era necesario. Era correcto mentir porque era necesario.

Los expertos declararon que es perfectamente correcto decirle al hombre entrevistado algo en lo que ellos no creen, mientras obtengan más información de esa persona a los efectos del proyecto literario. Estuve escuchando todo esto durante dos horas y media, pasmado de que se expusiera en la sala de un tribunal una especie de principio que debía guiar a autores o abogados o a miembros del jurado. No podemos hacer cualquier cosa porque es necesario. Tenemos que hacer lo que es correcto."

El 23 de noviembre de 1987, tres meses después de terminado el juicio, se llegó a un acuerdo para dirimir el litigio: McGinniss se comprometía a entregar a MacDonald trescientos veinticinco mil dólares que debía pagar una tercera parte anónima, presumiblemente la compañía de seguros de los editores de McGinniss. Ocurría que estaba yo en California el día en que se llegó al arreglo para encontrarme por primera vez con

Bostwick; en realidad, me encontraba en su oficina de Santa Mónica leyendo documentos tribunales mientras esperaba a que Bostwick regresara de las negociaciones del caso. Desde el día en que McGinniss me llamó desde Williamstown para comunicarme su decisión de interrumpir nuestras conversaciones, me encontraba en un estado de rara incertidumbre sobre la manera de proceder. Digo rara porque en el pasado hacer reportajes era algo que yo practicaba instintiva y fácilmente, era como ir a la despensa antes de la cena para reunir los ingredientes necesarios para cocinar. Pero en este proyecto nada era instintivo ni fácil. La despensa que hasta entonces fuera un vasto y colmado supermercado norteamericano se había encogido hasta asumir las proporciones de una pequeña tienda de comestibles de un país del tercer mundo. No podía intervenir en nada. McGinniss había roto relaciones conmigo. Kornstein nunca respondió a mis llamadas telefónicas, los amigos de McGinniss no hablaban conmigo y hasta la estenógrafa del tribunal a quien le había pedido una copia de las actas del juicio parecía formar parte de lo que comencé a considerar como una conspiración del destino; la mujer nunca estaba en su oficina y la copia no llegaba. Mientras la esperaba en Nueva York hacía a veces una caminata frente al edificio donde Kornstein tenía su bufete (ese edificio quedaba apenas a dos cuerdas de aquel en que vivía yo) y echaba ansiosas miradas al pasillo. Impaciente me preguntaba qué había ocurrido entre McGinniss y yo. ¿Qué había hecho yo para determinar que aquel hombre me considerara una perseguidora más en lu-

gar de una colega que había ido a discutir con él cuestiones de interés común planteadas por su pleito? Me di cuenta de que me había mostrado poco imaginativa. Cuando uno se siente acosado, como debió de haberse sentido McGinniss, cualquier cosa que no sea extrema empatía parecerá hostil y falta de sentimientos. Cuando uno sufre desea simpatía y consuelo, no argumentos abstractos. Y cuando uno ha sostenido — como sostuvieron McGinniss, Kornstein, Buckley y Wambaugh— que todo el futuro del periodismo puede depender de la libertad de disimular que tenga el escritor, porque de otro modo la persona entrevistada eludirá toda pregunta, luego uno se ve francamente obligado a apartarse de un autor que no parece del todo convencido de lo correcto de su propia posición. Pues si McGinniss hubiera continuado con nuestras entrevistas enfrentando mi escepticismo habría terminado por repudiar su propia posición. Era lógicamente imperativo que McGinniss acabara con nuestras entrevistas y me dejara con las manos vacías así como creía que él mismo habría quedado con las manos vacías si hubiera comunicado a MacDonald sus verdaderos pensamientos.

Ahora, en el despacho de Bostwick, sentía la familiar excitación de algo que no había experimentado desde que McGinniss me evitara, algo que yo reconocía con deleite, como el retorno del apetito después de una enfermedad. Era la sensación de vanidad satisfecha que el periodismo norteamericano garantiza a quienes lo practican cuando hacen un reportaje. En nuestra sociedad, el periodista es considerado, junto con el filántro-

po, como una persona que tiene algo extremadamente valioso que dar (su haber es la extrañamente embriagante sustancia llamada publicidad), y por consiguiente se lo trata con una deferencia que no guarda proporción con sus méritos personales. En este país hay muy pocos que no consideraran con entusiasmo la posibilidad de que se escriba sobre ellos o de que se los entrevistara en un programa de radio o televisión. Hasta alguien tan agudo y dueño de sí mismo como Bostwick asintió cuando lo llamé por teléfono desde Nueva York para preguntarle si podría entrevistarlo a él y entrevistar a su cliente. El primer paso que dió en este minué fue decir que el aspecto suyo de todo el pleito no había estado bien representado en la prensa y que esperaba que yo fuera más liberal. Y mi primer paso, puesto que no quería perderlo a Bostwick ni a MacDonald como había perdido a Kornstein y a McGinniss, fue replicarle que la liberalidad y la honestidad eran un ideal antes que algo que uno pudiera prodigar o retirar a voluntad..., y en todo caso no era una condición que los escritores se preocuparan mucho por cultivar. Bostwick murmuró entonces que apreciaba esa respuesta "honestá" con la cual, desde luego, yo había encontrado aceptación y reconocimiento en un nivel más elevado. Durante mi estada en California conservé la postura del periodista ingenuamente honesto que dice lo que piensa y nunca dice una falsedad wambaughiana. Creo que la significación (o falta de significación) de esa postura fue perfectamente entendida por Bostwick y sus asociados y luego por MacDonald y sus varios amigos y simpatizan-

tes. Creo que en el momento en que yo me presenté en escena todos aquellos que habían tenido relación con el juicio MacDonald-McGinniss se habían familiarizado enteramente con las más profundas estructuras del encuentro de periodista-entrevistado y que no se hacían ilusiones con una nueva periodista que se disponía a tratar una nueva historia. Pero ¿cuántos de nosotros a quienes no les queda ninguna ilusión sobre la naturaleza del amor romántico no se vuelven por esa misma razón a un plausible amante cuando éste se presenta? ¿Acaso no son muy raras las aventuras que no terminan muy mal? ¿Y no es el último amante invariablemente diferente por su indole de todos los amantes anteriores?

Encontrándome en el despacho de Bostwick, me daba cuenta de que era no sólo el suave clima de California lo que me procuraba esa sensación de bienestar. La metáfora de la aventura amorosa se aplica a ambos términos de la ecuación periodista-persona entrevistada, y el periodista no es menos susceptible que la persona entrevistada a los placeres y excitaciones del encuentro. En nuestra conversación y en las declaraciones hechas en el juicio, McGinniss había distinguido entre el trabajo de recoger información y la fase de redactar de la empresa periodística y hablaba de cada una de esas fases como si nada tuvieran que ver la una con la otra y como si el trabajo de recoger información y el de escribir fueran hechos por diferentes personas. Si bien esta confesión de duplicidad perjudicó a McGinniss en el juicio — la contradicción que hay entre el decente muchacho que vivió fraternalmente en la casa de

MacDonald y que le escribió a la cárcel y, por otro lado, el frío autor del best seller *Visión fatal* era sencillamente demasiado grotesca—, ella es en realidad una descripción exacta del periodismo en general. Hay un abismo entre la experiencia del periodista de salir al mundo y hablar con gente y su experiencia de estar solo en el cuarto donde escribe. Cuando terminan las entrevistas y el periodista encara la labor de redactar, siente no menos enojo que el que la persona entrevistada siente cuando lee el texto terminado. A veces la labor parece particularmente dura. En 1985, en respuesta a un interrogatorio del demandante, McGinniss habló sobre “demasiadas noches sin dormir, demasiados sueños terribles, demasiadas mañanas vacías, opacas, pasadas mirando al vacío por la ventana trasera de mi casa, con una tasa de café frío en la mano para posponer por otro minuto, por otros cinco minutos, otros diez minutos, la penosa tarea de subir de nuevo a mi cuarto y afrontar la escalofriante convicción que, contra mi voluntad, se estaba formando en mí”. Esa convicción era la de que MacDonald había asesinado a su mujer y a sus hijas, pero ningún autor puede leer este pasaje sin reconocer en él la sensación de no desear ponerse a trabajar sobre algo que puede no resultar bien..., y McGinniss tenía una razón especial para sentirse ansioso sobre el resultado de *Visión fatal*.

Pero ahora, mientras aguardaba a Bostwick, el problema de escribir era mío, como lo fuera para McGinniss en los primeros días de su encuentro con MacDonald; era como el problema de la muerte que no interfería con los placeres del pre-

sente. Pero las repetidas referencias de Bostwick a su madre, según constaba en la copia del juicio, y por el sonido de su voz amable propia de las llanuras, que oí por teléfono, me había formado de él una imagen de un tipo distintamente excepcional y me había imaginado su oficina como un lugar sin pretensiones, un par de cuartos amables pero deslucidos situados en un edificio de alquileres y sobre un puesto comercial. El despacho de Bostwick, situado en un edificio del extremo occidental de Wilshire Boulevard, era un lugar del más moderno y pulido diseño. Más allá de una sala de recepción donde se hacía oír música de Mozart y donde una recepcionista elegantemente vestida estaba sentada frente a un ligero escritorio de color gris, se extendía una sala de conferencias provista de una mesa laqueada y diez sillas de un diseño vagamente oriental; todo esto se veía a través de una pared de vidrio y más allá se extendía la imponente vista del Pacífico que también parecía, por así decirlo, proceder de una firma posmoderna de gran autoridad.

Bostwick había puesto un cuarto a mi disposición donde podía hojear un libro, que contenía casos de los tribunales que todavía no eran del dominio público, y me había asignado una asistente para que me atendiera. Alrededor del mediodía llamó para decir que se había cerrado trato. Aquella noche, Bostwick, su mujer Janette (una mujer bonita, delicada, de suave hablar que trabaja como terapeuta de la psicología de la *Gestalt*) y yo fuimos a cenar a un restaurante que estaba cerca de la oficina. La atmósfera era ligera y como de celebración. Bostwick recordó los pri-

meros días de aquel caso. “Cuando MacDonald vino por primera vez a vernos le dijimos que su causa por difamación no podía prosperar porque él ya estaba a prueba de toda difamación. ¿Cómo puede uno dañar la reputación de alguien que ha sido declarado convicto de asesinato? Pero cuando MacDonald nos mostró las cartas de McGinniss, después de leerlas – puesto que ya teníamos los nuevos artículos en los cuales McGinniss decía a los periodistas que durante el juicio se había dado cuenta de la culpabilidad de MacDonald—, dijimos ‘Este es un caso clásico de fraude’. Tomé una deposición de McGinniss en 1985 y después de pasar una hora en su compañía me di cuenta de que lo teníamos atrapado. A partir de aquel día me frotaba alegremente las manos porque sabía lo que yo podía hacer con McGinniss en la repregunta. Ni siquiera tendría que ser una repregunta muy buena”.

“La primera deposición tuvo lugar en Nueva York”, continuó diciendo Bostwick, “y luego un año después la completé con otra realizada en Pittsfield, Massachusetts, que está cerca de Williamstown. McGinniss se había negado a ir a Nueva York para realizar la segunda parte de su deposición. Decía: ‘La última vez fui lo bastante cortés con usted para llegar hasta Nueva York. Esta vez tendrá usted que ir a Massachusetts’. La ley establece que uno no puede arrastrar a una persona demasiado lejos de su domicilio, de manera que me decidí a ir. Lo cierto es que aquél resultó un viaje excelente. Fue a fines de octubre, justo después de la victoria de los Mets en la Serie Mundial. Mi vuelo me llevó hasta Albany y aquél fue el

más hermoso viaje por avión que hice en mi vida. Era un día claro como el cristal. Desde Albany fui en automóvil hasta Pittsfield. Kornstein tardaría mucho más en llegar. Había salido de Manhattan más o menos a la misma hora en que yo salía de Los Angeles. El viaje resultaba más complicado para él que para mí". Bostwick rió. "¿Puede imaginarse usted a abogados obligados a semejantes cosas? Ahora nos hacían ir hasta Massachusetts. En nuestra profesión ocurre tantas veces esto que usted se impresionaría. Nos pasamos la vida luchando denodadamente y de pronto nos encontramos metidos en el fango hasta la cintura y entonces nos preguntamos: '¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Qué ocurrió?'. Lo que ocurrió es que obraste como un asno. A veces me pregunto por qué soy abogado. No siempre fui abogado, primero fui voluntario del Cuerpo de la Paz, traductor, ingeniero y oficial de ejército".

Bostwick cambió su plato vacío por el de su mujer que estaba a medias lleno y cuando cargó su tenedor con oscuro barbo dijo: "McGinniss decía que escribir el libro era algo que debía a Collette y a las chicas, pero — como lo hice notar en mi argumentación final— no se lo debía a ellas, sino que se lo debía al Banco de Nueva Inglaterra. Si lee usted las cartas que envió a MacDonald, verá que el hombre se encontraba en apuros financieros continuamente. Por eso tenía que continuar engañando a MacDonald para que cooperara con él hasta poder escribir el best seller. Había recibido el anticipo de los editores y se lo había gastado. No tenía la libertad de decirle a MacDonald la verdad."

Comprobé con interés que, aun cuando el litigio se había dirimido, Bostwick continuaba todavía manifestando disgusto y desprecio por el acusado. Evidentemente para ser un buen abogado en un pleito uno debe saber aborrecer. Un juicio es a la vida ordinaria lo que es la guerra al tiempo de paz. En un pleito, cualquiera que esté en la parte contraria es una mala persona. La transcripción de lo que se dice en el pleito es un discurso de malevolencia.

Le pregunté a Bostwick si no consideraba posible que McGinniss hubiera estado diciendo la verdad en sus cartas a MacDonald, que lo hubiera querido así como odiado.

Bostwick, como si de pronto recordase que ya no estaba en la sala del tribunal y podía ceder sin correr riesgos ante su adversario, asintió gravemente: "Las cosas no eran simples para él; sus emociones estaban en conflicto".

Janette, que hasta entonces no había hablado mucho, dijo en ese momento: "En mi trabajo ocurre que un paciente llega y dice 'Esta es la verdad en lo que me concierne'. Luego, en la terapia suele surgir una verdad enteramente opuesta y significativa..., pero las dos son ciertas".

"Lo mismo ocurre con los procesos judiciales", dijo Bostwick. "La gente suele pensar que se trata de llegar a la verdad. Pero no creo que en esta sociedad sea ésa la función del proceso judicial. Estoy convencido de que su función es catártica. Es un medio de permitir que la gente zanje sus diferencias, un medio de permitirles que sientan como si tuvieran un foro. De esa ma-

nera se reduce la tensión del cuerpo social, se llegue o no se llegue a la verdad”.

“Pero en un proceso criminal”, dije presentando el tema al que inevitablemente conduce toda discusión sobre el pleito MacDonald-McGinniss, “¿no hay sólo una verdad?; ¿cometió MacDonald esos asesinatos o no los cometió?”.

“No creo que lo haya hecho”, dijo Bostwick, “yo no habría aceptado el caso si hubiera creído que MacDonald era culpable. Probablemente se lo expliqué de la mejor manera a mi hija cuando ésta comenzó a verse acosada en la escuela a causa de mi intervención en el caso. Le dije: ‘Mira, nadie lo sabe. No digo que yo *sepa* que MacDonald no lo hizo, sólo Dios y el doctor MacDonald lo saben y ninguno de ellos habla, pero *creo* que no cometió los asesinatos. Las descripciones que hizo de los cuatro intrusos coincidían con gentes que un par de horas antes de los asesinatos habían sido vistas a cinco o seis millas de la casa de MacDonald. Nunca me explicaron cómo MacDonald pudo describir a esas personas’.”

En el juicio, Bostwick había atacado a McGinniss por la certeza que éste tenía de que MacDonald había cometido los asesinatos; leyó en voz alta un pasaje de *Visión fatal* en el que McGinniss, al referirse a la madre de MacDonald, había escrito: “Había demasiadas cosas que yo no podía decirle, por ejemplo, que yo sabía que su hijo había asesinado a su mujer y a las chicas”. Luego Bostwick le preguntó a McGinniss: “¿Realmente sabía usted que MacDonald había asesinado a su mujer y a sus hijas? ¿Realmente lo sabía?”. El intercambio verbal continuó así:

R: Y bien, sé que es un convicto y que el fallo condenatorio ha sido confirmado por los tribunales de apelación que lo consideraron.

P: Sin embargo no es eso lo que se dice aquí, señor McGinniss. Por eso le hice la pregunta empleando los propios términos de usted. ¿Realmente lo sabía usted?

R: Después de cuatro años de intensa investigación, lo sé para mi propia satisfacción.

P: ¿Habló usted alguna vez con alguien que supiera, a juicio de usted, que el doctor MacDonald había cometido los crímenes?

R: Bueno, las víctimas han muerto. No se puede hablar con ellas y he llegado a creer que sencillamente MacDonald no declaró la verdad.

P: ¿Habló usted alguna vez con alguien que supiera que el doctor MacDonald cometió los crímenes?

R: Me parece que aquí está entrando usted en una zona de la epistemología, señor Bostwick.

P: Es cierto. Estoy de acuerdo con usted.

R: Sí.

P: ¿Habló usted con alguien que lo supiera?

R: No podía hablar con Colette, no podía hablar con Kimberly.

P: ¿Habló usted alguna vez con alguien que lo supiera, señor McGinniss?

R: Sí.

P: ¿Con quién habló usted?

R: Hablé con MacDonald.

P: ¿Sabe usted que él lo reconoce?

R: Mi corazón me dice que él lo reconoce.

P: ¿Le dijo él alguna vez que había cometido los crímenes?

R: Por cierto que no lo hizo."

Ahora, mientras nos encontrábamos en el restaurant, Bostwick declaró que estaba dispuesto a vivir con esa duda. "Considerando los hechos tales como los conozco — y hay una gran cantidad de pruebas en favor de ambas posibilidades—, prefiero permanecer en la incertidumbre a adoptar el fácil medio de liberarme de mi desasosiego con una certeza absoluta. No lo sé y nadie en esta tierra puede estar absolutamente seguro de cuál sea la verdad. Realmente desconfío de todo aquel que declara que está absolutamente seguro."

En la primera visita que hice a MacDonald — que se verificó al día siguiente— vi a un hombre alto bien constituido en un uniforme de algodón celeste, de talante equilibrado. En Terminal Island un preso es llevado a la sala de visitas esposado; se le quitan las esposas cuando el hombre presenta sus muñecas a través de una puerta de barrotes para que un guardia que está del otro lado pueda retirarlas. Conocer a una visitante en semejantes circunstancias no parecía ofrecer mucho margen para hacer una entrada elegante, pero MacDonald de alguna manera se las arregló para pasar por el humillante ritual, como si fuera un actor que se despoja rápidamente de su traje de teatro antes de salir a saludar a sus amigos que están en la sala de espera y no un preso que salía de su solitario confinamiento por breves momentos. Lo habían trasladado a Terminal Island desde la prisión federal de Arizona donde estaba cumpliendo su sentencia; así pudo asistir al juicio de McGinniss; todavía no lo habían devuel-

to a su anterior cárcel. Durante el juicio, por razones burócraticas, se lo había alojado en el "agujero" de la cárcel y todavía se encontraba allí. Su celda medía cinco pies por nueve pies y estaba provista de una cama compuesta de dos literas y un inodoro; se le permitía salir una hora por día para hacer ejercicios.

MacDonald y yo estábamos sentados frente a frente a una pequeña mesa de material plástico en un cuarto muy pequeño que estaba separado de una idéntica sala de visitantes (que nadie ocupaba en ese momento) por una división de vidrio. En Terminal Island las disposiciones habían cambiado y ahora a los periodistas se les permitía llevar a la sala de visitas libretas de notas y grabadoras; de manera que ahora había sobre la mesa una grabadora entre MacDonald y yo. MacDonald había llevado un grueso fajo de papeles en un sujetapapeles; hablaba rápidamente y sin descanso como un ejecutivo o un político que tiene preparadas siempre sus palabras; empleaba mucho el pronombre "nosotros" en lugar de "yo". Sin embargo, a diferencia de muchos charlatanes compulsivos que consideran lo que uno ocasionalmente pudiera decir como una molesta interrupción, MacDonald guardaba silencio y prestaba una gran atención a lo que yo decía. Casi podía sentir la intensidad con que me escuchaba, y no dejó de impresionarme su inteligencia. Sólo gradualmente fue decayendo su interés por lo que yo decía y entonces volvía a repetir su vieja historia, obsesiva, agresiva y a hablar de "injusta condena", "juez parcial", "supresión de pruebas", "nuevos testigos", historia que había informado

toda su existencia durante los ocho años transcurridos desde que se lo declarara convicto.

Tanto en su historia preparada como en sus respuestas impremeditadas MacDonald empleaba un lenguaje que contrastaba curiosamente con su persona: él mismo se mostraba encrespado con tensa vivacidad, pero su lenguaje era chato, blando, sin matices, muerto. La discrepancia me pareció aun más marcada cuando encontrándome de vuelta en mi habitación del hotel escuché las cintas magnetofónicas que había grabado en la prisión. Aisladas y divorciadas de la vigorosa presencia y de los gestos del hombre, las simples palabras exhibían una terrible puerilidad. En *Visión fatal* se dedican muchas páginas a las transcripciones de las cintas que MacDonald grabó en la cárcel para McGinniss, y reconocí el lenguaje. En una sección titulada "La voz de Jeffrey MacDonald" se lee: "El año de Princeton fue increíblemente grandioso; me sentía profundamente enamorado de Colette y pensaba que tener a Kimberly era espléndido; además nos visitaban en la casa multitudes de personas".

Unos meses después de haber visto a MacDonald, cené con Michael Malley y al terminar la velada éste abordó el problema de la manera de expresarse de MacDonald. "El lenguaje no es el fuerte de Jeff", dijo. "No sabe expresar bien sus sentimientos y no es capaz de sutilezas. Si yo tuviera que hacer de nuevo a Jeffrey MacDonald comenzaría con su manera de expresarse; sencillamente lo haría más expresivo. El lenguaje es lo que hace humana a la persona y es la manera primaria que tenemos de conocer a los demás.

Creo que hubo dos razones por las cuales Jeff perdió el juicio criminal. Una de ellas fue el hecho de que el juez no admitió pruebas que podíamos presentar. Y la otra razón fue el propio Jeff. No tuvo la habilidad de hacer que el jurado le creyera. A Jeff no le gusta esta idea, pues piensa que cuenta bien su historia. Pero yo siempre le digo 'La vez que mejor te oí contar tu historia fue en el juicio del ejército cuando te desmoronaste y dejaste de hablar, cuando ya no podías seguir hablando... Y cuando aquel coronel entrecano y esos tres oficiales que estaban sentados con él contenían sus sollozos'".

En el momento de aquella cena – abril de 1988– yo mantenía correspondencia con MacDonald y en mi carta siguiente, mencionando mi encuentro con Malley, aludí delicadamente al tema de su modo de expresarse y le pregunté si él mismo lo sentía como un problema. La respuesta de MacDonald abarcaba unas catorce carillas. En parte escribía:

“Sus comentarios sobre ser yo vívido en persona pero no en las cartas y en las grabaciones me sorprenden sólo un poco... Si estoy preso, seguramente el factor principal de esa situación debe ser el hecho de que he sido erróneamente acusado y declarado convicto. Y toda palabra que dije en mi defensa, o que *no dije* en mi defensa, fue exhaustivamente analizada. Todos mis ademanes, mis palabras, mis cartas, mis sueños, mis recuerdos... *todos* fueron disecados pública y privadamente, de manera que comencé a sentir que sólo pequeñísimas porciones de mis recuerdos son sagradas.

Personalmente siento que se me erizan los pelos cuando asied me hace esa pregunta porque (para mí) en esa pregunta hay implícita una defensa del falso y ultrajante retrato que con toda intención hizo de mí Joe McGinniss. Lo que la pregunta parece decir es 'Jeff es parcialmente responsable del retrato no demasiado exacto trazado por Joe'. Creo que todo el libro es palabrería vana, una cubierta para encubrir su extremada incapacidad de ser veraz y exacto... McGinniss debería tener que responder por sus mentiras, sus engaños, sus actos fraudulentos, sus falsas informaciones... Es seguro que rara vez, si es que hubo alguna, escritores tuvieron *mayor* acceso a una persona sobre la cual se propusieran escribir. No sólo nos reuníamos, cenábamos, charlábamos y mantuvimos correspondencia durante cuatro años sino que hasta vivimos juntos; él tenía acceso permanente a mi vida y un total acceso a todos los amigos y conocidos que tenían alguna importancia en mi vida. Además, actuó como miembro de mi equipo de *defensa*, ¡Dios mío!, una situación en la que toda concebible vulnerabilidad podía ser disecada una y otra vez *ad nauseam*. Por otra parte, MacDonald me veía en un estado de extrema fatiga y tenía total acceso a muchos otros que vivían o trabajaban conmigo y que también estaban agobiados de fatiga.

De manera que McGinniss no tiene *ninguna* excusa de su falsa pintura, no estaba observando a una persona distante a través de una niebla — intervenía profundamente en todo lo mío y era 'su mejor amigo' durante cuatro años— y aun así se le escapó mi modo íntimo de ser".

No insistí más con MacDonald sobre el tema de su modo de expresarse. Posteriormente, al re-

leer la transcripción del juicio contra McGinniss; encontré en una sección un testimonio que, de haberlo recordado, me habría hecho pensar dos veces antes de sugerir a MacDonald que había algo extraño en su modo de expresarse. Se trataba del testimonio del psiquiatra Michael Stone, que había sido contratado por Kornstein para confirmar la verdad de la teoría de McGinniss, expuesta en *Visión fatal*, y según la cual MacDonald padecía la dolencia kernbergiana de narcisismo patológico. (En su repregunta, Bostwick pudo señalar que el narcisismo patológico no figura en el *Manual diagnóstico y estadístico de enfermedades mentales* de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, lo cual sin embargo no significa que los desórdenes que aparecen allí sean menos cuestionables. Nuestra nomenclatura psiquiátrica de diagnóstico tiene la misma fuerza explicativa que la nomenclatura de la fisiología medieval con sus cuatro humores.) Aunque Stone, graduado en el Instituto Psicoanalítico de Columbia y profesor de psiquiatría clínica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell, nunca había examinado (y ni siquiera conocido) a MacDonald, sin duda, después de leer las seiscientas páginas de transcripción de las cintas que MacDonald había hecho para McGinniss, había llegado a la conclusión de que el hombre sufría de algo peor que el narcisismo patológico, es decir, “un narcisismo maligno que es algo más que el narcisismo patológico”. Stone explicó al jurado que había hecho un diccionario alfabético de los “varios rasgos y cualidades anormales” que había encontrado en la transcripción pero que “la prue-

bá más notable tocante al narcisismo patológico es, no la que está en una determinada página, sino la que *no* está en ninguna de las páginas.”

“¿Qué entiende usted por eso?”, había preguntado Kornstein.

Stone replicó “En todo esto no hay nada que le impresione a uno como genuino, trátese de MacDonald o de cualquier otro, con la posible excepción de su tendencia malhumorada y su propensión a encolerizarse cuando encontraba obstáculos a su voluntad. Pero independientemente de esto ningún personaje se manifiesta al lector con el carácter de una persona viva. Leí ese material dos veces. Y, como dije, hice un índice alfabético. No podría decirles a ustedes cómo era realmente Colette; no podría decirles cómo era realmente Kimmy... Ninguna de ellas se presenta como una figura viva, son figuras tiesas, petrificadas. Y ésta es una notable experiencia cuando lee uno seiscientas páginas de material autobiográfico”.

Al escribirle a MacDonald que “en sus escritos y en las transcripciones de sus palabras se trasluce menos de lo que usted es”, yo había cometido el mismo error que cometió Stone al asombrarse de la incapacidad de MacDonald para hacer retratos de sí mismo y de su familia como pudiera haberlos hecho un Tolstoy. La opacidad que manifestaba MacDonald en el material grabado me parecía inusitada, como le pareció a Stone (y también a McGinniss, quien me había dicho hasta qué punto se ponía de mal humor cuando le llegaba una nueva cinta desde la cárcel) a causa del contraste que presentaba con el atroz carácter del crimen por el cual MacDonald había sido con-

siderado convicto: la voz de un asesino no debía sonar como la de un contador. Pero en verdad —como cualquier periodista puede confirmarlo— la opacidad y desinterés de MacDonald no son inusitados en modo alguno. En la novela experimental *The Counterlife*, de Philip Roth, el novelista narrador Zuckerman observa:

“Las personas no se presentan a los escritores como personajes literarios cabalmente forjados; generalmente les ofrecen muy poco a su labor y después del impacto de la primera impresión no les prestan prácticamente ninguna ayuda. La mayor parte de las personas (comenzando por el propio novelista, su familia y todos cuantos conoce) carecen absolutamente de originalidad, y el trabajo del novelista consiste precisamente en mostrarlos originales. No es tarea fácil. Si Henry iba a ser alguna vez interesante, era yo quien tenía que hacerlo.”

Sin embargo cuando un novelista topa con alguien como Henry (“ingenuo y carente de interés, perfectamente corriente”, es así como lo describe Zuckerman), todo lo que puede hacer ese periodista —puesto que su trabajo es informar, no inventar— es apartarse del individuo con la esperanza de encontrar pronto un tema más conveniente. En efecto, mientras el novelista, al forjar a su héroe o heroína, puede elegir entre todos los aspectos de la naturaleza humana, el periodista en cambio debe limitar sus protagonistas a un pequeño grupo de personas de rara naturaleza, exhibicionistas, imaginativas, que ya han hecho en sí mismas el trabajo que el novelista reali-

za con sus personajes imaginarios, en suma, personas que se presentan como figuras literarias ya hechas. En el caso MacDonald-McGinniss tenemos un ejemplo del periodista que aparentemente se dio cuenta demasiado tarde de que el tema de su libro no era adecuado para una obra no ficticia, pues el protagonista no era un miembro de la maravillosa raza de los que hacen ficción sobre sí mismos, como el Joe Gould de Joseph Mitchell y el Perry Smith de Truman Capote, de quienes depende como género vivo el nuevo periodismo y la "novela no ficticia". MacDonald era simplemente un muchacho como los demás, sin nada que ofrecer salvo una tediosa e improbable versión sobre su inocencia de un crimen terrible. En el curso normal de las cosas, McGinniss probablemente habría reconocido con rapidez el carácter vulgar de MacDonald, habría abandonado el proyecto de escribir un libro sobre él y se habría puesto a buscar un individuo que trascendiera la vida, elemento tan decisivo para el trabajo de un periodista como es decisiva la rara imagen para el arte del fotógrafo. Pero por varias razones McGinniss decidió no ver lo que saltaba a la vista. Podemos suponer que una de esas razones fue su vieja debilidad por encontrarse en el "interior de una situación"; indudablemente fue irresistible para él el ofrecimiento de tener acceso a conversaciones que ningún otro extraño podría oír, de tener "acceso" a MacDonald, en forma exclusiva. Otra razón puede haber sido la presión del deseo de MacDonald, que quería que se escribiera sobre él. Así como mi lectura de la transcripción de las cintas que grabó MacDonald en la cárcel me

mostró las penurias que debía de haber pasado el pobre McGinniss tratando de convertir a un Jeffrey MacDonald en un Raskolnikov, así también mis relaciones con el propio MacDonald me permitieron comprobar algo de la seducción de aquel hombre y comprender por qué McGinniss había sucumbido a la fuerza de esa seducción. En la época en que McGinniss se daba ya plena cuenta de que MacDonald no resultaría un personaje adecuado —y uno de los temas constantes de las cartas que escribiera McGinniss a MacDonald mientras éste se encontraba en la cárcel era su intento permanente de agujonearlo para que fuera interesante, hasta el punto de excitarlo revelándole una serie de indiscreciones sexuales de sí mismo (que Bostwick con gran placer leyó en voz alta en la sala del tribunal)—, ya estaba demasiado metido en el proceso en virtud del cual una obra escrita se transforma en una mercancía; además estaba cargado de deudas personales. (Sus problemas de dinero, su necesidad de una hipoteca y de hacer colocar un nuevo calorífero, etc., son otro *leitmotiv* de la correspondencia.)

La solución a que llegó McGinniss para tratar la falta de carácter e interés de MacDonald no era una solución satisfactoria, pero no tenía más remedio que adoptarla. En el juicio criminal, el fiscal había manifestado que no se trataba de demostrar que MacDonald era el tipo de persona que podía haber cometido los crímenes, sino que sólo se trataba de mostrar que realmente los había cometido, pero precisamente lo que McGinniss, el novelista no ficticio, debía mostrar era precisamente aquello. El medio que adoptó fue

citar largas descripciones que presentaban Kernberg y Lasch de sus personajes vivos, los narcisistas patológicos, pues McGinniss evidentemente pensaba que algo de la aureola de esos personajes anómalos alcanzaría a MacDonald, que por extensión el carácter interesante y horrible de tales caracteres llegaría a ser el de MacDonald. Cuando Kernberg (en un pasaje citado por McGinniss) habla de los narcisistas patológicos y de "su manía de grandeza, su extremo egoísmo y su notable falta de interés y empatía por los demás, a pesar de que están muy ansiosos por obtener admiración y aprobación", y agrega:

"Sienten que tienen el derecho de controlar y poseer a los demás y de explotarlos sin experimentar ningún sentimiento de culpa; y detrás de una superficie que muy a menudo es muy encantadora y seductora, uno siente la frialdad y la insensibilidad".

podría estar hablando sobre el siniestro Grandcourt de *Daniel Deronda* y sobre Osmond de *Retrato de una dama*. Pero desgraciadamente para el proyecto de McGinniss en las seiscientas páginas de *Visión fatal* no hay nada que sugiera que Kernberg estuviera hablando sobre Jeffrey MacDonald; y, por otro lado, la cita de Lasch hecha por McGinniss sobre la "aversión sin límites por el sexo femenino", basada en su "miedo a la madre devoradora de la fantasía preedípica", no guardaba la menor relación con lo que McGinniss quería mostrar que había hecho MacDonald.

El psicópata de Hervey Cleckley se ajustaba

un poquito mejor al proyecto de McGinniss. *La máscara de cordura*, obra publicada por primera vez en 1941, es un libro extremadamente singular que comienza (para dar una idea del gusto de ese período) con un ataque a *Finnegans Wake* y entre sus viñetas de conducta antisocial incluye el caso de un "joven inteligente y en algunos aspectos distinguido" a quien se descubrió manteniendo comercio sexual con cuatro sucios peones negros en una cabaña de turismo del Sur. Por alguna razón este libro arcaico y más bien alocado continúa ejerciendo su dominio en la imaginación de psiquiatras norteamericanos; en año tan reciente como 1976 apareció una quinta edición y aún se lo usa como libro de texto en facultades de medicina de todo el país. La tesis del libro, que queda sepultada por la masa de episodios como el que acabamos de citar, es la de que existe una clase de malhechor llamado psicópata, que de ninguna manera parece anormal o diferente de las otras personas pero que en realidad padece "un grave trastorno psiquiátrico", cuyo síntoma principal es la apariencia misma de normalidad con la cual se disimula el horror de su desarreglo. En efecto, detrás de "la máscara de cordura" no existe un ser humano real, sino que se trata tan sólo de un simulacro de ser humano. Cleckley dice:

"Nos encontramos aquí, no ante un hombre completo, sino ante algo que sugiere una máquina de reflejos sutilmente construida, la cual puede imitar perfectamente la personalidad humana. Este aparato psíquico que funciona conveniente-

mente no sólo reproduce ejemplos coherentes de buen razonamiento humano sino también apropiadas simulaciones de la normal emoción humana en respuesta a casi todos los variados estímulos de la vida. Tan perfecta es esta reproducción de un hombre cabal y normal que nadie que la examine puede señalar de manera científica y objetiva por qué ese hombre no es real. Y sin embargo uno sabe o siente que no está presente esa realidad, en el sentido de una experiencia plena y saludable de la vida”.

El “grave trastorno psiquiátrico” de Cleckley es, por supuesto, el mismo desarreglo que padecían el conde Drácula, el monstruo de Frankenstein y una multitud de otras notables creaciones literarias. El intento de resolver el problema del mal y de perpetuar el mito romántico de la bondad innata del hombre mediante la fantástica idea de que quienes cometen actos malos carecen de las habituales dotes humanas —no son seres humanos “reales” en modo alguno, sino que son monstruos sin alma— es un tema familiar de la literatura romántica victoriana. El hecho de que el libro de Cleckley continúe siendo hasta hoy un texto psiquiátrico serio es prueba de la fuerza que tiene esta fantasía entre los psiquiatras. El concepto de psicópata no ofrecía a McGinniss una solución para su problema literario de convertir a MacDonald en un asesino creíble, pero le permitía evadirse del problema así como el concepto mismo elude el problema que se propone resolver. Decir que la gente que hace cosas malas no parece mala por su aspecto es decir algo que todos ya sabemos: nadie se jacta de una mala

conducta, todo el mundo trata de ocultarla, todo villano lleva una máscara de bondad. El concepto de psicópata supone un efecto: admitir que no hemos resuelto el misterio del mal – supone tan sólo reformular ese misterio– y únicamente ofrece una válvula de escape a la frustración que sienten los psiquiatras, los asistentes sociales y los policías que diariamente enfrentan la fuerza de ese misterio. La tautología de Cleckley también tiene que haber ofrecido a McGinniss una manera de salir de su dilema moral en lo referente a MacDonald. Si MacDonald sólo tenía la apariencia de un ser humano y en realidad era “una máquina de reflejos sutilmente construida” (¿que llevaba una máscara? Cleckley nunca describió minuciosamente las piezas de su presunta maquinaria), luego McGinniss no le debía nada y podía traicionarlo con impunidad puesto que traicionaba, no a MacDonald, sino tan sólo a una especie de impío “ello”.

Cuando desde California regresé a Nueva York, llamé por teléfono al doctor Stone. En el juicio, éste había intentado fundir el Drácula de Cleckley con el Grandcourt de Kernberg en su retrato diagnóstico de MacDonald con resultados bastante dudosos. Ahora, por teléfono, me dijo que acogía con agrado la oportunidad de ampliar su testimonio – tenía muchísimas cosas que contarme, según me dijo–, de modo que unos pocos días después fui a verlo a su oficina situada en la planta baja de un edificio de apartamentos de Central Park West. La oficina era como una sala de recibo victoriana – o tal vez como un escenario de tal sala– provista de un gran piano, cortinajes

de terciopelo, alfombras persas, sofás y sillas de brocado, mesillas adornadas, libros encuadernados con viejo cuero y lámparas de tenue resplandor. Stone, un hombre alto, de maneras sueltas, de unos cincuenta y cinco años, con un rostro cordial y rosado y cabellos blancos, me indicó uno de los sofás de brocado que estaba frente a una mesita con tapa de mármol y él mismo se sentó cerca en una mecedora de comba madera.

El entusiasmo que mostraba Stone por hablarme había estado precedido por su entusiasmo por declarar en favor de la defensa. En el juicio y durante la repregunta de Bostwick, había tenido que admitir que en su primera conversación telefónica con Kornstein — antes de haber visto las transcripciones en las cuales basaba su testimonio— estaba dispuesto a prestar testimonio. En respuesta a una pregunta sobre sus honorarios como testigo experto, le dijo a Bostwick que todavía no había fijado los honorarios porque “me pasé más de mil novecientas horas trabajando en esto y me doy cuenta de que muchas cosas ofrecían para mí un interés especial” y que “nadie me pidió que confeccionara un índice alfabético de las seiscientas páginas de material. Lo hice por mi cuenta para orientar todas estas cosas en mi espíritu, por eso pasaré una cuenta inferior a lo correspondiente”. Ahora, en su oficina, Stone dijo “Había leído *Visión fatal* unos años atrás y de la lectura resultaba muy claramente que Jeff MacDonald era una persona patológica”.

“¿Lo pensó así al leer el libro?”, le pregunté.

“Oh, por cierto. El hombre era por lo menos un mentiroso patológico y como también era un

homicida eso lo convertía en una persona muy fea y nociva, en una amenaza para el cuerpo social; sí, una personalidad muy enferma. Sin embargo no había prestado demasiada atención a esta circunstancia cuando leí el libro que me pareció simplemente otro libro interesante más. En la época en que me pidieron que examinara la cuestión como experto en desórdenes de la personalidad ya me había convertido, si usted quiere, en un criminólogo aficionado. Había reunido una gran colección de psicobiografías de asesinos y estaba mucho más familiarizado con los homicidas de los últimos veinte o treinta años de lo que lo estaba cuando leí aquel libro. Todo el asunto cobró verdadero interés para mí, por eso me entusiasmo mucho participar en el juicio. Me enviaron una transcripción de las treinta cintas magnetofónicas que Jeff MacDonald grabó en la cárcel, es decir, su pseudoautobiografía. ¡Una superchería total!”

“¿Superchería?”

“Lo cierto es que todo eso es un tejido de hipótesis, mentiras y engaños. Hice un índice de los ejemplos de mentira, de autoengrandecimiento, de jactancia, etc., página por página, para estar mejor preparado en el juicio en cuanto a citar capítulos y párrafos por lo que pudieran preguntarme. Se trata de un admirable ejercicio en el arte de mentir. Ahora bien, sabiendo perfectamente que yo no podía presentar esto como prueba — la ley por su estructura es adversa al método científico—, hice así y todo un pequeño experimento sólo para comprobar si me encontraba en la pista correcta. Después de leer centenares y

centenares de páginas de la transcripción, tomé cuatro páginas al azar y las entregué a mi secretaria para que hiciera una docena de copias xerox; entregué esas copias a los alumnos de la clase de Cornell donde enseñé sobre desarreglos de la personalidad. Los alumnos son allí psicólogos y jóvenes psiquiatras. No los puse en antecedentes de nada, sino que sólo les dije 'Aquí hay cuatro páginas de un registro de cintas que alguien grabó sobre su vida. Aquí está una lista de los desórdenes de la personalidad según el diagnóstico estándar DSM-III. Hagan el favor de escribir si, a juicio de ustedes, las palabras de esa persona dan prueba de la presencia de uno o varios de estos desarreglos.' ¡Y sólo basándose en esas cuatro páginas todos llegaron a la conclusión de que el hombre era narcisista, y la mayoría de los alumnos afirmó que era una persona antisocial! Y mi mujer, al ver una sola página, porque una noche había dejado yo ese material sobre la cama, exclamó 'Dios mío, ¿quién es este narcisita hijo de puta?' Sí, exactamente así. Por supuesto, en el juicio me preguntaron '¿Cómo puede usted diagnosticar en el caso de una persona que no ha examinado?' A menudo uno no puede hacerlo, pero cuando se trata de desarreglos de la personalidad puede uno a veces llevar a cabo un trabajo mejor si no ha examinado a la persona que cuando uno lo ha hecho, porque en este último caso el individuo mentirá con toda seguridad. El concepto de Kernberg de narcisismo patológico no es nada más que la confluencia de rasgos narcisistas — pobre empatía, autoengrandecimiento, uso manipulativo y explotación de los demás—

con cualidades antisociales como crueldad, afición a dañar a la gente, a embaucarla, a tomarse libertades con las reglas por las que se regula la sociedad. De manera que no era sorprendente que mi mujer y mis doce alumnos hicieran el diagnóstico en un santiamén. Con todo eso, yo no podía presentar mi experimento como prueba porque se trataba de opiniones oídas. No sabía qué hacer. Allí había un hombre que, de conformidad con los mejores criterios científicos, era exactamente lo que Joe McGinniss decía que era, y sin embargo yo no podía presentar esa prueba en el tribunal”.

Le hice notar que me parecía que su experimento no respondía a los mejores criterios científicos, puesto que no había habido controles.

“Sí”, dijo Stone, “podría haber cotejado más o menos el caso de Jeff MacDonald empleando a varias personas normales, alguien con un desajuste diferente de la personalidad, alguna otra persona convicta. Pero nada de esto habría sido admitido como prueba a menos que la otra parte hubiera inspeccionado el experimento; sin embargo nunca habrían accedido a esto porque ellos saben muy bien que en su interior MacDonald es exactamente como lo describe el libro”.

“Eso es lo que usted cree, pero no lo ha establecido”.

“No. Pero tengo fuertes sospechas de que Bostwick sabía que no estaba tratando con Lord Fauntleroy”.

“¿No le parece que haya alguna posibilidad de que MacDonald sea inocente?”.

“No. En realidad (y esto también era algo que

no pude decir en el tribunal puesto que Bostwick hábilmente nos hartó de continuo con una serie de preguntas tontas, y yo por mi parte tenía que tomar un avión), los cuatro intrusos que MacDonald pretendía que eran los responsables de los asesinatos representaron la única verdad que él dijo, psicológicamente hablando. *Había* realmente cuatro personas que irrumpían en el estilo de vida hedonista de MacDonald y que merodeaban alrededor de él, las cuatro personas que se oponían a su repugnancia a ser un marido y un padre responsable; me refiero a Colette, Kristen, Kimberly y al hijo aún no nacido”.

Luego Stone continuó hablando del momento en que vio a MacDonald en el tribunal.

“Me sentía sumamente nervioso por encontrarme en presencia de ese hombre”, dijo. “Tenía la sensación de que sus ojos podían hacer agujeros en un tanque. ¡Esa mirada acerada de hombre hostil! Quise saber cuándo se lo pondría en libertad bajo palabra y cuando me enteré de que eso ocurriría después de no encontrarme ya en esta tierra me sentí más animado.”

“Usted habla de él como si realmente lo conociera, como si fuera para usted una persona real”, le dije. “Pero en verdad MacDonald es el personaje de un libro. Todo lo que sabemos de él, lo sabemos por el texto de McGinniss”.

Stone permaneció callado durante un momento y por mi parte me pregunté si mi observación había sido imprudente. Al plantear la cuestión del personaje de un texto para comentar la condición ontológica del personaje de otro texto, ¿no estaba alertando yo a Stone demasiado pron-

to (así como había alertado a McGinniss demasiado pronto) sobre los peligros de ser el tema de un libro? Stone vacilaba, pero —evidentemente estaba hecho de una sustancia más dura que la de McGinniss— luego con resolución continuó en su tarea de descubrirse. "MacDonald no es un personaje de Dickens", dijo por fin correctamente aunque de manera poco pertinente.

"Verdaderamente a usted no le gusta", dije.

"No. Es difícil que a uno le guste un hombre que apuñala a su mujer embarazada. Para eso se necesita más —¿cómo diría yo?— amor a la humanidad del que yo tengo. Pertenezco más a la escuela que dice 'Obtienes lo que mereces y debes merecer lo que obtienes'".

Antes, Stone había hablado de la cadena de brutalizaciones y abusos que relacionan las generaciones de personas violentas. Le pregunté: "¿No es posible que se hayan inferido daños a MacDonald en la época de su niñez? ¿No es posible que su infancia no haya sido en modo alguno idílica y que él reprimió lo ocurrido?"

"Sí."

"Si lo supiera usted con certeza, ¿se mostraría más benévolo con él?"

"No."

"¿Por qué no?"

"Porque es un mentiroso. Porque no es bastante hombre para decir 'Cometí esos asesinatos porque me encontraba bajo la influencia de anfetaminas. No sabía lo que estaba haciendo. Colette estaba siguiendo un curso de psicología y era la que iba a llevar los pantalones en la casa. Para mí esto era una amenaza; sentía que me hacían a

un lado. Había mimado demasiado a esa muchacha y ella me había atrapado' — ésta es la teoría del padrastro de Colette, quien me la comunicó durante el juicio—, 'por eso en un momento de frenesí, pues sentía que toda mi vida estaba arruinada, les di muerte'. Si MacDonald fuera capaz de decir todo esto, yo por mi parte lo tendría confinado durante el resto de su vida, pero por lo menos sentiría algún respeto por el hecho de que se mostrara honesto tocante a lo ocurrido. Pero eso no es posible. MacDonald no puede hacer esto. No está constituido para hacerlo".

"Tiene usted una opinión muy dura que no es habitual en un psicoterapeuta de nuestra cultura".

"Desgraciadamente *no es habitual*. Me encuentro en oposición a muchos de mis colegas por esta causa. Siento que en nuestra profesión es demasiado general la actitud *Tout comprendre, tout pardonner*. También es muy general la actitud de 'Podemos enmendarlo', la idea de que si podemos enviar un hombre a la luna seguramente podremos hacer que un psicópata se enderece. Pero una persona que tiene inclinación al asesinato está más allá de la esfera de la psicoterapia. Es necio pensar que una persona como ésa pueda ser corregida mediante el proceso de una terapia individual. Es un alma perdida".

Si la oficina de Michael Stone me había asombrado y desconcertado, el despacho sin ventanas de Ray Shedlick situado en las afueras de Durham, Carolina del Norte, me pareció inmediatamente familiar con sus paneles de madera os-

cura, sus certificados puestos en marco, sus trofeos atléticos y un penetrante aire de limpieza y pulcritud, los emblemas de los círculos oficiales norteamericanos rurales. Shedlick, un policía retirado de Nueva York, fue contratado por MacDonald en 1982 como investigador. Era un hombre alto, esbelto, de cincuenta y cinco años, de maneras muy agradables, que llevaba una camisa de lana roja y anteojos oscuros; me había ido a buscar al aeropuerto de Durham un sábado del invierno de 1988 y luego me había conducido al edificio de su oficina situado a unas pocas millas de allí, donde me encontraba ahora aguardando a un tercer miembro de la reunión, un escritor y profesor llamado Jeffrey Elliot, que enseñaba en la cercana Universidad Central de Carolina del Norte. Elliot estaba preparado un libro sobre el caso de MacDonald y había aparecido en el juicio contra MacGinniss como testigo que debía refutar a Buckley y a Wambaugh. Al principio, Bostwick se había resistido a convocarlo pues un hombre que estaba escribiendo un libro sobre MacDonald no parecía la elección más atinada como experto que debía atestiguar sobre la relación de autor y persona entrevistada. Pero MacDonald había insistido mucho en hacerlo comparecer y Bostwick, después de hablar por teléfono con Elliot, cambió de idea pues se dio cuenta de que había topado con un verdadero tesoro. No podría haber inventado un testigo que encarnara mejor la seriedad y altivez que él buscaba para contrarrestar los implacables puntos de vista que Buckley y Wambaugh consideraban lo normal y corriente en la profesión de escritores.

"Doctor Elliot", dijo Bostwick en su interrogatorio (Elliot era doctor en ciencias políticas), "¿tiene usted una opinión sobre si un autor que procura obtener información de un hombre sobre el cual se propone escribir puede decir a ese individuo algo en que en realidad no cree a fin de obtener más información de esa persona?" (Los rodeos y la forma rebuscada de la sintaxis de Bostwick se debían a una serie de objeciones que hiciera Kornstein a anteriores versiones de la cuestión en las que se usara la palabra "mentira"; esas objeciones habían sido admitidas y obligaban a Bostwick a emplear estas contorsiones de lenguaje.)

Elliot contestó: "Opino que si bien sé que hay quienes lo hacen, proceder así es extremadamente irregular y antiprofesional y, a mi juicio, carece de integridad y principios. Yo nunca lo he hecho ni lo haría. Y la mayor parte de los autores a quienes entrevisté, a quienes conozco, con quienes trabajo, no engañaría ni mentiría ni diría falsedades a fin de obtener encargos de alguna empresa o, una vez obtenidos esos encargos, a fin de manipular a las personas entrevistadas y escribir una historia que les asegurara una buena cantidad de dinero o mayor notoriedad. Probablemente semejante conducta, especialmente si es descubierta, determinaría la ruina de reputaciones, de editores y casas editoriales y destruiría la credulidad en cuanto a nuevos encargos y futuros proyectos. Evidentemente si uno entrevista a figuras nacionales e internacionales bien conocidas y muestra una actitud de hostilidad o de beligerancia, ciertamente echará a perder la entre-

vista antes de que ésta comience. Pero esto es muy, muy diferente de expresar de manera directa —ya verbalmente, ya por escrito— falsedades que llevan a la persona entrevistada a creer que en realidad uno tiene una posición cuando en realidad sustenta otra. Creo que esto es francamente inaceptable.”

En su repregunta Kornstein, que intentaba mostrar que Elliot cuando le tocaba el turno no era mejor que Wambaugh o Buckley, se refirió a una entrevista con Fidel Castro que Elliot había hecho para *Playboy* en 1985 y preguntó: “Ahora bien, cuando usted entrevistó a Fidel Castro no le dijo que era contrario a su revolución cubana, o ¿lo hizo usted?”

“No, no se lo dije”, respondió Elliot.

“¿Y le dijo usted que consideraba que él era un asesino de masas?”

“No, no se lo dije”.

“En realidad, ¿trataba usted de manifestarse sensible y comprensivo del particular punto de vista de Castro?”

“Sensible y comprensivo y dispuesto a escuchar”.

“Muy bien, usted no se mostraba opositor”, dijo Kornstein olvidando la primera regla de la repregunta, que dice así: Haz sólo preguntas cuyas respuestas conozcas.

“Sí, manifesté mi oposición”, replicó Elliot, “hubo muchos puntos en que me manifesté así y si usted lee la entrevista publicada en *Playboy* lo comprobará.”

“¿Y eso formaba parte de su proceder como persona sensible y comprensiva?”

Elliot, reconociendo su oportunidad, replicó con calma: "Hay veces en que es menester hacer una determinada pregunta y, resulte ello cómodo o no, la verdad exige que usted la haga".

Unas semanas antes de mi viaje a Durham, había hablado por teléfono con Elliot. En el juicio, y respondiendo a las preguntas de Bostwick, Elliot se había identificado como "asesor en cuestiones internacionales" de Mervyn Dymally, un congresista negro de California. Se había ocupado de la política practicada con los negros, de los derechos civiles y de las libertades civiles, temas sobre los que daba cursos en la Universidad Central de Carolina del Norte y en la Asociación para el Estudio de la Vida e Historia Afronorteamericanas; había citado a varios hombres y mujeres de color —Alex Haley, Shirley Chrisolm y Julian Bond— entre las personas a quienes había entrevistado, de manera que supuse que el hombre era negro. Pero por teléfono me enteré de que Elliot era blanco y judío. Se había lanzado al campo de los estudios sobre los negros por accidente. Un trabajo docente anterior se desarrolló en la Universidad de Alaska, donde se lo había contratado para enseñar historia; cuando llegó a la universidad le dijeron que debía dar un curso sobre estudios negros. "Yo no tenía ninguna preparación formal en este campo y pronto me di cuenta de que la facultad y la administración tendían a eliminar el programa de estudios negros", me dijo. "Cuando advertí claramente esa intención, resolví dar el curso de cualquier manera y me puse a aprender a medida que lo desarrollaba. Cuanto más cultivaba estos estudios más interesado me

sentía. Advertí que en ese campo faltaban libros y, como los negros no iban a escribirlos, yo lo haría. Cuando hablé de este proyecto con los editores, éstos declararon 'Muy bien, es una buena idea, pero debería usted saber que, primero, los negros no compran libros ni los leen, y segundo, no existe un mercado para las cuestiones relacionadas con los negros'. Consideré que esta declaración tenía mucho de racista”.

Cuando Elliot llegó a la oficina de Shedlick mostró que era un hombre rechoncho, de pelo gris ensortijado, de tez morena, que usaba gruesos anteojos. Parecía mayor que lo que indicaba su edad, que era de cuarenta años. Aunque nuestra conversación telefónica me había preparado para afrontar su seriedad y gravedad, no me había preparado empero para hacer lo propio con su austeridad. Es raro encontrarse en presencia de alguien tan seco como Elliot; éste en modo alguno hacía esos comunes y pequeños gestos de afabilidad que las personas se hacen automáticamente entre sí. Permanecía encerrado dentro de sí mismo, rechazaba toda invitación a la amabilidad y a la jovialidad. Shedlick y Elliot se conocían bien; las investigaciones que realizaba Elliot para su libro sobre MacDonald lo habían puesto en contacto con Shedlick y éste había dicho de él: “El doctor Elliot no es alguien a quien usted pueda intimidar. Es muy hábil, es muy positivo y apegado a los hechos. No puede usted engañarlo.” Después de la llegada de Elliot, Shedlick habló muy poco y se quedó escuchando al profesor con ese aire indolente y complacido de un maestro de música que escucha la impecable ejecu-

ción de una difícil composición realizada por un alumno favorito.

Le pregunté a Elliot cómo se le había ocurrido escribir un libro sobre MacDonald y él me dijo: "Después de mirar por televisión una versión filmica de *Visión fatal* tuve la corazonada, la intuición, de que algo fallaba en la historia, de manera que apenas terminó la película me llegué a mi estudio para escribir al doctor MacDonald y solicitarle una entrevista. Dos semanas después recibí una carta suya en la que me declaraba que había llovido sobre él un diluvio de solicitudes de entrevistas y que deseaba conceder sólo una pero importante; después de haber leído mi resumen, los recortes de diarios y los libros que le envié, MacDonald decidió concederme a mí esa entrevista. Me puse en contacto con *Playboy*, que en definitiva aprobó el proyecto. [La entrevista de Elliot con MacDonald apareció en el número de abril de 1986.] Me pasé meses preparándome para la entrevista y luego unas veinticinco horas conversando con MacDonald en la prisión".

"¿Lo cree usted inocente?", pregunté.

"Estimo que por lo menos el hombre merece un nuevo juicio", dijo Elliot. "No diría yo que creo que sea inocente más allá de toda sombra de duda. Pero diría que muchos testimonios que aparecieron después del juicio y muchas pruebas que fueron suprimidas en el momento del juicio podrían proyectar una luz muy diferente sobre el caso del doctor Macdonald si ese material fuera presentado en el tribunal; y creo asimismo que muy probablemente un jurado imparcial llegaría a una conclusión muy diferente. Estimo que su

historia es creíble, más allá de toda duda razonable. Si tuviera que creer en la posición oficial, que considero muy defectuosa, o en la posición de MacDonald en la que aún hay varias cuestiones que deben resolverse, creería en la posición de MacDonald. Ciertamente no lo condenaría a la prisión sobre la base de la versión oficial”.

“Uno preferirá siempre creer que es inocente la persona con la que se tienen relaciones regulares, como las que usted tiene con MacDonald. Si no fuera así uno se encontraría en una posición muy incómoda.”

“Es cierto. Y cuando se me ocurrió la idea de escribir un libro para contar la historia de MacDonald no me lancé a realizar el proyecto sin reparos. Antes tenía que persuadirme de que esa moneda tenía otra cara y que esa otra cara podía ser creíble. No iba a ponerme en ridículo proclamando la inocencia de MacDonald si ésta no podía demostrarse. Usted conoce las historias sobre Norman Mailer y esos periodistas de la costa del este que intercedieron en favor de varios individuos que estaban en la cárcel. Yo no deseaba ser ese tipo de escritor. Tenía que estar convencido. Y le diré que una de las cosas que más me convenció fue el fajo de copias xerox de las cartas de Joe McGinniss que me envió MacDonald. Esas cartas, más que ninguna otra cosa, me convencieron de que esta historia tenía otra cara. Estaban muy calculadas, eran muy manipulativas y engañosas y eran tan perversas – considerando lo que pensaba realmente McGinniss comparado con lo que escribía– que tuve que preguntarme si McGinniss había dicho realmente la verdad en su libro.

Esas cartas eran muy perturbadoras. Yo siempre había admirado a Joe McGinniss, había usado en clase su libro *The Selling of the President*, y leer esas cartas que aseguraban a MacDonald — hasta el momento mismo de la publicación del libro— que el libro lo exoneraría resultaba algo ultrajante. Por lo menos mostraban una flagrante falta de ética en Joe McGinniss. No creo en la ética circunstancial y ciertamente no creo que los periodistas tengan que mentir y representar falsamente los hechos para lograr que alguien trabaje con ellos. También pienso que semejante duplicidad engendra graves dudas sobre lo que se escribe. Para mí, si la libertad de publicar depende del derecho a mentir, entonces se trata de una libertad que no debería ser protegida. Decirle a la señora MacDonald por teléfono 'No descansaré hasta que su hijo sea absuelto' y luego escribir ese libro..., aquí hay algo que es verdaderamente nauseabundo".

Le pregunté a Elliot si le parecía que la relación que mantenía con MacDonald era diferente de la relación que tenía con otras personas entrevistadas, y él me respondió:

"Realmente no. Considero esto como un proyecto importante, pero no tengo una profunda relación interpersonal con MacDonald. Considero que es una historia que merece contarse y que puede tener considerables consecuencias. Pero no me encanta el doctor MacDonald como hombre. No me mueve ningún gusto personal por él. Ciertamente no me ha seducido. Por cierto que no mantenemos la misma clase de relaciones que MacDonald mantenía con McGinniss. Por su-

puesto, sólo lo conocí cuando ya estaba en la cárcel, pero en ninguna circunstancia habríamos ido juntos a la playa. Soy muy diferente de Joe McGinniss en cuanto a temperamento y personalidad. Sospecho que había una afinidad mayor entre ambos que la que hay entre nosotros”.

“¿Cómo caracterizaría usted esa diferencia? ¿De qué manera es usted diferente de McGinniss?”.

“Considero que MacGinniss forma parte de esos literatos de la costa oriental y es alguien a quien le gusta la fama, alguien aficionado a que se lo mencione, que se complace en la ostentación que procuran el dinero y la influencia, alguien que se complace en fiestas y en actividades ligeras en su tiempo libre. Yo, en cambio, me considero un sobrio académico, un escritor serio que escribe cosas serias. MacDonald y McGinniss son tradicionalmente más varoniles que yo. A ambos les interesan apasionadamente los deportes, a mí me interesan más las cuestiones serias, cuestiones de significación pública”.

Elliot me habló de su crianza y educación: “Crecí en Los Angeles, en el seno de una familia típica judía originaria de la Europa oriental. Mi padre no era hombre que se tomara vacaciones costosas, ni a quien le gustaran los despliegues ostentosos. Creía en la ética del trabajo, nos enseñó la ética del trabajo y la importancia de ahorrar dinero en lugar de despilfarrarlo a la ligera. Era ese tipo de familiar que si durante la semana yo decía que había visto un determinado insecto afuera, mi padre o mi madre — generalmente mi padre— decía ‘¿Te interesan los insectos? ¿De-

seas ver más? Y si yo asentía, aquel sábado nos íbamos al Museo de Historia Natural.

“Nos interesaba mucho la política. Trabajábamos en campañas políticas, hablábamos de política a la mesa y nos comprometíamos en causas que considerábamos dignas de destinarles nuestras energías. Mi padre y mi madre ponían énfasis en la importancia del compromiso social y de enderezar entuertos, todos esos clisés proclamados por los demás pero pasados por alto cuando llega el momento del esfuerzo. De manera que cuando me di cuenta de los males de la guerra de Vietnam (como también los advirtieron mi madre y mi padre) me resultó natural pasar de hablar sobre esos males a escribir sobre ellos y a marchar en manifestaciones. Lo mismo ocurre con el racismo, el sexismo, etc. Ahora enseño en una universidad cuya población es predominantemente negra. Tuve ofrecimientos para enseñar en instituciones prestigiosas. Pero siento que es importante emplear los talentos que uno tiene para tratar de tender cierta clase de puentes. Trato de ser una persona que muestra — más por los actos que por las palabras— que no todos los blancos son de la misma tela. Eso fue lo que decidí hacer y no enseñar en Harvard o Yale u otros lugares en los que no me necesitan particularmente y en los que muchos profesores están dispuestos a enseñar más de lo que yo lo estoy.”

Comenzando a sentir sobre este hombre modelo lo que Kornstein debe de haber sentido, no pude resistir a la tentación de hacerle una pregunta desagradable: “¿Tuvo usted ofrecimientos de Harvard o de Yale?”

"Allí nunca presenté solicitudes", respondió Elliot y luego agregó, "suelo recibir ofrecimientos de varias facultades".

Le hice después otra pregunta importante: "Usted habló del estilo de vida decadente de los literatos de la costa del este y de sus ligeras actividades en los momentos de ocio. ¿Se entrega usted a alguna expansión?".

"Lo que me procura mayor placer es lo que hago, es ciertamente mi obra. Si en un sorteo resultara ganador de un viaje a Hawaii — siete días pasados en las arenas de la playa—, para mí sería una condena. No hace mucho me invitaron a una fiesta en casa del hombre más rico del mundo en ese momento, Adnan Khashoggi, que justamente acaba de adquirir su casa número cincuenta y siete en California. En aquel momento me encontraba escribiendo un libro sobre un gurú indio, un gurú para los astros de cine y para Khashoggi. Me dijeron que asistiría a la fiesta Elizabeth Taylor y también Cary Grant y Michael York. Tomé un avión para acudir y me vi rodeado por multimillonarios y, en algunos casos, multibillonarios. Fue una experiencia interesante aunque no demasiado. La mayor parte de las personas con las que hablé eran bastante vacuas. Hablaban de sus últimas adquisiciones o de sus restaurantes favoritos o de sus yates o de sus últimos negocios. Esa no es la clase de cosas que me interesan, no me identifico con tales personas y siento la decadencia que ellas representan sabiendo que una tercera parte del país vive en la pobreza y que en Etiopía los niños se mueren de hambre. Me identifico más con gente de la clase

trabajadora, que lucha para hacer que los extremos se toquen, y que son buenos padres de familia y trabajan duramente para modificar las cosas que necesitan ser modificadas. Para mí, MacDonald no es un modelo. No me propongo vivir con los valores que él sustenta. Pero el hecho de que me guste o me disguste nada importa en la tarea que me he impuesto. Me doy cuenta de que el caso tiene implicaciones que trascienden a MacDonald. Si en realidad el gobierno puede mentir y enviar a un hombre inocente a la cárcel, luego puede hacer lo mismo con otras personas que sean menos poderosas, menos influyentes y menos ricas que el doctor MacDonald”.

Elliot continuó diciendo que para él — lo mismo que para McGinniss y otros— el orgullo fue la causa de la caída de MacDonald, pues ese orgullo tenía que ver con la aparición de éste en el programa televisivo de Dick Cavett durante el otoño de 1970, poco después de haber sido absuelto por el ejército. En esa emisión, MacDonald atacó a la División de Investigación Criminal del ejército por su manera torpe de investigar el crimen y por acusarlo a él. (McGinniss, que había visto la reproducción magnetofónica de esa transmisión, me dijo que se había quedado completamente pasmado por la actuación de MacDonald: “El hombre aparece allí sentado riendo y haciendo chistes con Dick Cavett en la red nacional de televisión. Aparece charlando sobre el asesinato de su mujer y sus hijas y usando este medio como un vehículo para alcanzar celebridad. Esto me molestó desde el principio; ¿por qué no se resistía a hablar sobre semejantes cosas sino que desesperadamente

buscaba capitalizar la tragedia y usarla como un trampolín para alcanzar fama?”) Elliot dijo: “Cuando salió en el programa de Cavett y empezó a decir nombres y a hablar de la incompetencia, la estupidez y la chapuceria de los hombres del ejército, sus palabras los galvanizaron para reabrir la investigación. Fue ese espectáculo lo que llevó al ejército a decir ‘¿Cómo, después de haberlo absuelto ahora nos ataca?’. MacDonald era su propio enemigo y el peor de todos en ese programa. Fue su peor enemigo al contratar a Joe McGinniss, fue su peor enemigo al no insistir en ver un borrador del libro, fue su peor enemigo cuando convirtió a McGinniss en miembro de su equipo de defensa y le dio todos los documentos que poseía, esperando, sobre la base de una fe ciega y sobre la base de las cartas de McGinniss, que éste procedería correctamente”.

“McGinniss interpreta este rasgo, no como ingenuidad, sino como una especie de arrogancia”, dije. “Lo considera parte de la patología del narcisismo”.

“La explicación más simple es la de que ese hombre no tenía ninguna experiencia con los autores”, dijo Elliot. “Deseaba desesperadamente que su historia fuera contada, y entonces apareció este joven brioso y animado, bastante carismático —no para mí—, que era un periodista bien conocido. Lo cierto es que MacDonald se vio cogido por el encanto, el hechizo de la prensa y la televisión y que dio la bienvenida a la oportunidad de presentarse en el programa de Dick Cavett y de herir a la gente que lo había herido a él. Pero era tan poco refinado, tan poco delicado en

su apreciación que nunca se le ocurrió que la gente que lo miraba por la televisión diría 'No parece muy desolado por tratarse de un hombre que acaba de perder a su esposa e hijas; habla únicamente de lo que le ocurrió a él mismo'. Eso hacía pensar a la gente que el hombre era frío y egoísta".

"Podía estar interesado en aparecer en el programa de Cavett y no manifestarse alterado por la pérdida de su familia", dije.

"No podemos llegar a la conclusión de que MacDonald cometió los asesinatos porque no es una persona muy agradable. La gente busca perfecciones en él, busca cualidades que cree que él debería haber tenido. Pero bien pudiera ser que MacDonald no poseyera la ternura, la sensibilidad, la capacidad de juicio y el calor que nosotros podríamos desear que poseyera. Sin embargo esto no significa que cometiera los tres asesinatos".

* * *

Unas semanas después, en un día nublado me dirigí en automóvil a Long Island para ver a Bob Keeler en su oficina del *Newsday*. Era un hombre de hablar seguro, de unos cuarenta y tres años, con una incipiente calvicie y un contorno ligeramente blando que le daba un aire de franqueza y falta de pretensiones. Me dijo que había cubierto el caso MacDonald para *Newsday* desde 1973 y que aproximadamente un año antes del juicio criminal había decidido escribir un libro sobre ese caso, "una especie de libro imparcial que

no trataría exclusivamente de una parte o la otra, sino un libro periodístico, equilibrado y objetivo". En la época en que se desarrolló el juicio Keeler había presentado un plan general y una muestra de capítulos a Doubleday con la esperanza de que le firmaran un contrato después del juicio. Desgraciadamente para Keeler, el editor con el que McGinniss había firmado contrato era Dell, una empresa subsidiaria de Doubleday, lo cual puso término a las posibilidades de Keeler.

"Tuvo usted mala suerte", dije. "Si McGinniss no hubiera estado en el negocio..."

"No, habría ocurrido cualquier otra cosa", estalló Keeler. "Cuando se trata de dinero, tengo una suerte atroz. No soy rico. Tengo mi sueldo y me las compongo y hasta tengo una bonita casa. Pero no soy una de esas personas que alguna vez llega a ser rico. De todas maneras decidí seguir adelante y escribir mi libro mientras trataba de encontrar algún otro editor. En aquel momento pensaba yo que Joe iba a escribir un libro sobre el inocente y torturado Jeffrey y no creía que ése debería ser el único libro sobre el caso porque yo no pensaba que Jeffrey fuera inocente. Pero al pasar el tiempo me di cuenta de que mi libro no sería publicado y de que todos mis esfuerzos, las docenas y docenas de horas invertidas en el proyecto, habían sido en vano. Y cuando advertí que tampoco McGinniss creía que Jeffrey fuera inocente, comencé a entregarle a Joe material que había reunido en Long Island. Deseaba ayudarlo de alguna manera a fin de que —supongo que egoístamente— yo tuviera cierta participación en el libro, aunque éste no fuera mío".

“Eso fue muy generoso de su parte”, dije.

“Bueno, lo cierto es que en aquella época yo no tenía nada que perder. Poseía toda esa información que había reunido con un objeto que ya no existía. ¿Qué iba a hacer pues? ¿Dejar ese material en un cajón? Si aquel muchacho estaba escribiendo el libro que sería veraz, yo podía ayudarlo de alguna manera. Luego llegó el momento en que MacDonald o uno de los secuaces de MacDonald me envió un fajo de cartas que McGinniss le había escrito. Fue entonces cuando comencé a desconfiar un poco de Joe. Usted vio lo que decían esas cartas: ‘No hable usted con Keller’. Esto me pareció demasiado. No había posibilidad de que yo publicara mi libro. Y tocante a las cartas había también otras cosas, esos fingidos sentimientos de ‘¡Oh, qué terrible es que esté usted alejado y qué terrible injusticia!’. Creo que McGinniss fue mucho más allá de lo que la mayor parte de los periodistas haría al no decirle a Jeffrey la verdad sobre lo que pensaba. Aquí podríamos tener toda una discusión filosófica. McGinniss podría decirme ‘Tampoco usted le dijo a Jeffrey cuáles eran sus pensamientos’. Es cierto, nunca lo hice. En realidad, yo había cubierto este caso que me parecía bueno desde hacía una década y no creo que Jeffrey McDonald se imaginara que yo lo consideraba culpable desde el primer día en que comencé a escribir sobre el caso. Yo estaba escribiendo imparcial y honestamente. MacDonald nunca me preguntó lo que yo pensaba y yo nunca se lo dije porque, a mi juicio, es así como debe proceder un periodista. Uno no anda proclamando lo que piensa entre la gente.

Eso es periodismo diario. Ahora bien, Joe se encontraba en una situación diferente respecto de MacDonald: además de ser uno la fuente de información y el otro el periodista, eran socios en un negocio. De manera que uno puede preguntar filosóficamente '¿Cambia esta circunstancia la obligación de Joe de decir la verdad a Jeffrey?'. No lo sé. Personalmente creo que Joe no debería haber engañado a Jeffrey".

Mientras Keeler hablaba, yo no podía dejar de reflexionar en mi propia situación. Así como la relación de McGinniss con Mac Donald era una relación diferente de la habitual entre periodista y persona entrevistada pues además presentaba el aspecto de compartir los beneficios del libro, también mi relación con McGinniss era atípica a causa de la ruptura que había sobrevenido entre nosotros en fase tan temprana de nuestro conocimiento. Pero en todos los demás aspectos — en los más importantes— el trabajo de McGinniss con MacDonald y mi trabajo con McGinniss era semejante a todas las demás problemáticas asociaciones de escritores y de personas sobre las cuales ellos escriben, asociaciones que derivan en largas obras no ficticias y a veces en pleitos. En los dos casos, un autor se había negado a aceptar el punto de vista de la persona tratada y había adoptado en cambio el punto de vista de los adversarios de esa persona: así como McGinniss había llegado a considerar a MacDonald con los ojos de los fiscales gubernamentales, así también yo, al continuar mis indagaciones, había llegado a considerar a McGinniss con los ojos de Bostwick y sus auxiliares. Yo tenía más suerte

que McGinniss precisamente porque éste se negaba a hablar conmigo: al rechazarme me había liberado del sentimiento de culpa que de otra manera no habría dejado de experimentar. Uno no puede traicionar a alguien que apenas conoce; sólo puede irritarlo, enfurecerlo y hacer que el otro desee no haberlo conocido nunca a uno. Sin embargo, en otro sentido –en un sentido más que personal– me encontraba en una situación tan desafortunada como la de McGinniss. Lo mismo que él, había abordado un tema que no me gustaba y con cuyo protagonista, en consecuencia, sería difícil forjar un personaje literario. Desde muy temprano advertí que MacDonald no era uno de esos elementos “naturales” de las obras no ficticias que, como Perry Smith y Joe Gould, realizan buena parte del trabajo del escritor por obra de sus propias y especiales autoinvencciones; pero omití un elemento decisivo de la transformación por la cual se pasa de la vida a la literatura, transformación que logran los maestros del género no ficticio. Ese elemento es la identificación del autor con la persona tratada, identificación sin la cual no puede llevarse a cabo la transformación. Los Joe Goulds y los Perry Smiths de la vida real suelen ser simples pelmazos y patéticos chiflados; sólo en la literatura, después de haber pasado por las manos de un escritor, logran la ambición de resultar fantásticamente interesantes; condición a la que en la realidad sólo tienden grotescamente. MacDonald no tenía semejante ambición. Insistía, y continúa insistiendo, en que es un ser corriente y ordinario: “Soy sólo un buen muchacho, atrapado en una pesadilla legal, que

pugna por su inocencia". Si McGinniss le hubiera creído y hubiera escrito sobre MacDonald como si éste fuera inocente, habría creado un personaje más convincente, aunque no tan profundamente fascinante, en lugar de ese asesino incoherente que había descrito. Análogamente si yo creyera en la parte de McGinniss en lo referente al pleito y escribiera sobre él como si fuera la víctima de un inicuo acto de venganza por parte de una persona descontenta de cómo se la había tratado, yo también crearía un personaje mejor. Y lo mismo que el MacDonald de McGinniss, mi McGinniss no aumenta la estatura del posible personaje.

"¿Sintió usted mucho tener que abandonar su libro?", le pregunté a Keeler.

"Me quedé desilusionado. Era la primera vez en mi vida que tenía un tema tan interesante para hacer un libro; me sentía competente, conocía por dentro al individuo. Honestamente no sé si mi libro se habría vendido tan bien como el de Joe. Probablemente el mío habría sido más equilibrado, más periodístico sin que en él se llegara necesariamente a una conclusión, aunque al final probablemente habría tenido que deducir alguna. No se puede eludir una conclusión."

"¿Tiene usted alguna teoría sobre el motivo?"

"No creo que haya habido sólo un motivo, pero, por todo lo que Jeffrey ha dicho y por todo lo que sé y sabe Joe, es evidente que el pene de Jeffrey debería ir a parar a la Institución Smithsonian cuando muera. Quiero decir que ese hombre era sexualmente en alto grado activo, practi-

caba una extrema promiscuidad y no resulta claro si Colette se daba cuenta o no de esto”.

Keeler continuó criticando a McGinniss por no haber indagado más profundamente el pasado de MacDonald en Long Island, donde, según creía Keeler, se encontraba la clave del enigma de la personalidad de aquel hombre, una clave fulgurante que aguardaba sólo a ser recogida.

“McGinniss debería haberse pasado allí meses hablando con la gente”, dijo Keeler. “Yo no tenía la oportunidad de hacer ese tipo de reportaje pues en aquel momento estaba trabajando dieciocho horas por día en Albany como jefe de oficina del *Newsday* y sólo podía trabajar en el libro los fines de semana. En realidad, para ser honesto, no comprendo lo que hizo Joe durante esos cuatro años en que estuvo escribiendo el libro. Si uno es un periodista debe practicar su oficio, debe salir a las calles y hablar con la gente, debe rastrear pistas, debe hablar con docenas y docenas de personas”. Se detuvo un instante y luego prosiguió diciendo: “No deseo que esto parezca como aquello de que las uvas están verdes, que parezca que digo todas estas cosas terribles de Joe como periodista sólo porque él escribió su libro y yo no pude hacerlo. Lo cierto es que todo este asunto me ha dejado confundido. Es algo típico de mi mala suerte. Aquí tenía una oportunidad de ganar algo de dinero de manera que no me sorprendí mucho cuando vi que el proyecto no cuajaba. Sentía hasta en los huesos que no cuajaría.”

En el momento de despedirme, Keeler, con su incontenible deseo de ser servicial, me entregó

un gran libro azul de hojas sueltas que contenía las transcripciones de sus entrevistas con MacDonald, McGinniss y otros para escribir su artículo "Convicto y autor" que apareció en *The Newsday Magazine* el 11 de setiembre de 1983. Las transcripciones estaban metódicamente dispuestas y rotuladas según los temas ("Orígenes de Jeff", "Reportaje de Joe", "Pleito de Joe") y estaban precedidas por las preguntas que Keeler se proponía hacer y por un esbozo general del texto. Ya en mi casa me puse a hojear el libro y lo hice a un lado. Yo no lo había pedido y me parecía que había algo hasta ilícito en tenerlo en mi posesión. Leer las entrevistas de Keeler sería algo así como fisgonear o escuchar detrás de una puerta la conversación de otros, y usar cualquier elemento de ese material sería como robar. Pero sobre todo sentía el insulto a mi orgullo, algo mucho más profundo que cualquier preocupación de fisgonear y robar. Una entrevista es, después de todo, buena según cómo la desarrolle el periodista y me parecía —para decirlo lisa y llanamente— que Keeler, con sus preguntas preparadas y su actitud de periodista de diario, no obtendría de sus personas entrevistadas la clase de respuestas auténticas que yo trato de obtener con mi técnica un poco más japonesa. Pero cuando por fin leí las transcripciones de Keeler quedé sorprendido y se me hizo la luz sobre un punto. MacDonald y McGinniss habían dicho al ingenuo Keeler exactamente lo mismo que me habían dicho a mí. No hacía la menor diferencia el hecho de que Keeler hubiera leído una lista de preguntas preparadas y el hecho de que yo hubiera obrado como para

pasar el tiempo. Del libro azul de Keeler saqué la misma verdad sobre las personas entrevistadas que el analista saca sobre sus pacientes. Son individuos que cuentan su historia a quien quiera oírse la y la historia no es afectada por la conducta o por la personalidad de quien escucha; así como los analistas (“suficientemente buenos”) son intercambiables, también lo son los periodistas. Mi McGinniss y el McGinniss de Keeler eran la misma persona, así como mi MacDonald, el MacDonald de Keeler y el MacDonald de McGinniss eran la misma persona. La persona entrevistada, lo mismo que el paciente, domina la situación y se impone. El periodista no puede crear a sus protagonistas, así como el analista no puede crear a sus pacientes. Unas semanas después del arreglo del pleito de McGinniss, MacDonald emitió un jubiloso mensaje a sus amigos por medio del *MacDonald Defense Update* (una circular irregularmente impresa y puesta en circulación por el enlace voluntario que tenía fuera de la prisión MacDonald, Gail Boyce); en ese escrito MacDonald mostraba la cualidad misma — una especie de falsedad constante y reflexiva— que más trataba de repudiar en la caracterización de McGinniss. En parte el mensaje decía lo siguiente:

“El juicio demostró a todos los observadores imparciales que *Misión fatal* es un libro de ficción enmascarado como libro no ficticio... Como hemos probado las mentiras de McGinniss, como tenemos ahora la verdad en las transcripciones de los procedimientos del tribunal federal y como el hombre estaba lo bastante desesperado para

ofrecer la cantidad que por fin fue aceptada, me pareció que era apropiado aceptar esta victoria y continuar obrando...

Verdaderamente, recorrer con tanta intensidad las sórdidas mentiras del libro de McGinniss y ver sus patéticos intentos de justificar su proceder convocando a testigos subidamente pagados para que hagan ultrajantes declaraciones es por cierto una abrumadora experiencia. No sólo yo sentí personalmente que era mejor continuar obrando según proyectos más positivos y significativos, sino que mi familia, todos los abogados que intervienen en la defensa y nuestro excelente equipo de defensa, todos estuvieron de acuerdo en que ésta era una oportunidad de reanudar la investigación criminal misma, de manera que estamos dando pasos para que ulteriormente pueda alcanzar mi reivindicación."

En mis charlas con MacDonald y en la correspondencia que mantuve con él tuve un atisbo de algunas de las facetas más atrayentes de su personalidad; por ejemplo, su estoicismo ante las condiciones verdaderamente duras de su solitario confinamiento, y llegué a aceptar la insípidez de su habla y de su expresión escrita así como uno acepta una desventaja dada. Pero también estaba allí presente el MacDonald de *Visión fatal*. McGinniss lo traicionó, lo destruyó y posiblemente lo juzgó mal, pero no lo inventó.

Cuando entré en la oficina de Daniel Kornstein situada en el centro de Manhattan, una semana después del arreglo logrado, el abogado me preguntó: "¿No recibió usted mi mensaje? La llamé por teléfono para cancelar esta cita?". Lo

miré con aire inocente. Dos días antes Kornstein había convenido en verme y casi inmediatamente se había arrepentido, por lo que envió un mensaje para cancelar la reunión a mi aparato de respuestas. Inspirada por la conferencia de Keeler sobre la necesidad de que los periodistas informen, decidí ignorar el mensaje y me presenté en el despacho de Kornstein a la hora señalada. El aceptó de mala gana mi presencia e inmediatamente declaró: "McGinniss y yo no vamos a hablar sobre el caso ni vamos a cooperar". Era un hombre juvenil, bajo, de cabello oscuro y aspecto afligido.

"Usted me envió esa carta", le dije.

"Cuando le escribí esa carta, deseábamos alertar a los medios de difusión y hacer que la gente cobrara conciencia de la nueva doctrina que se estaba exponiendo", dijo Kornstein. "En lo que nos concierne el caso ha tocado a su fin. Todo cuanto queríamos decir se encuentra en la transcripción, especialmente la repregunta de MacDonald y mi recapitulación final. Esos fueron los momentos claves del juicio. Creo que el registro público habla por sí mismo. Yo trato mis causas en la sala del tribunal".

"Entonces, ¿por qué envió usted esa carta?", pregunté.

Kornstein hizo un ademán de impotencia. "Lo siento. No puedo contestarle". Luego agregó: "El juez que entendía en la causa no vio — estaba ciego— las implicaciones de la Primera Enmienda en este caso. Es un juez federal nuevo, nombrado en 1984. Fue juez estatal durante dieciséis años. En alguna ocasión se desempeñó como profesio-

nal de *baseball*. Los Chicago's Cubs estaban interesados en él".

Hice una pregunta sobre el juicio y Kornstein dijo de nuevo, "Lo siento, no puedo contestarle"; luego agregó: "Estamos tratando de dejar el caso detrás de nosotros".

"¿Prefiere usted que yo no escriba sobre él?"

"Nunca diría que preferiría que no se escribiera algo", dijo Kornstein devotamente.

Le pregunté si su ofrecimiento de permitirme leer documentos que tenía en su oficina aún se mantenía; se trataba de un ofrecimiento que me hiciera antes de que McGinniss rompiera relaciones conmigo. "Se trata de una cuestión de comodidad", dije. "Su oficina está a unas pocas manzanas del lugar en que vivo y la oficina de Bostwick está a tres mil millas."

Kornstein me manifestó que consideraría mi solicitud y me la haría conocer. De pronto me preguntó: "¿Sabe usted algo sobre mí?"

Lo miré con interés y pensé: "Ahora todo quedará explicado. Este habrá de ser uno de esos momentos de revelación en que el mendigo se descubre como el príncipe."

"Soy el abogado de Vanessa Redgrave", dijo Kornstein. "La representé en su pleito contra la Sinfónica de Boston".

Ya era hora de irme. "¿Me comunicará usted si podré leer aquí esos documentos del juicio?", le pregunté. "Le daré mi número de teléfono". "No, no, ya lo tengo", dijo Kornstein mientras revolvía papeles que tenía sobre su escritorio. "Tengo docenas de papeles con su número de teléfono y sé su número de memoria", y luego amargamente,

cómicamente, me lo recitó. Me ofreció dos libros que había escrito (*Thinking Under Fire: Great Courtroom Lawyers and Their Impact on American History* y *The Music of the Laws*) y cortésmente me acompañó hasta la puerta. Nunca más volví a tener noticias suyas.

“¿Le preguntó usted a Bostwick si aceptó esa causa como un caso de riesgo y ventura?”, me preguntó Joseph Wambaugh cuando fui a verlo a su casa de San Marino. “Es seguro que lo hizo así”. Antes de que yo pudiera decirle que estaba equivocado, Wambaugh continuó diciendo: “Puede apostararlo con seguridad. Yo mismo fui sometido a pleito tantas veces que nada importa si se trata del señor Bostwick o de algún otro; siempre ocurre lo mismo. Usted puede consultar con todos los abogados de la ciudad, puede redactar la exoneración legal más obligatoria, más rigurosa, más sólida del mundo y la persona que será tema del libro la firmará... y aun así usted podrá encontrarse frente al tribunal porque algún abogado imaginativo, fecundo en recursos, puede soñar con una causa para entablar acción e iniciar un pleito. ¿Qué tiene que perder? En Gran Bretaña, si alguien entabla una acción por calumnia o difamación corre ciertos riesgos porque si no gana la causa tiene que pagar los honorarios legales del acusado. Aquí el querellante no arriesga nada y una vez que se pone en marcha el mecanismo del pleito el acusado sufre, digo bien, sufre. Inmediatamente comienza a soltar sus dólares tan trabajosamente ganados. Una verdadera sangría. Muy poca gente tiene las agallas para

soportar uno de estos pleitos. Para defenderse, McGinniss tuvo que vivir en un hotel durante seis semanas. Tiene un hijo joven, tiene una familia joven, él mismo lleva la vida de un profesor universitario y está tratando de escribir un libro. Pues bien, tuvo que abandonar todo eso para venir aquí y defenderse. La parte que representa a MacDonald habría cerrado trato; habría cerrado trato por la misma cantidad mucho antes. Pero McGinniss se negó a todo arreglo por una cuestión de principios. Sólo que cuando llegó aquí y comprobó lo que era el sistema y vio de lo que realmente se trataba — es decir, el sistema de la contingencia— dijo 'Los principios son los principios, pero esto es realmente matarme'. Vi a McGinniss en la fase final de este proceso. Parecía diez años más viejo. Le aseguro que cuando uno es la víctima de uno de estos pleitos se despierta a las tres de la mañana aunque no haya bebido. Se despierta uno con los borrachines y se enloquece, con impulsos homicidas. Mi primer libro sobre hechos reales, *El campo de cebollas*, me acarreó tres pleitos. Uno de ellos duró doce años. ¡Imagínese usted! Los chicos crecen. Imagínese qué aspecto tendría yo a las tres de la mañana. En aquella época los editores no tenían pólizas de seguro como tienen ahora. ¿Adivine quién pagó ese pleito? Mi editor y yo dividimos por partes iguales el gasto. Estos abogados del sistema contingente son como las babosas de los jardines y los gusanos del trigo. Uno no puede desembarazarse de ellos; estos tipos están en todas partes. Tenemos veinticinco mil abogados en el distrito de Los Angeles. Si adoptáramos el sistema britá-

nico, todos estos abogados del sistema de contingencia que salen a chorros de nuestras facultades de derecho tendrían que hacer otra cosa para la que estuvieran capacitados, por ejemplo, vender mamparas de aluminio de Indiana o Veg-O-Matics en televisión.”

Le pregunté a Wambaugh qué había experimentado al testimoniar como testigo en el juicio.

“Fue una diversión”, me dijo. “La pregunta con la que tanta alharaca hicieron algunos de los miembros del jurado era ‘¿Ha mentido usted alguna vez a la persona tratada en un libro?’. Respondí que no, pero que no siempre decía la verdad. He tratado con psicópatas, asesinos y otras personas horribles — como policía y como escritor— y de ninguna manera les diría yo siempre la verdad aunque no les mentaría. ¿Cuál es la diferencia entre una mentira y una falsedad? Muy simple. En una mentira hay malicia, hay mala voluntad, lo cual no está implícito en una falsedad. En cualquier reunión, todo el mundo está diciendo falsedades. Todo el mundo. ‘¡Oh, qué espléndido aspecto tiene usted!’ Esa clase de cosas. Cuando hablo con un psicópata, con un asesino — ya sea como policía, ya sea como escritor— y el tipo dice ‘Usted puede identificarse con los sentimientos que experimenté cuando violé a esas trece mujeres. ¿No puede usted hacerlo? Usted sabe lo que uno sentía y usted habría hecho lo mismo, ¿no es así?’, y entonces yo diría ‘Oh, por supuesto, Charlie. Diablos, no puedo dejar de fumar ni de beber, ¿como podría yo criticarlo a usted? Beba otra copa’. *Por supuesto*, esto es lo que yo diría para hacer que el tipo continúe hablando, pero

aquí no hay malicia. Ahora bien, si le digo 'Charlie, si confiesa usted esas trece violaciones me ocuparé de que el departamento retire todos los cargos y le aplique una multa de mal estacionamiento', eso es ilegal. Allí habrá mala voluntad y malicia y eso es una mentira. Es lo que traté de explicarle al jurado. Y bien, hablemos un poco de los jurados. ¿Obtiene uno un jurado formado por miembros de igual condición que uno? Si Joe McGinniss hubiera tenido la oportunidad de obtener un jurado de sus pares, Bostwick se habría quejado. Joe McGinniss obtuvo un jurado compuesto por el término medio de habitantes de una gran ciudad, y Bostwick sabía que esto ocurriría. Sólo una persona de los miembros del jurado tenía un título. Bostwick se libró inmediatamente de ese elemento con sus perentorias objeciones. Uno de los miembros del jurado atestiguó que había leído tal vez un libro en toda su vida. Cuando me presenté en el lugar y miré a toda esa gente, comencé a sudar por McGinniss. Sus iguales, sus pares —es decir, gente de antecedentes y educación parecidos— no formaban parte del jurado. Los miembros del jurado dijeron, casi todos posteriormente, que no comprendían a los escritores, que no comprendían el mundo de la publicación, que no comprendían nada de lo que estaban diciendo Buckley y Wambaugh, que no comprendían ese asunto de la diferencia entre una mentira y una falsedad. Dijeron que no había diferencia alguna y que si uno dice a alguien algo que no sea exactamente verdadero debería ser castigado. Una persona dijo que daría a MacDonald millones y millones de dólares. Le digo a usted que si

se hubiera tratado de personas iguales a McGinniss en cuanto a educación, antecedentes y experiencia no habrían expresado semejante opinión. McGinniss no obtuvo un jurado compuesto por pares suyos y nunca lo habría obtenido. El lo sabía muy bien. ¿Volvería a pasar por todo eso a causa de los principios y a causa de todos los escritos? Y bien, no. Finalmente dijo: 'Terminemos con esto, cerremos trato'. Por mi parte no lo censuro en modo alguno, lamento todo esto. Me asquea — me asquea realmente— pensar que un asesino psicopático de niños recibirá trescientos veinticinco mil dólares; me dan ganas de vomitar”.

“Sé que los miembros del jurado criticaron mucho el testimonio de usted”, dije.

“¡Oh!, en absoluto. Lo cierto es que yo estaba hablando a gentes que nunca habían leído un libro, por lo menos algunos de ellos. Lo mismo habría sido que les hablara en chino cuando traté la diferencia que hay entre una mentira y una falsedad en el caso de entrevistar uno a un asesino psicópata. Me daba cuenta de que no me comprendían y no me sorprendí por sus reacciones. Cuando uno habla con un criminal psicópata, debe lisonjearlo, granjearse su simpatía, diciéndole algo que no es absolutamente verdadero. No tiene uno más remedio que proceder así, ya sea oficial de policía, ya sea escritor. Ellos lo colocan a uno en esa posición, y ellos se complacen en hacerlo; dicen, por ejemplo, ‘Usted me cree, ¿no?’, precisamente en el momento en que uno está convencido de que mienten. Si uno dice que no les cree puede perder todo lo que había ganado, incluso

el libro, el dinero y el tiempo si uno es escritor y el caso si es un policía. De manera que no se les puede decir la verdad.”

“Sí, supongo que cada cual tiene que decidir por sí mismo, y usted decidió de esta manera, que sin embargo no es la única en que puede decidir una persona.”

“¿Y usted qué haría? ¿Lo perdería todo?”

“Sé que es muy fácil hacer una reflexión moral y decir ‘Yo habría procedido...’”.

“No, nada de reflexiones morales. Quiero que usted vea dónde está la moral. Deseo que usted vea que como policía yo tenía una obligación moral con la gente de Los Angeles y si al decir una falsedad — no una mentira— a un psicópata criminal yo podía proteger mejor a la gente de Los Angeles, tenía la obligación moral con esa gente de decir la falsedad. Supóngame en la situación del autor; traté de explicarlo en el juicio. Dije ‘Un libro es una cosa viva. Cuando llega uno al punto en que lo ha entregado todo a ese libro, éste es algo más vivo que cualquier persona que haya uno conocido — y a veces más—, de manera que tiene uno la obligación moral de proteger esa vida y no permitir que muera antes de nacer. Si tengo que decir una falsedad a un psicópata criminal para proteger esa cosa viva, para permitir que nazca, ahí está pues mi obligación moral’ ”.

Al día siguiente, me llamó Wambaugh, Me dijo que deseaba conversar un poco más conmigo y que se sentía insatisfecho por el final de nuestra conversación cuando me urgíó a decir que también yo consideraba los libros que había escrito como cosas vivas; por mi parte me había sentido

obligada a decir que eso no era así. “Me parece que me sentí un poco tonto al hablarle a usted de esta manera”, dijo Wambaugh. “Es algo que yo nunca pongo en tela de juicio. Siempre presumo que todo escritor siente lo mismo respecto de su obra. He leído a centenares de autores, quienes dicen que en el proceso de escribir un libro la historia se impone por sí misma y los personajes cobran vida propia, como si los autores mismos no intervinieran en el proceso”.

“Se ha dicho de personajes de novelas que parecen más reales que las personas vivas”, dije.

“Sí, sí”, me interrumpió Wambaugh. “Y parecen obrar por su propia voluntad sin ayuda de uno”.

“Pero eso es *ficción*. En las obras sobre hechos reales, que son las que escribe usted y McGinniss, los personajes no tienen por qué ‘asumir una vida propia’. Ya tienen una en la realidad”.

“Lo sé”, dijo Wambaugh. “Pero yo escribo en el estilo de las novelas. Escribo lo que Truman Capote llamaba ‘la novela no ficticia’”.

Por sus declaraciones en el juicio MacDonal-McGinniss, yo ya sabía algo sobre las técnicas literarias de Wambaugh. En respuesta a las preguntas de Kornstein, Wambaugh había dicho:

“Cuando escribo obras no ficticias evidentemente no he estado en el lugar en que ocurrieron los hechos. Escribo en un estilo dramático, es decir, empleo muchos diálogos para describir sentimientos y describo la manera en que deben haber ocurrido los hechos. Invento probables diálogos o por lo menos posibles diálogos basados en el tra-

bajo de investigación que realizo... Y para tener la libertad artística que necesito obtengo una exoneración legal cada vez que me es posible”.

Wambaugh volvió a referirse al tema del libro concebido como cosa viva. “Por cursi que parezca, solía concebir los libros como cosas vivas aun antes de que comenzara a escribir. Sentía *Call of the Wild* como una cosa viva y luego también *Moby Dick*”.

“¿Y qué me dice de los libros pesados, aburridos?”, le pregunté. “¿Son también cosas vivas?”.

“No, para mí no llegan a ser cosas vivas. Pero estoy seguro de que los autores de tales libros se van a la tumba pensando que han hecho algo vivo. Tal vez hay quienes piensen que yo no he aportado nada a la vida, pero siento que sí lo he hecho. No soy un intelectual. Escribo partiendo de mis entrañas y le hablo a usted partiendo de la misma parte de mi anatomía. Cuando estaba prestando declaración, Bostwick trató de hacer parecer un libro como si fuera un par de zapatos. Le dije que cuando escribí mi primer libro no pensaba en ganar dinero; sólo pensaba en que era un gran honor tener algo publicado. Y ni siquiera ahora escribo por dinero. He ganado mucho dinero y no pienso más en él, salvo cuando debo pagar abogados que tratan de arruinarme”.

“De modo que es usted una de esas afortunadas personas que escriben por el placer de escribir y que por añadidura sabe tocar ciertas fibras, lo cual hace que millones de lectores compren sus libros.”

“Es cierto. Para mí es como un bendito milagro. Y como me ha tocado esta suerte siento que tengo ciertas obligaciones, así como McGinniss sentía que tenía la obligación de luchar por todos los demás autores (el noventa y nueve por ciento de los autores) que no pueden imaginar siquiera vivir de lo que escriben”.

El 18 de septiembre de 1987, McGinniss apareció en la charla televisiva de William F. Buckley titulada “Firing Line” junto con Floyd Abrams, el abogado neyorquino especialista en cuestiones de difamación y calumnia y experto sobre la Primera Enmienda. Al mirar la videocinta del programa unos meses después, me sentí fascinada por la transformación que había sufrido McGinniss. Aquel hombre que estaba a la defensiva e incómodo cuando hablaba conmigo en Williamstown y aquel desesperado personaje, acosado como un Orestes, de la transcripción del juicio, se había convertido ahora en un autor expansivo y relajado, en una verdadera celebridad rebosante de juvenil excitación por creerse algo en el mundo. También había encontrado algo de este aspecto de McGinniss en las cartas que dirigiera a MacDonald; mostrar sus éxitos mundanos a MacDonald era evidentemente una profunda necesidad en él así como engañar a MacDonald sobre el contenido del libro. “*The New York Times Book Review* publicará no sólo una importante reseña [de *Going to Extremes*] sino que además enviará aquí la próxima semana a alguien para entrevistarme”, decía McGinniss feliz a MacDonald en una carta del 6 de agosto de 1980.

"Esto es como conferirle a uno el título de caballero". El 16 de julio de 1982 McGinniss se felicitaba ante MacDonald por haber obtenido la aprobación de Phyllis Grann, su nueva editora de Putnam (en esa época McGinniss había cambiado de editores), que "probablemente era la más prominente, prestigiosa y triunfante mujer de todo el mundo de la publicación". (Aun cuando, como McGinniss se sentía obligado a hacer saber a MacDonald, ella "se inició en la publicación como secretaria de Nelson Doubleday"). Cinco meses después, McGinniss describía triunfalmente a MacDonald la reunión sobre ventas en la que había sido presentada *Visión fatal*: "Al terminar la presentación de este libro en la que no sólo se mostró encantada Phyllis Grann, sino que también declararon que se trataba de un libro muy especial el director gerente, el director de publicidad, el director del club del libro y por fin el presidente de la compañía, se procedió luego a una votación secreta para evaluar los libros desde el punto de vista de sus posibilidades de venta... y *Visión fatal* (y éste es un secreto que le ruego que no haga conocer a los amigos de California o de alguna otra parte mediante copias xerox de esta carta) fue elegido como *número uno*".

Ahora, en el espectáculo de televisión y junto a personas que estaban de su parte, McGinniss charlaba fácil y fluidamente sobre el pleito como un hombre que durante una cena refiere a sus amigos un extravagante accidente que lo hubiera sobrecogido mientras iba a su trabajo. Después de escuchar la relación de McGinniss, Abrams observó: "Una de las cosas que más me alarma-

ron fue que allí teníamos a alguien que el jurado [del juicio criminal] consideraba como el autor del más nefasto de todos los actos y luego en el jurado [del juicio civil] había personas que escuchaban con gran interés, tal vez simpatía, y estaban dispuestas a tratar a ese hombre como a cualquier otro. Tal vez se suponga que un jurado debe comportarse de esa manera, pero eso resulta absolutamente inusitado cuando uno tiene frente a sí a un asesino". El diálogo continuó así:

McGinniss: Como posteriormente me dijo uno de ellos, nos estaba permitido, y hasta se nos alentaba a hacerlo, hablar con los circunstantes después de no haberse alcanzado el veredicto...

Buckley: ¿Incluso con el doctor MacDonald?

McGinnis: No, ya no estaba allí, estaban presentes sus abogados pero en ese momento a él lo habían llevado de nuevo a la cárcel. Estuvo presente durante el juicio, durante todo el día estuvo en la sala del tribunal vestido con buen traje, sin esposas, frente al jurado, como si estuviera gozando de unas vacaciones veraniegas. Era extraordinario... Eso de salir de la cárcel... Pero al final uno de los miembros del jurado me dijo 'Lo cierto es, señor McGinniss, que hoy quien estaba siendo sometido a juicio no era MacDonald. Era usted, usted era el acusado. Era usted a quien había que juzgar'."

Buckley llevó la discusión al tema sobre el cual él mismo había prestado declaración:

"Buckley: Permitame preguntarle algo, señor Abrams. Supongamos que [McGinniss], respon-

diendo verazmente a todas las preguntas, haya dicho 'El 1º de abril de 1975 yo sabía con absoluta certeza que MacDonald era el culpable, pero continué haciéndole creer que yo pensaba que era inocente durante dos años'. ¿Podría haber aquí justificación de la acción del querellante?

Abrams: No lo creo. Realmente no lo creo. Quiero decir que esa situación plantea la cuestión de la diferencia que hay entre la clase de situaciones que debería contemplar la ley y la clase de situaciones que nos permiten pronunciar un juicio moral sobre alguien, pero que a la ley, como tal, no le corresponde formular.

Buckley: Usted ha tratado mucho con la prensa. ¿Era incorrecto declarar, como yo lo hice, que un escritor — especialmente un escritor investigador— muy a menudo da cierta mala impresión con la intención de desarmar a la persona sobre la que está escribiendo? ¿Le choca a usted éticamente o en cualquier otro sentido?

Abrams: No, no me choca, pero le diré a usted que he entrevistado a muchos jurados y cualquier acción por parte de los periodistas que desorienta a una persona es algo que los ciudadanos corrientes — que no son abogados, que no son periodistas— consideran muy ofensivo”.

McGinniss contó a Buckley y a Abrams cómo se había producido aquel juicio nulo por desacuerdo del jurado: “Después de tres días de deliberaciones, el jurado expresó la opinión de que irremisiblemente —no tanto porque hubiera llegado a un punto muerto, como por la confusión engendrada— no era capaz de pronunciar un veredicto... Se trataba de una forma especial de veredicto con treinta y siete preguntas diferentes

que había que contestar en la casilla correspondiente con un 'Sí' o un 'No', y se hizo evidente que los miembros del jurado sencillamente no comprendían cómo los hechos presentados en el juicio se relacionaban con las preguntas a las que debían responder, de manera que al cabo de tres días anunciaron que no podían realmente llegar a un acuerdo sobre nada y pidieron que se les permitiera regresar a sus casas”.

Los integrantes mismos del jurado contaban una historia diferente sobre aquel juicio nulo por falta de acuerdo. Cuando me entrevisté con cuatro de ellos en Los Angeles dijeron que se habían sentido capaces de atenerse a esa forma del veredicto (dos de los seis miembros del jurado tenían títulos), pero también se habían sentido impotentes frente a una persona del jurado llamada Lucille Dillon, que se negaba a deliberar. Después de haberse discutido la primera cuestión sobre la forma del veredicto y después de haberse votado (cinco votos en favor de MacDonald y uno, el de Dillon, en favor de McGinniss), Dillon se apartó de la mesa y no quiso saber ya nada más del grupo, pues se puso a leer junto a una ventana en tanto que los demás deliberaban sobre lo que debería hacerse con ella. “Nuestro error consistió en que cuando escribimos una nota al juez para comunicarle que Lucille no quería deliberar dijimos que esa persona estaba en favor de McGinniss”, me dijo Sheila Campbell. “Si hubiéramos dejado en suspenso la cuestión y hubiéramos dicho sólo que teníamos dificultades con Lucille podríamos haber obtenido otro miembro del jurado”. Pero

esto no ocurrió. Cuando el juez propuso a Bostwick y a Kornstein que Dillon fuera reemplazada, Kornstein naturalmente se negó a renunciar a un miembro que estaba de su parte, y el juez se vio obligado a declarar el juicio nulo. Las dificultades habían comenzado en una fase temprana del proceso cuando Dillon, una defensora de los derechos de los animales, llevó a la sala del jurado bibliografía sobre derechos animales y no logró interesar a los otros miembros en su causa. Para la mayoría se convirtió en una de las parcas y para ella los demás se convirtieron en los opresores. Cuando llegó el momento de deliberar, la mayoría comprendió demasiado tarde —lo mismo que otras mayorías que ignoraron las señales de advertencia de molestas minorías— que había despreciado a esa mujer en perjuicio propio y ahora era impotente contra ella.

Pasé la tarde del día de Acción de Gracias de 1987 con Lucille Dillon en mi cuarto de hotel de Los Angeles. Era una mujer de aspecto agradable, muy dueña de sí misma, de unos sesenta años, con cabello grisáceo y ensortijado que llevaba blancos pantalones flojos, blusa blanca y zapatillas del mismo color con suela de goma; tenía además una risita ahogada sumamente agradable. Mientras comíamos ensalada de palta y sorbetes, Dillon me describió las experiencias que había vivido en el juicio.

“McGinniss me pareció un hombre verdaderamente excelente”, dijo. “Eso salta a la vista. Todos hemos conocido a personas que causan esta intensa impresión de bondad. ¿MacDonald? Pues no tengo ninguna impresión precisa sobre él. Me

interrogué sobre esa persona pero no llegué a lograr ninguna impresión. Me gustaron los dos abogados. Ambos parecían hombres excelentes también y pensé que estaban haciendo muy buen trabajo. Tenían algo extraordinario, su mirada traslucía algo bueno. También pensé que el juez era un hombre muy amable, muy paciente, muy cortés y considerado”.

“La defensa ha criticado al juez por permitir que la causa fuera vista en el juicio. Los de la defensa dijeron que el juez no comprendió que éste era un caso de la Primera Enmienda y que si lo hubiera comprendido habría rechazado la causa”, dije.

“Estoy de acuerdo con usted. Para mí, la Primera Enmienda tenía que ver en este caso, esa Primera Enmienda de la Constitución que garantiza el derecho a la libre expresión. Y en edad muy temprana me di cuenta de esto. Me di cuenta de que se trataba de impedir que alguien dijera algo y no me gustó. Yo creo en la Constitución”.

“¿Cuándo se interesó usted por la Primera Enmienda?”

“En la escuela secundaria leí la Constitución, que me cautivó. Era algo maravilloso, hermoso. Protegía a las personas. Era un documento que lo protegía a uno y era menester luchar contra ese documento para proceder deshonestamente. En un viaje que hice a Washington, conseguí una copia de la Constitución, no la leí toda, traté de hacerlo pero leí sólo la mayor parte de ella; resultaba un poco tediosa y abandoné mi intento. Pero creo totalmente en ella. No siempre se la aplica y el gobierno no siempre la emplea; ésta es una queja

que tengo que hacer. Hay muchas cosas inconstitucionales que hace el gobierno”.

“¿En qué cosas está pensando usted?”.

“Pienso en el impuesto a los réditos. Una de las razones por las cuales se aprobó la Constitución fue garantizar que el Congreso controlara el suministro de dinero para que éste no fuera a parar a las manos de los banqueros privados. El impuesto federal a los réditos se puso en vigor en 1913 – aun cuando la Constitución lo prohíbe— y ahora la gente tiene que pagar impuestos por todo. Todo está sujeto a impuestos”.

Dillon me dijo que se había vuelto a casar con su segundo marido después de haber estado divorciada de él durante diecinueve años.

“En realidad se trata de un arreglo financiero, pues yo le dije: ‘Me estoy poniendo vieja y si algo te ocurriera a ti los muchachos tendrán que hacerse cargo de mí. No hay demasiados trabajos en Oxnard’. Allí me encontraba en aquel momento. Hice extrañas tareas, trabajé en la Fabric Well durante un tiempo; pequeñas cosas que en realidad no duran mucho. Entonces le dije: ‘¿Por qué no te casas de nuevo conmigo, así puedo gozar de los beneficios de tu obra social? En el caso de que te ocurra algo, los muchachos no tendrán que hacerse cargo de su vieja madre’. Y él dijo: ‘Lo pensaré’ y luego me manifestó que estaba de acuerdo, de modo que él tiene su vida – una vida tranquila— y yo tengo la mía. El tiene su habitación y yo la mía. Poseemos una casa rodante de remolque en común. Era un trato estrictamente financiero. Extraño, ¿no le parece?”.

Mientras escuchaba a Lucille Dillon cobré

más aguda conciencia que nunca del elemento surrealista que anida en el corazón del periodismo. La gente cuenta a los periodistas sus historias como los personajes de los sueños comunican sus elípticos mensajes: sin aviso, sin entrar en un contexto, sin preocuparse por lo extraño que puedan parecer cuando el soñante se despierta y los recuerda. Y allí estaba yo sentada en el día de Acción de Gracias en compañía de una extraña vestida de blanco a quien no volvería a ver de nuevo y cuya existencia estaría para mí en adelante en el papel como una especie de figura emblemática de los peligros que entraña el sistema del jurado.

“¿Fue Kornstein quien la persuadió a usted?”, le pregunté.

“Oh, no, nadie me persuadió. A medida que iba recogiendo más información vi que cada vez me confirmaba más en mi convicción. Todo lo que se dijo en el desarrollo de la causa confirmó lo que ya sabía yo desde el principio. No podía cambiar de opinión”.

Dillon continuó hablando de la aversión que sentía por los demás miembros del jurado.

“Me daba cuenta de que algo marchaba mal. Y me pregunté: ‘¿Son estas personas partidarias de MacDonald? ¿Será que todos los que están en esta sala apoyan a MacDonald? ¿Cómo es que le tienen tanta simpatía?’. Me pregunté todas estas cosas y siempre continuaré preguntándomelas. Todos se entendían magníficamente bien. Era como si ya se conocieran de antes. Reían continuamente y hablaban en voz alta; todos tenían la misma opinión como si fueran una misma per-

sona y mostraban pleno acuerdo. No eran muy inteligentes. No digo que yo lo sea, pero en esas personas advertí falta de inteligencia. Eran infantiles, necias e ignorantes. No es agradable tratar con gente de esa clase. Fui al vestíbulo unas cuantas veces para apartarme de ellos, de sus desagradables disposiciones, de sus desagradables actitudes. Hace unos años también formé parte de un jurado y aquella vez ocurría lo mismo. No eran personas simpáticas. Se trataba del juicio de un joven y todos estaban dispuestos a colgar al joven por algo cuestionable. El muchacho estaba acusado de contrabandear marihuana dentro de la prisión. Querían mandarlo a la cárcel. Eran personas mayores, pero viles. Nada les importaba arruinar la vida del muchacho. Y yo no podía estar de acuerdo con ellos”.

“¿De manera que ése fue otro jurado en desacuerdo?”.

“Sí, fue otro jurado en desacuerdo”.

* * *

En una de las últimas cartas que McGinniss escribió a MacDonald, aquél citaba un pasaje que había escrito antes en un momento en que evidentemente sentía que no corría riesgos en hacer conocer a MacDonald (aunque “aun en esto estoy transgrediendo mis principios”) la actitud que manifestaba el juez del juicio criminal respecto de Bernard Segal, el agobado defensor de MacDonald:

“El juez Dupree tenía un rostro singularmente

móvil y expresivo y desde los primeros días del juicio la expresión que se le veía más frecuentemente (cuando Bernie Segal hacía sus repreguntas) era una expresión de disgusto. Evidentemente alerta, atento y a veces hasta tomando notas durante el interrogatorio directo de Blackburn, el juez se echaba hacia atrás en su sillón con los ojos cerrados, mientras hacía muecas de exasperación o se frotaba las sienes como si le doliera la cabeza durante los momentos en que Segal interrogaba agresivamente a algún testigo del fiscal”.

Me acordé de este pasaje cuando fui a ver a Segal en San Francisco, donde él ejerce como abogado y es profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad Golden Gate. Es un hombre rollizo, extremadamente voluble, de unos sesenta años, de cabeza grisácea con su pelo ensortijado, que parece empeñado en una perpetua lucha entre el sentido que tiene de sí mismo como persona digna y seria y una singular fuerza que en su interior lo lleva a subvertir esta imagen de sí mismo. Me dijo: “Desde el principio fue mi idea tener entre nosotros a un escritor. Habiendo pasado algún tiempo siendo periodista antes de hacerme honesto y convertirme en abogado, pensé ‘No hay muchos libros escritos desde el interior de un caso y éste es un caso único con un cliente único’. Muchísimas veces se ve uno embarazado en una causa criminal por el cliente que tiene. No porque el cliente sea necesariamente culpable, sino porque en general nadie se ve arrasado a un juicio criminal sin alguna razón. Generalmente se trata de algo en su conducta que está un poco fuera de lugar, que los hace vulne-

rables a la acusación. De modo que como abogado uno dice 'Por Dios, no deseo que un periodista ande husmeando por aquí y vea ese lado de mi cliente; sería mejor no tenerlo con nosotros'. Jeffrey MacDonald era uno en un millón, como cliente y como ser humano, por eso pensé 'Aquí tenemos una persona real, alguien con quien se identificará el lector'. Jeffrey MacDonald no se parece al término medio del reo criminal. Es un ser humano tridimensional, cálido, decente, que se ve envuelto en una pesadilla de la ley. MacDonald era para mí un Dreyfus norteamericano. Mi padre me había hecho leer la historia de Dreyfus cuando yo era un niño y me llevó a ver la película de Paul Muni sobre Zola. Reviví esa historia centenares de veces".

Segal continuó hablando con amargura de la disposición del juez Dupree por la cual había decidido no admitir más testimonios psiquiátricos en el juicio. La defensa había proyectado presentar el testimonio de varios psiquiatras que habían examinado a MacDonald — tanto en la época de los asesinatos como en la época del juicio criminal— y que lo habían considerado cuerdo y, por lo tanto, estimaban improbable que hubiera cometido los crímenes. Como hubo de recordarlo posteriormente Michael Malley en el pleito contra McGiniss, "La fiscalía había anunciado 'Si logramos probar que este hombre cometió los asesinatos, no tenemos que probar por qué los cometió o si es la clase de hombre que podía haberlos cometido'. Nosotros creemos que ése era un punto de vista muy insatisfactorio para comunicar a un jurado, y estábamos dispuestos a destinar mucho

tiempo, si el juez nos lo permitía, a tratar de probar qué clase de hombre era Jeff MacDonald, probar que no era el tipo de hombre capaz de semejante cosa”.

Aquí, como en otras fases del pleito de McGinniss, lo que se suponía que no podía ocurrir — no se suponía que el juicio fuera como un nuevo juicio de MacDonald—, en efecto ocurrió. Cuando Bostwick puso en tela de juicio la honestidad del libro de McGinniss (empleando la cláusula de “esencial integridad” de Segal como su débil justificación), también logró cuestionar la validez del juicio criminal. En sus interrogatorios a Malley, Segal y MacDonald, Bostwick hizo gran hincapié en un incidente anterior a la disposición del juez Dupree sobre los testimonios psiquiátricos. Al principio, el juez había estado dispuesto a considerar que la defensa presentara a sus psiquiatras, siempre que el fiscal tuviera la oportunidad de hacer que psiquiatras de su elección examinaran a MacDonald. Este a regañadientes aceptó someterse a un examen por parte del psiquiatra del enemigo, un doctor James A. Brussel de Nueva York, que se trasladó a Raleigh acompañado de un psicólogo clínico de West Orange, New Jersey, llamado Hirsch Lazaar Silverman. El examen de MacDonald se verificó en la tarde del 13 de agosto de 1979 en el despacho del abogado, y en el juicio contra McGinniss, Segal prestó declaración sobre el encuentro menos que alentador que había tenido con Brussel una vez que éste hubo terminado el examen de MacDonald:

“El doctor Brussel estaba de pie en la sala de espera. Llevaba un traje correcto y el sombrero puesto en la cabeza. Cuando entré dije algo por el estilo de ‘Bueno, me alegro de que ya todo esté terminado’ y el doctor Brussel preguntó ‘¿Dónde está mi sombrero?’. Me quedé desconcertado. Pensé que tal vez el doctor se estuviera chanceando. Pero era un hombre que frisaba en los ochenta años y me di cuenta de que realmente no bromeaba. Y todos nos sentimos un poco confusos pues el doctor andaba buscando por la habitación su sombrero, hasta que finalmente alguien dijo ‘Doctor Brussel, lleva usted puesto su sombrero’ y él dijo ‘Ah, sí’, luego agregó ‘¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es éste?’. Y de nuevo quedamos bastante desconcertados, hasta que uno de nosotros dijo ‘Doctor Brussel, estamos en Raleigh, Carolina del Norte’ y el doctor dijo ‘Ah, sí... sí, por supuesto’”.

Una vez que el juez hubo recibido la evaluación que de MacDonald hicieron Brussel y Silverman, dispuso que no se admitirían más testimonios psiquiátricos de ninguna de las dos partes: “Cotejar examen contra examen no haría sino prolongar la causa y en el mejor de los casos probaría algo que justamente tendería a confundir la situación”. En el pleito contra McGinniss, Bostwick preguntó a MacDonald: “¿Le dijo a usted el señor McGinniss algo sobre la decisión del juez de no admitir testimonios psiquiátricos?”.

MacDonald había replicado: “Dijo que era una medida ultrajante”.

“¿Y le dijo por qué?”.

“Sí, porque se estaba refiriendo a Brussel, un canalla senil e incompetente”.

Sin embargo, cuando McGinniss se puso a escribir *Visión fatal* – probablemente porque estaba esforzándose en dar sustancia a su retrato de MacDonald como psicópata– citó extensamente pasajes del informe de Brussel y Silverman, que parece obra de un parodista, por ejemplo cuando se lee: “En él parece faltar profunda respuesta emocional junto con incapacidad de aprovechar la experiencia. Es el tipo de individuo inclinado a cometer actos asociales con impunidad” o “Desde el punto de vista de la salud mental y del funcionamiento de la personalidad, el individuo es un invertido sexual, franco o reprimido, que se caracteriza por expansivo egoísmo y manías de persecución. Está preocupado por cosas insignificantes y es incapaz de afrontar la realidad”.

Siendo un desconocido para MacDonald y sus abogados hasta muchos años después (cuando la Ley de Libertad de Información condujo al descubrimiento), el doctor Brussel era no sólo un anciano frágil que se encontraba al final de su carrera sino que fue el psiquiatra forense que en 1971 había ayudado al gobierno a armar su causa contra MacDonald y que había expuesto la teoría de que MacDonald dio muerte a Colette durante una disputa y luego dio muerte a las hijas porque habían sido testigos. “No cabe duda de que la fiscalía tendió un lazo cuando lo eligió a él como el psiquiatra que supuestamente debía hacer un examen psiquiátrico imparcial de MacDonald”, me dijo Segal. “El juez nos trató de una manera feroz. En los veintisiete años que practico la profesión nunca vi un caso como éste. Jeff po-

dría en realidad ser culpable, pero cuando se declara convicto a un hombre en un juicio despiadado y deshonesto, se viola todo el sistema y todo el mundo está menos seguro. Sin embargo, con esta salvedad, sé (lo mismo que cualquiera que no estuvo presente allí el 17 de febrero de 1970) que él no cometió los asesinatos”.

En febrero de 1988, hice una segunda visita a MacDonald en Terminal Island. Debía haber vuelto a su antigua cárcel de Arizona después del arreglo a que se había llegado con McGinniss, pero había solicitado formalmente que se le permitiera permanecer en Terminal Island para estar cerca de su madre enferma, que vive cerca de Long Beach. Se accedió a esa solicitud con la condición de que MacDonald continuara en confinamiento solitario, y él aceptó esa condición. Nos sentamos en la misma sala de visitas después de haber pasado él por el mismo ritual de las esposas; le pregunté sobre una de las cartas de McGinniss que me había producido fuerte impresión, tanto por lo que MacDonald había hecho con esa carta como por lo que McGinniss había escrito en ella: MacDonald había tomado una pluma y, por así decirlo, había sometido la carta a un procedimiento vandálico, pues había cubierto con violentas marcas cada una de las siete páginas. Todo el texto de la carta estaba marcado por grandes cruces, párrafo por párrafo, como si se hubieran aplicado golpes a las indefensas palabras del papel. Cuando vi por primera vez esa carta sentí la presencia de un terrible enojo, de un odio profundo y de un deseo de hacer daño.

Para mí eso fue y continúa siendo la única señal de algo perturbador y pavoroso en MacDonald, de algo que no es sencillamente "normal".

— MacDonald me dijo que había hecho esas marcas en la carta cuando grababa una cinta magnetofónica en respuesta a las preguntas que le hacía McGinniss. "Estaba tan furioso por tener que hacer esa grabación que cada vez que respondía a una pregunta con la pluma la cruzaba así. Y mientras grababa la cinta pensaba 'Me lo estás pidiendo, maldito tipo, y está bien, aquí lo tienes. Lo haré puesto que me has asegurado que es un secreto que quedará sólo entre nosotros dos'".

En la carta, y más persistentemente que antes, McGinniss trataba de quebrantar la evasiva suavidad de MacDonald e interrogarlo estrechamente sobre las intimidades de su matrimonio. Como hubo de declararlo posteriormente McGinniss mientras lo interrogaba Bostwick, "Yo trataba de hacer que dejara de hablar sandeces y comenzara a hablar como una persona real... Lo que me había dicho hasta entonces parecía tan superficial y tan falto de genuino contenido emocional que me parecía que allí había algo más, que debía haber cosas que él retenía". De modo que McGinniss hizo lo que todos hacemos — cometió el error que todos cometemos— cuando nos encontramos frente a un obstinado y enigmático otro: se remitió a sus propias experiencias y a él mismo para resolver el enigma. Le escribió a MacDonald:

"Sé que usted es un optimista y sé que tiende a borrar los recuerdos ingratos, pero Jeff, encárelo

de frente, un matrimonio prematuro no es una fiesta para nadie. Seguramente no lo fue para mí. Me casé a los veintiún años, tuve un hijo al año siguiente, luego otro en un año y medio más y luego me enamoré de otra persona mientras mi mujer estaba embarazada por tercera vez.

Habiendo pasado por estas experiencias yo mismo, creo que yo sería más adecuado que la mayor parte de la gente para compartir con usted algunas de esas reacciones de su propia vida... Ya se conoce bastante de su vida privada para demostrar que usted era por lo menos tan promiscuo como fui yo."

Pero MacDonald no aceptó esa insinuación, no accedió a la sugerencia de que él y McGinniss eran de la misma pasta; no aceptaba que ambos hubieran agraviado a las opacas mujeres con las que estaban casados. Como ya lo señalé, la mayor parte de la gente no ofrece buen tema para los periodistas; MacDonald era miembro de esa mayoría poco promisoria antes que de la minoría especial que forja su propia novela. Cuando McGinniss dijo que trataba de hacer que MacDonald "comenzara a hablar como una persona real", sólo pudo querer decir que deseaba que MacDonald comenzara a hablar como el personaje de una novela. La carta de McGinniss – cuyo objeto era precisamente invalidar la realidad de MacDonald y asegurarse la ayuda de éste para crear un personaje literario– manifiesta una de las diferencias fundamentales que hay entre personajes literarios y personas de la vida real: los personajes literarios están trazados con pinceladas mucho más amplias y claras, son criaturas mucho más

simples, más genéricas (o, como suele decirse, más míticas) que las personas verdaderas y su claro carácter vívido se debe a su falta de ambigüedad y a su coherencia. En comparación, las personas reales parecen relativamente faltas de interés porque son mucho más complejas, ambiguas, impredecibles y particulares que los personajes de las novelas. La terapéutica del psicoanálisis trata de devolver al paciente neurótico la libertad de no ser interesante, libertad que el paciente perdió en algún punto del camino de la vida. El psicoanálisis propone minar las estructuras novelísticas sobre las cuales el paciente construyó su existencia y destruir el tejido de elaboradas y artificiosas configuraciones en que está atrapado. Hay personas (psicoanalistas entre ellas) que piensan que la acción del psicoanálisis consiste, por así decirlo, en transferir al paciente de una novela a otra — digamos, de una novela gótica a una comedia doméstica—, pero la mayor parte de los analistas y de las personas que han sido sometidas a esa terapia saben que esto no es así y que el programa freudiano es mucho más radical. Pacientes sometidos al análisis dicen a veces que les parece que el tratamiento los está volviendo locos. Lo que determina que sientan de esta manera es la “desnovelización” de sus vidas y el hecho de vislumbrar los abismos de la individualidad y la idiosincrasia que constituyen el inconsciente freudiano.

MacDonald continuó hablando sobre la carta de McGinniss: “Cuando le preguntaba por qué deseaba que discutiéramos escenas íntimas entre mi mujer y yo, McGinniss decía ‘Se trata del fon-

do, de la base'. Le hablé por teléfono y le dije 'Joe, esto es una locura. No tiene ningún sentido. ¿Qué tiene que ver todo esto con la historia del caso?' Entonces él dijo 'Nada. Pero todo eso me ilustra y yo soy el artista. Debo saberlo todo. Debo saber cómo huele su sudor. Y deseo saber cómo hacían el amor usted y Colette. Sobre esa base puedo elegir los elementos convenientes. Como artista debo estar en posesión de todo ese fondo para poder escribir la verdadera historia de Jeff MacDonald, hombre decente encarcelado'. Y honestamente me pareció que eso tenía sentido. Creo que comprendo lo que quería decir McGinniss. Tomé la decisión – catastrófica como se vio después– de confiar en Joe. De manera increíble esa decisión carecía de todo fundamento. Joe me fue sonsacando cosas y luego las fue tergiversando en el libro para decir, por ejemplo 'Este es el ser humano insensible, superficial, patriotero, obsceno, que habla de su mujer, a la cual dice que ama'. Pero ése no soy yo, ése no es mi estilo de vida."

"Pero, ¿tenía usted que decirle esas cosas?", le pregunté.

"Ya lo sé, ya lo sé", exclamó MacDonald. "Y la explicación – que no es ni siquiera una excusa, porque me siento muy avergonzado de haber hablado– es que McGinniss dijo que estaba escribiendo un libro del que surgiría la verdad sobre esta horrible acusación que pesaba sobre mí; y yo estaba dispuesto a pagar el precio".

Mientras hablábamos, MacDonald había dejado pasar la hora de su almuerzo para estar conmigo, y entonces comió unas rosquillas espol-

voreadas con azúcar y contenidas en una bolsita que yo había comprado en una máquina que había en el comedor del personal de la cárcel; y una vez más me llamó la atención la gracia física de aquel hombre. Manipulaba las rosquillas — que partía en trocitos mientras cuidaba de que no cayera el azúcar en polvo— con la delicada destreza de un veterinario que compone el ala quebrada de un ave. Cuando la bolsita quedó vacía, la dobló limpiamente y me habló de las cartas ofensivas que había recibido por centenares de lectores de *Visión fatal*. “Hay una que nunca olvidaré”, me declaró. “A veces me despierto pensando en ella. Me escribía un tipo que decía ‘Estoy en la playa frente al Sheraton Waikiki Hotel; mi mujer y yo acabamos de leer *Visión fatal*: Luego habla de mí como si yo fuera un monstruo psicótico. Eso me atormenta de una manera increíble. Ahí está ese hombre en la playa con su mujer, gozando posiblemente de sus vacaciones y escribe una carta maligna, odiosa, a alguien que está en la cárcel”.

Yo había leído esa carta en la oficina de Bostwick y también a mí me había parecido increíble. El texto de la carta es el siguiente:

“19 de agosto de 1984

Estimado recluso MacDonald:

Mi mujer y yo estamos aquí en la hermosa y soleada Hawaii pasando una alegre temporada; los dos leímos la novela *Visión fatal* escrita por Joe McGinniss mientras estábamos tendidos en las arenas de Waikiki.

Debo decirle que los dos estamos convencidos más allá de la sombra de toda duda que usted es

infernamente culpable de los asesinatos de su esposa y de sus hijas.

Nosotros tenemos dos hijas amorosas y vivaces que gracias a Dios no están sujetas a un padre que es un 'loco'.

No tengo ninguna compasión por un individuo tan enfermo, tan demente y tan sórdido como seguramente es usted. Por el texto de la bien hilvanada historia de McGinniss es evidente que es usted un mentiroso de extraordinaria estatura.

Quienquiera que haya hecho lo que hizo a una mujer embarazada es realmente una basura, pero lo que usted hizo a dos niñas indefensas es algo aun más enfermizo y más difícil de comprender y creer. En el libro se dice (según creo) que posiblemente le den la libertad bajo palabra en 1991. Sólo rogamos a Dios que las autoridades encargadas de esos procedimientos tengan más sentido que los pares suyos del ejército años atrás y que *nunca* lo suelten a usted. Usted es ciertamente un homosexual latente (o quizá ya no *latente*, ahora que está donde está. Tal vez ahora puede usted muy bien ser la 'Reina del baile', allí en ese tugurio, ¿no?) que odia a las mujeres por ser un impotente, ¿no es cierto?

En todo caso sólo deseábamos que usted supiera que disfrutamos de la lectura de la novela, pero estamos seguros de que es usted culpable y de que un maniaco pervertido como usted nunca debería ser puesto en libertad. Probablemente usted debería tratar de conseguirse un 'papá' en ese antro y convertirse en el verdadero esclavo que realmente debe de ser usted.

Con los mejores deseos

J. H.

Por mi parte dije: "En todo esto hay algo fantástico que me confunde. Esa gente tendida en la playa de Hawái que escribe una carta a una persona sobre la cual leyeron algo en un libro – al personaje de un libro que usted rechaza por ser una representación falsa de usted mismo– y sin embargo la carta llega a sus manos, usted la lee y se atormenta".

"Sí", exclamó MacDonald. "Eso forma parte del terrible impacto del libro de McGinniss. Quienes lo han leído creen que me conocen, que han podido meterse dentro de mi cabeza. Esa es la maldad de semejante versión tramada, urdida; no tengo otras palabras para describirla. McGinniss tiene la suficiente habilidad y su libro parece muy profundo, pero lo que ha hecho es modificar los hechos para adaptarlos a una opinión y no adaptar su opinión a los hechos."

Interrogué a MacDonald sobre la vida que llevaba en la prisión y él habló sobre ese tema durante veinte minutos. Verdaderamente uno le hace una pregunta a ese hombre y él la responde cabalmente. Después de mi regreso a Nueva York y durante los ocho meses siguientes, experimenté – como lo había experimentado McGinniss– la cualidad inexorable, incansable que tenía MacDonald de responder a todo cuanto uno le preguntara. La más breve y ligera de mis preguntas era contestada con veinte páginas de respuestas, acompañadas por paquetes de documentos que las corroboraban. MacDonald no hace nada a medias, y así como McGinniss se había sentido abrumado por la cantidad de extraños detalles contenidos en las cintas magnetofó-

nicas de MacDonald, también yo me sentía abrumada por la montaña de documentos que se había formado en mi despacho. Leí poco del material que me envió: transcripciones del juicio, mociones, declaraciones, atestaciones, informes. Llega un documento, le echo una mirada, veo palabras como “jeringa ensangrentada”, “hematomas”, “punción en el pecho izquierdo”, “huellas digitales no identificadas”, “orina de Kimberly”, y lo agrego a la pila. Sé que no puedo enterarme de la culpabilidad o la inocencia de MacDonald partiendo de ese material. Es como buscar en una flor la prueba de la existencia de Dios: todo depende de cómo uno interprete el testimonio. Si uno parte de la suposición de que MacDonald es culpable, interpreta los documentos de una manera y lo hace de otra manera si supone su inocencia. El material no “habla por sí mismo”.

Análogamente, la manera en que se interprete al propio MacDonald depende de lo que uno supone que hizo o no hizo la noche del 17 de febrero de 1970. El doctor Stone, al suponer que MacDonald era el asesino, lo ve como un irremisible psicópata cuyos ojos pueden perforar tanques de guerra. Los amigos y defensores de MacDonald, al imaginar que los asesinos son aquellos intrusos, lo ven como una especie de puro Job. Es interesante comprobar que quien no haya adoptado ninguna posición y a quien le parecen inimaginables ambas versiones, tiende a conceder a MacDonald el beneficio de la duda. No prestar crédito a lo que una persona dice va contra todos nuestros instintos. Tendemos a creer lo que se nos dice.

Considerando su propio testimonio, McGinniss cuando se encontró por primera vez con MacDonald era benignamente escéptico, pero en el curso del juicio criminal vino a no prestar crédito a MacDonald y a aceptar —lo mismo que el jurado, el juez y los demás periodistas presentes— la teoría del fiscal: que MacDonald había asesinado a su mujer y a su hija mayor durante una disputa y luego había matado a sangre fría a su hija menor para hacer parecer que aquello era una matanza como la de Manson. La defensa no respondió con efectividad a las pruebas circunstanciales presentadas por el gobierno; sencillamente MacDonald no pudo explicar las discrepancias que había entre su historia y el testimonio de las pruebas físicas. En *Visión fatal*, McGinniss dice que varios de los jurados lloraban cuando regresaron para pronunciar el veredicto. No deseaban condenar a MacDonald, pero se daban cuenta de que no tenían más remedio que hacerlo. Uno de los jurados contó a McGinniss cómo había cambiado fundamentalmente de opinión al escuchar la entrevista grabada en una cinta con los investigadores del ejército que indagaban a MacDonald en abril de 1970. McGinniss manifiesta en su libro: "Un jurado comentó posteriormente 'Hasta que oí esa entrevista no tenía en mi cabeza ninguna duda sobre su inocencia. *Todas las pruebas habían parecido confusas.* Pero el hecho de oírlo bastó para cambiarlo todo. Comencé a mirar cada detalle de una manera nueva. *Había algo en el sonido de su voz.* Cierta vacilación. No sonaba como la voz de un hombre que está diciendo la verdad. Además no me parece

natural que alguien que acaba de perder a su esposa de la manera en que él lo dijo estuviera allí tranquilamente sentado quejándose del desorden que encontró en los cajones de la cocina'." (La bastardilla es mía).

De semejantes cosas dependen los veredictos. Las pruebas — como lo expresó el fiscal, las “cosas que no mienten”— precisamente “habían parecido confusas”. Cuando hablé con los jurados del pleito contra McGinniss, éstos tenían análogas impresiones del acusado. Salvo Lucille Dillon, todos ellos “sentían” que McGinniss no decía la verdad. Otro jurado, Jackie Beria, me dijo: “Durante todo el proceso no puede dejar de pensar ‘Estás mintiendo’”. La que presidía el jurado, Elizabeth Lane, una asistente social retirada, declaró: “Decía siempre lo mismo, ‘No recuerdo’, ‘No me acuerdo’, ‘No sé’”. Luego agregó, “Me siento desorientada en todo este asunto porque pensaba que *Visión fatal* era un libro muy bueno. Sé cuán difícil es armar un libro y cuántas indagaciones tuvo que hacer McGinniss. Me encontraba pues en una situación en que no deseaba estar y que era convenir en que MacDonald tenía un motivo de queja. Siempre había pensado que los asesinos convictos no deberían ganar dinero con libros y charlas por televisión y que si ganaban dinero éste debía destinarse a las víctimas. Esta era mi posición. De manera que no me resultó fácil comprender que había cierto motivo válido en el pleito entablado por MacDonald. Luego vimos todas esas cartas. Pero lo que más me molestó fue que, después de haber prestado declaración Buckley y Wambaugh y de haber dicho

que es perfectamente correcto comportarse de esa manera – que los autores lo hacen continuamente– , McGinniss no se puso de pie para decir ‘Sí, lo manipulé, sí, le mentí, sí, lo engaño, porque en el mundo de las publicaciones estamos todos de acuerdo en que es correcto proceder así, que a veces hay que hacerlo y que yo lo hice porque tenía que escribir este libro, que era para mí lo más importante, de suerte que los medios para alcanzar ese fin estaban justificados.’ Pues bien, no se puso de pie en la sala del tribunal para decir estas cosas. Pretendía que no estaba seguro, aunque las pruebas mostraban que escribía una cosa a MacDonald y en realidad pensaba, creía y decía otra cosa a los demás. Ahora bien, eso podrá no ser ilegal, pero seguramente no es ético y a nosotros nos cayó mal, especialmente cuando McGinniss trató de mentir”.

Los jurados también me dijeron que habían salido de la sala del tribunal convencidos de la culpabilidad de MacDonald. Cuando les pregunté por qué tenían esa opinión, dijeron que después de haber leído *Visión fatal* (que el juez les había encomendado que leyesen) no podían pensar de otra manera: los intentos que hizo Bostwick para engendrar dudas sobre la veracidad del libro evidentemente no alcanzaron su objeto. (Si un libro lo dice, debe ser cierto.) Así y todo (quizás a causa de la insulsa descripción que hizo McGinniss de la mujer asesinada y de las niñas, uno no se interesa por estas figuras de la manera en que se interesa por las víctimas de *A sangre fría* de Truman Capote), el jurado se negó a excluirlo de toda simpatía. Antes bien, tuvo en cuenta la pre-

gunta retórica de Bostwick: “¿Piensan ustedes que una persona declarada convicta que cree que lo ha sido erróneamente no puede sentirse lastimada? ¿Es concebible semejante cosa? Y sin embargo es eso lo que el señor Kornstein quiere hacerles creer a ustedes cuando lo llama un asesino convicto”.

Mientras preparaba su libro sobre un asesino que obstinadamente se negaba a mostrar cualquiera de los rasgos que uno asocia con la gente que mata y cuyo pasado parecía no exhibir hechos más ominosos que las triviales historias de promiscuidad sexual, McGinniss por fin encontró oro. Una de las amigas de MacDonald — era una de las tantas personas a las que MacDonald había recomendado a McGinniss que viera— lo traicionó. Se trataba de una mujer casada y mayor con la que MacDonald mantuvo una relación amorosa; después de haberla entrevistado McGinniss logró escribir este preciso y comprometedor pasaje:

“También supe que a fines de aquel verano, no mucho después de haberse instalado MacDonald en Huntington Beach [era el verano en que el tribunal del ejército ya lo había absuelto], recibió la visita de una íntima amiga de su madre, una mujer a la que él conocía desde que era niño. La mujer llevó consigo a su hijo de diez años.

Durante aquella visita, que se extendió a varias semanas, Jeffrey MacDonald llegó a mantener relaciones sexuales con la amiga de su madre. El mismo me lo contó en una de las visitas que le hice a Terminal Island. Posteriormente localicé a

la mujer en otro lugar del país y ella me confirmó que la historia era cierta, aunque estaba un poco molesta por el solo hecho de que MacDonald me hubiera revelado aquellas relaciones.

Le pregunté sobre la causa que había hecho terminar aquellas relaciones esperando que ella dijera o bien que por último lo impropio de la situación había comenzado a incomodarla o bien sencillamente que el verano estaba terminado y era hora de regresar a su hogar.

Me dijo en cambio que había partido brusca-mente – antes de lo proyectado– a causa de dos incidentes que tenían que ver con su hijo de diez años. El primero ocurrió cuando MacDonald – encolerizado por la mala conducta del chico en su apartamento– lo sacó fuera de la casa y sosteniéndolo por los pies lo mantuvo suspendido en el borde del desembarcadero mientras lo amenazaba con hundirle la cabeza en el agua.

El segundo incidente, según dijo la mujer, se produjo posteriormente en aquel verano cuando ella, Jeff y el hijo realizaban un crucero en la barca de MacDonald. Otra vez el muchacho había hecho algo que enfureció a MacDonald. Pero ahora MacDonald se había precipitado sobre el chico y con tono más furioso y amenazador le había dicho que al regresar a la costa iba a mantener la cabeza del chico en la proa del bote para que se le aplastara el cráneo contra el muelle.

Posteriormente hablé con el muchacho – que es ahora un joven adulto que asiste al colegio Ivy League– sobre los recuerdos que tenía de aquellos incidentes.

Me dijo que el primer incidente había sido de todas maneras bastante alarmante, aunque quizás había sido sólo una forma de rudeza que había ido demasiado lejos. Pero el segundo episodio

— la escena en el bote— es algo, dijo, que ‘recuerdo con verdadero terror hasta el día de hoy’. No podía recordar exactamente lo que había hecho montar en cólera a MacDonald. ‘Pero se precipitó sobre mí vociferando y recuerdo muy bien el fuego que había en sus ojos; *realmente, realmente* era escalofriante. Yo no sabía qué iba a hacer conmigo. En verdad, lo que hizo fue arrojarme al agua; me arrojó por la borda de la barca mientras ésta estaba todavía en marcha y puedo recordar que me sentí aliviado por el hecho de que no hubiera hecho nada más que eso. Pero nunca me olvidaré de ese episodio. Nunca olvidaré ese brillo de sus ojos. Tal vez siendo un niño uno percibe las cosas más directamente, de una manera en que no las percibe cuando es adulto. Pero desde aquel momento pasado en la barca siempre creí que debía ser culpable de los asesinatos. Sólo por verle aquel brillo en los ojos. Y ya no quise estar más en su compañía. Me encontraba muy asustado y le dije a mi madre que deseaba regresar inmediatamente a casa. Y así lo hicimos”.

Este pasaje resalta en el libro. Es el único ejemplo indeleble del furor asesino que mostrara MacDonald. Cuando Mike Wallace en su entrevista de los “60 Minutos” enfrentó a MacDonald con el libro de McGinniss, éste fue uno de los pasajes que le leyó. MacDonald saltó inmediatamente para negarlo (“Eso nunca ocurrió, es una mentira”) y luego envió a Ray Shedlick para que obtuviera una revocación de las declaraciones de la madre, de su marido y del muchacho. Pero la retractación no se produjo. Evidentemente algo había ocurrido en el bote que había perturbado al muchacho y había hecho que su madre, diez años

después, hablara con un periodista sobre aquellos incidentes. En una carta que la mujer le escribió a MacDonald unos meses después de haberla entrevistado McGinniss la mujer decía: "Resultó muy fácil conversar con él; es un hombre realmente simpático y encantador. Por supuesto, es tu entusiasta partidario, pero me parece que está luchando mucho con su libro. Supongo que todos los buenos escritores sienten los dolores del parto". Es interesante comprobar que aquella señora y MacDonald continúan manteniendo amistosa correspondencia. Toda la furia del preso se dirige contra McGinniss. Cuando en una carta interrogué a MacDonald sobre aquellos incidentes, éste me replicó: "Lo que McGinniss está diciendo es: 'Sí, me doy cuenta de que nunca nadie vio a Jeff MacDonald mostrando violencia — salvo, desde luego, unos pocos segundos el 17 de febrero de 1970— pero yo, Joe McGinniss, autor superimportante, descubrí puesta de manifiesto esa violencia latente en el Jeff MacDonald de otro tiempo'. McGinniss tenía que pintarme así para justificar su amistad de Judas, de manera que simplemente toma hechos normales y los urde para convertirlos en hechos perniciosos". En la misma carta, MacDonald describe sus idílicas relaciones con aquel muchacho; habla de los amables juegos y payasadas a que se entregaban ambos ("Si me encontraba pescando en el extremo del desembarcadero, él venía a hurtadillas por detrás y me empujaba y luego se echaba a correr colmado de júbilo. Por mi parte, yo a mi vez lo empujaba cuando me era posible"); también especulaba sobre los posibles motivos psicológicos

que pudieran haber determinado la “falsa percepción o falsa concepción de aquellas payasadas”. Yo ya estaba familiarizada con la versión que MacDonald daba del incidente, pues había leído la entrevista que tuviera con Bob Keeler en aquel libro de páginas sueltas y azules. La entrevista se había desarrollado dos meses después del registro tomado por Mike Wallace y de nuevo MacDonald repudiaba con vehemencia el pasaje. “De acuerdo, ella y yo tuvimos esa relación”, le contó a Keeler. “No se trata de que el marido sea un cornudo consentido y me siento terriblemente mal por lo que hice, pero eso no significa que sea exacto lo que escribió Joe. Esa es una fabricación absoluta. Nunca ocurrió semejante cosa”.

Keeler posteriormente había ido a ver a la madre y le dijo: “Quisiera que me dijera usted ante todo si las cosas ocurrieron de la manera en que las cuenta McGinniss en su libro”.

“Sí, ocurrieron así”, replicó la madre. “El primer incidente fue más en broma; el segundo no me gustó nada, aunque no me di cuenta de que mi hijo estuviera tan atemorizado”.

“Pero tal como se desarrolla el pasaje del libro, ¿parece una representación precisa de lo que usted le dijo a Joe cuando éste la entrevistó?”.

“Sí, los dos incidentes ocurrieron, aunque no creo que ellos puedan hacer de Jeff un asesino. Yo no estaba tan asustada que pensara semejante cosa. Sólo pensé — como usted lo pensaría si estuviera alojado en la casa de alguien y le hicieran una observación muy desagradable— ‘hemos estado ya demasiado tiempo aquí, ya es hora de

regresar a casa'. No fue más que eso, pero aparentemente mi hijo estaba muy alarmado".

Teniendo en cuenta las declaraciones de McGinniss y de MacDonald, los abogados adversarios contemplaron la posibilidad de explotar el incidente de la lancha y del niño para sacar ventaja cada uno para su parte, pero por fin decidieron dejar tranquilo al muchacho y no convocarlo al tribunal. El incidente ilustra una vez más la dificultad que uno encuentra si desea conocer la verdad sobre cualquier cosa. Podrá uno pasarse años estudiando un caso, como pasaron los investigadores trabajando sobre los asesinatos de MacDonald, y terminar sin ninguna certeza sobre la cuestión de lo que "realmente" ocurrió. Pero en este caso la cuestión es, no saber quién cometió el crimen, sino saber si se cometió algún crimen en el episodio del bote. Así como el doctor Stone con su vívida imaginación atribuyó a los rasgos de un hombre que apenas había vislumbrado en la sala del tribunal la mirada de un mal monstruo, así también la nerviosa fantasía del muchacho (sabía que MacDonald había sido acusado de matar niños) podría haber confundido una inocente reprimenda con intenciones asesinas. Por otro lado, el muchacho podría haber sentido algo verdaderamente peligroso en MacDonald. Sólo si MacDonald se confesara autor de los asesinatos o si algún otro revelara que era el asesino, nos acercaríamos algo más a la posibilidad de juzgar qué ocurrió realmente en aquel bote.

La cena que compartí con Michael Malley en la primavera de 1988 se había realizado a instan-

cias de MacDonald. Malley había sido un excelente testigo del demandante en el juicio contra McGinniss y había declarado de una manera clara y convincente sobre las relaciones que mantuvieran McGinniss y MacDonald en la casa Kappa Alpha de Raleigh.

“¿Cuántas horas por día estima usted que se los veía juntos?”, le había preguntado Bostwick.

R: Diría que en un día corriente era una hora por la mañana, antes de ir al tribunal, y tres o cuatro por la tarde y la noche. No siempre Joe estaba exclusivamente acompañando a Jeff. Pero siempre andaba cerca de él; bueno, la mayor parte del tiempo.

P: ¿Le preocupaba a usted que McGinniss pasara tanto tiempo con el doctor MacDonald?

R: No.

P: ¿Se sentía usted aliviado?

R: Sí.

P: ¿Por qué?

R: Pues bien, en cierto momento no quise ser el único receptor de la simpatía de Jeff. En Fort Bragg [en el tribunal del ejército] a veces — porque Bernie no estaba allí y Jim Douthat, el otro abogado militar, se iba a su casa por las noches—, a veces pasaba tres o cuatro horas con Jeff. Y si bien esto ciertamente fortaleció nuestra amistad, a mí me resultaba por otro lado muy pesado. Y en Carolina del Norte no deseaba pasar otra vez por esos momentos, es decir, que sólo me tuviera a mí para hablar. Y Joe cumplió muy bien ese papel, quiero decir que él y Jeff llegaron a ser, según mis observaciones, amigos tan íntimos como fuimos Jeff y yo en Fort Bragg. De esta manera podían conversar todo lo que querían y yo po-

— día concentrarme en lo que estaba tratando de hacer. Esto no significa que me hubiera apartado de Jeff, pero yo estaba presente para ser, no su amigo, sino su abogado.”

Posteriormente Bostwick preguntó a Malley: “¿Se considera usted aún amigo del doctor MacDonald?”

R: Sí.

P: ¿Se considera usted aún amigo del señor McGinniss?

R: ¿Hoy?

P: Sí.

R: Esa es una pregunta muy difícil de responder. Como usted sabe, Joe nunca me hizo daño personalmente, de manera que no puedo decir que me haya ofendido alguna vez personalmente. Pero, por cierto, me sentí absolutamente sublevado por ese libro. Considero que ese libro constituye un impedimento real de nuestra amistad.

P: Bien, ¿qué es lo que considera usted en ese libro, digamos, ultrajante?

R: Primariamente dos cosas. Una es el retrato de Jeff, que considero falso. Me refiero sólo a la personalidad de Jeff. Y la otra es la exposición de un motivo por el cual Jeff habría cometido los asesinatos; me refiero a esa locura provocada por la droga que por todo lo que sé es algo completamente contrario a lo que realmente fueron los hechos. Todo eso me parece tramado, fraguado. Por eso considero que éste es un serio, muy serio impedimento de nuestra amistad.”

Malley contestó igualmente bien en la repregunta a que lo sometió Kornstein:

P: Ahora bien, usted es abogado, señor Malley. Cuando asistía a la Facultad de Derecho de Harvard, ¿impartían aún allí enseñanza sobre la Primera Enmienda? ¿No es así?

R: ¿Es que ahora ya no lo hacen? Sí, señor, impartían esa enseñanza...

P: Señor Malley, ¿no es este intento del querrelante de castigar a un autor por escribir un libro el equivalente de la quema de libros?

R: No, señor, no es lo mismo.

Malley es un hombre atractivo, inteligente, barbado, de unos cuarenta y siete años, con una sonrisa muy agradable y un aire desasosegado, de oscura dificultad, como si no estuviera contento consigo mismo. Cuando al aproximarse el fin de la velada me dijo que Conrad era su autor favorito comprendí que el propio Malley, en su misteriosa desesperación, era un personaje salido de una obra de Conrad. Había escrito una extraordinaria reseña de *Visión fatal* en 1984 para el *Princeton Alumni Weekly* en la que planteaba y trataba de responder a la cuestión de "cómo McGinniss llegó a detestar a Jeff lo suficiente para escribir ese libro". Malley concluyó:

"Lo que en definitiva no le gusta a McGinniss es la irreflexiva aceptación por parte de Jeff de los valores de la clase media y de las contradicciones de la clase media en lo referente a moral, sexualidad, amistad, finanzas, etc. En suma, la visión defectuosa de la buena vida tal como la ve McGinniss (y también Jeff). Es una vida que no admite a los héroes que desea McGinniss. Es una vida en la que McGinniss siente la libertad de

condenar y traicionar, así como en todos sus libros condena y traiciona a los amigos que le hicieron sus confidencias y le confiaron sus vidas. Sin embargo se siente desasosegado al realizar ese sucio trabajo porque quiere que haya una razón superior de él, quiere que lo que está haciendo tenga una significación. En última instancia, desea un perdón, no para los personajes de su libro, sino para sí mismo.

"La ironía está en el hecho de que la solución que encuentra McGinniss del caso de Jeff es irremisiblemente prosaica, trivial, propia de la clase media... es decir, todas las cosas que McGinniss parece detestar... Todo se reduce al pedestre 'descubrimiento' de que Jeff tomó demasiadas píldoras para adelgazar y que por eso eliminó a su familia. En definitiva, la visión de McGinniss es una visión de la clase media, de una pornografía sin erotismo. Es como si Marlow descubriera en Lord Jim la verdad final de que el pecado de Jim era vulgar e irredimible y Jim estuviera destinado y condenado a ser el amanuense prisionero en una oscura agencia marítima."

Ahora, en el restaurante tenuemente iluminado, como Marlow hablando sobre Jim a un interlocutor en la galería de una casa tropical a la luz de las estrellas, Malley me hablaba de MacDonald. Me dijo: "Si cotejamos las pruebas del gobierno y si cotejamos nuestras propias pruebas no resulta claro lo que ocurrió. Jeff tiene su historia pero no todos los detalles de la historia, según él mismo admite. Lo cierto es que él es el único testigo ocular y lo mira a uno derechamente a los ojos y dice 'Yo no lo hice'. Yo le creo. Le

creo así como Joe no le presta crédito. Jeff me convenció de que decía la verdad en 1970 cuando el caso era fresco y nuevo y no pesaban sobre él veinte años de argumentos, suposiciones y refinamientos de los abogados. En 1970 me encontraba en la posición de saber lo que había que saber y desde entonces no han aparecido muchas nuevas pruebas. En 1970 el caso era fresco y nuevo y allí formé mi opinión. Decidí que las pruebas no condenaban a Jeff, pero tampoco lo absolvían. Me pareció que Jeff era digno de confianza y confié en él, aún confío en él. Supongo que la decisión del ejército de levantar los cargos se basaba también en prestar crédito a lo que dijo Jeff. Así me forjé mi opinión y nunca tuve ninguna razón particular para modificarla”.

Malley también me habló de las personas que se habían hecho cargo de la causa de MacDonald. “Es fácil adoptar una causa cuando ésta es simpática, es como la causa que uno puede adoptar en favor de perritos sin hogar. Jeff ha cambiado mucho a mi juicio. En parte, yo también. Pero Jeff solía ser más agradable. No era esa clase de persona tan consciente que es ahora. Solía ser un muchacho muy simpático e ingenuo. Toda esta experiencia le ha enseñado muchas cosas y no ha mejorado su carácter, aunque yo no lo censuro.”

“¿Qué es lo peor que le ocurre, según usted?”.

“Lo peor que le ocurre es que se ha convertido no sólo en un preso físico y real, sino en un prisionero de su causa, de su imagen y de lo que la gente espera de él. Y también se ha convertido

en prisionero de la publicidad..., que es sobre todo ese libro de McGinniss. Ahora Jeff juzga todas sus palabras y todos sus actos según lo que piensa de él la gente que leyó el libro, y hace todo cuanto puede para anular semejante impresión. No es una persona espontánea, ya no es más una persona de carácter abierto, cordial, como antes era. En el colegio no fuimos particularmente amigos — sólo llegamos a serlo íntimamente cuando yo intervine en el caso— porque yo mismo nunca tuve ese modo de ser. Me gustan las personas como él, pero yo mismo nunca tuve un carácter abierto y cordial, una persona que hace amistades con facilidad y habla con la gente en la calle. Él siempre se comportaba así y al cabo de un rato se granjeaba todas las simpatías. Ahora es mucho más... 'reservado', aunque no es ésta la palabra exacta, si bien se aproxima bastante a lo que quiero decir. Mucha gente no se da cuenta del cambio. Creo que Jeff continúa siendo aún cordial y franco. Pero ahora sigue un método y creo que es muy consciente de ello. Por sí mismo no puede hacer nada, de manera que debe manipular a las personas que están cerca de él. Ya no puede ser aquel espontáneo muchacho de antes. Es muy reflexivo sobre lo que dice y hace. Y en cierto sentido esto es bueno, revela madurez. Pero desde el punto de vista de la amistad de los viejos tiempos esto resulta un poco desconcertante. Aún considero a Jeff como uno de mis mejores amigos, pero Jeff sabe que yo no tengo necesidad de él y que él me necesita a mí. Antes no era así. Ninguno de nosotros dos necesitaba del otro. Ahora es bien claro que él me necesita para

ciertas cosas y que no tiene ningún control sobre si las hago o no las hago. Cuando lo visito, siempre me impresiona comprobar hasta qué punto han cambiado nuestros papeles; tal vez esa impresión se deba al pequeño cuarto en que nos vemos y al hecho de que lo traigan esposado. Cuando Jeff solía pasearme en su barca, él era el capitán, él conducía el bote y yo no hacía sino beber cerveza, ahora todo es diferente. Y él se comporta de manera muy diferente. No lo censuro, pero tampoco es agradable. Nunca me gustaron las relaciones en las que alguien deseaba obtener algo de mí. Me gustan las relaciones recíprocas. Y éstas de ahora ya no son relaciones recíprocas. Jeff ya no tiene nada que ofrecerme, salvo su amistad. Creo que Jeff siente sincera simpatía por mí, y el sentimiento es ciertamente recíproco, pero eso no basta. Jeff tiene necesidad de gente no sólo que lo estime, sino que lo estime y que haga algo por él. Ese es uno de los problemas de ser abogado y supongo también uno de los problemas de ser escritor. Soy una de esas personas a las que Jeff hace la corte. Jeff le hizo la corte a Joe y probablemente le hizo la corte a usted... para que usted hiciera algo por él..."

Mientras hablaba la voz de Malley sonaba glacial, como la de un hombre que habla de una mujer a la que antes amó pero a la que ahora encuentra patética. ¿Por qué me estaba contando todas estas cosas? Luego dije:

"¿Por qué la gente deja que los periodistas escriban sobre ella?"

Malley explicó: "En el caso de Jeff había un motivo evidente: deseaba que se publicara un li-

bro que dijera al mundo que era inocente y un buen muchacho. Pero en cierto momento la opinión del mundo se hizo secundaria y el verdadero auditorio para el yo de Jeff llegó a ser Joe. Jeff realmente sentía simpatía por Joe y confiaba en él. Por eso es inadmisiblemente semejante traición. Si Joe hubiera dicho en su libro 'A regañadientes llegué a la conclusión de que este buen muchacho, por quien sentía verdadera simpatía, asesinó a su mujer y a sus hijas', habría sido otra cosa. Pero el libro dice 'Este tipo es alguien que asesinó a sangre fría, alguien que manipuló a sangre fría, alguien que mintió a sangre fría y sólo yo, Joe McGinniss, lo vi desde el principio, pero tenía que estar seguro'. Siempre supe que Joe tenía la opción de no creer a Jeff y Jeff también lo sabía, pero lo que nunca supe era que Joe tenía la opción de detestar a Jeff. Y Joe no sólo nunca dio señal alguna de su manera de sentir sino que hizo exactamente lo opuesto: mostró todos los indicios de que Jeff le agradaba. McGinniss era el camarada de Jeff. Corrían juntos, se contaban sus historias de muchachas, compartían toda esa atmósfera de camaradería varonil".

Poco después Malley dijo: "En cierto nivel, siento simpatía por Joe. No creo que Joe se dijera cínicamente 'Creo que es inocente pero eso no hará que mi libro se venda, diré pues que es culpable'. No, no lo creo, nunca lo creí. La falla del carácter de McGinniss puede consistir en que no sabe qué hacer para granjearse la simpatía de los demás".

"Eso es cierto. Creo que Joe desea más que ninguna otra cosa agradar a los demás. En ese

sentido es muy parecido a Jeff. Pero, a diferencia de Jeff, Joe también desea formular juicios sobre todas las cosas. Joe es muy amigo de emitir juicios, aunque esto no se advierte cuando uno habla con él porque entonces mantiene una actitud de eterna tolerancia.”

“Si Joe hubiera dicho ‘Mira, Jeff, he llegado a la conclusión de que tú lo hiciste’, ¿Habría Jeff hablado francamente con él?”.

“Sí, creo que lo habría hecho. Se habría negado a creer que no podría persuadir a Joe.”

Malley habló también de la capacidad de adaptación de MacDonald: “No deseaba pasarse el resto de su vida lamentándose o tratando de dar caza a los asesinos. Ahora acepta la cárcel así como aceptó los asesinatos”.

“Es una vida arruinada”.

“Sí, así es. Desde los veintisiete años, la vida de Jeff estuvo dominada por lo ocurrido y a menos que suceda algo dramático no saldrá de la cárcel hasta terminar este siglo. Es improbable que se le conceda un nuevo juicio. El sistema ha seguido su curso.”

Mantuve correspondencia con MacDonald entre enero y noviembre de 1988. El me escribía largas cartas en grandes hojas de papel legal y yo le escribía breves misivas a máquina. Una correspondencia es una especie de aventura amorosa. Se desarrolla en un pequeño espacio privado y cerrado — una hoja de papel puesta dentro de un sobre es su vehículo y emblema— y está teñida por un sutil pero palpable erotismo. Cuando escribimos regularmente a alguien comenzamos a

anhelar que lleguen sus cartas y sentimos creciente emoción a la vista del familiar pobre. Pero si somos honestos con nosotros mismos reconoceremos que el principal placer de la correspondencia está más en la respuesta que damos que en el mensaje que recibimos. De quien nos enamoramos es de nuestra propia persona epistolar antes que de la del corresponsal de nuestra pluma; lo que hace que la llegada de una carta sea un suceso importante es la ocasión que ofrece de que uno escriba para contestarla antes que la ocasión de leerla. Algo del misterio de las cartas que McGinniss escribió a MacDonald se me reveló cuando me puse por así decirlo dentro de la piel de McGinniss y volví a recorrer el terreno de su fatal correspondencia. Por supuesto, evité los evidentes peligros latentes que le ocasionaron a él tantos sinsabores en el tribunal; no le prometía nada a MacDonald y no le escribía nada sobre mí misma que pudiera incomodarme que otros conocieran; pero ahora que recorro las copias xerox de las cartas que envié a MacDonald compruebo que no estaba menos enamorada del sonido de mis palabras de lo que estaba McGinniss del sonido de las suyas. Así como McGinniss había desempeñado el doble papel de autor célebre y de camarada varonil de MacDonald, yo asumí el papel de una especie de Lady Bountiful del periodismo al escribir a aquel pobre convicto y al darle a entender hasta qué punto era afortunado por el hecho de conocerme y por poder leer mis reflexiones sobre la relación del escritor y la persona que es el tema de sus escritos. Me parece que mis cartas son a su manera tan desagradables como

las de McGinniss. No es tanto lo que ellas dicen lo que me fastidia, como ese tono satisfecho y de fundamental falsedad, la falsedad que está inserta en la relación del autor y el protagonista de su obra, falsedad contra la que nada se puede hacer. Sólo cuando la persona entrevistada rompe relaciones con el autor — así como McGinniss rompió relaciones conmigo— el periodista se encuentra en una situación completamente libre de compromisos. A diferencia de otras relaciones que tienen un fin determinado y están claramente delineadas como tales (dentista-paciente, abogado-cliente, profesor-alumno), la relación de autor y persona tratada por éste parece depender para perdurar de una especie de oscuridad, de encubrimiento de sus fines. Si todo el mundo pone sus cartas sobre la mesa la partida toca a su fin. El periodista debe realizar su trabajo en un estado de anarquía moral deliberadamente producido. Eso es lo que Buckley y Wambaugh trataban de explicar en el tribunal y si lo hubieran hecho con menos arrogancia y más disculpas — si lo hubieran explicado como un desconcertante y desafortunado azar de su ocupación antes que como una virtuosa necesidad— podrían haber logrado que el jurado no se pusiera en contra de ellos.

Tampoco deja de presentar sus problemas morales el lado de la persona tratada por un escritor. Las cartas que me envió MacDonald eran a su manera tan falsas como las que le envié yo. MacDonald me estaba haciendo la corte, como me lo explicara Malley, y se proponía “usarme” así como se proponía “usarlo” a él. Aunque traté de no engañarlo en sus esperanzas, comprendía

que MacDonald nunca renunciaría a su fantasía de que yo escribiría la historia del “hombre decente encarcelado” que McGinniss no había escrito; sus cartas de veinte o treinta páginas estaban todas enderezadas al mismo fin y eran como martillazos de su justificación inexorable, reiterada, altisonante. Cuando llegaba una carta la hacía a un lado con la intención de leerla después — la redacción era irremisiblemente ampulosa — pero cuando por fin la leía, me ocurría algo inesperado. Me conmovía a veces hasta el punto de hacerme derramar lágrimas. Había en ellas algo terrible e intolerablemente fastidioso, como la destructiva realidad de las pinturas de Francis Bacon. Sin embargo, cuando comencé a escribir esta crónica perdí el deseo de continuar carteándome con MacDonald. El, una vez más, se había convertido en el personaje de un texto y su existencia como persona real se iba desvaneciendo para mí (así como le había ocurrido a McGinniss hasta que el pleito de MacDonald tornó a mostrar su figura con toda su incandescencia). Una larga carta de MacDonald permanece sin responder sobre mi escritorio. Me cuenta algo sobre hechos de su causa criminal, “nuevas pruebas extraordinariamente vigorosas” que todavía no tiene “la libertad de hacer públicas”, pero que me enviará, si así lo deseo. No lo deseo. Si MacDonald nada tiene que perder ya en sus encuentros con periodistas, un periodista tiene poco que ganar de él. La historia de los asesinatos ya ha sido contada — por Joe McGinniss — y ha adquirido el carácter de una versión definitiva. Si se concediera realmente a MacDonald un nuevo juicio y aun cuan-

do de él resultara que era inocente, MacDonald será capaz de reconstruir su vida, pero no será capaz de borrar la historia de McGinniss, así como “nuevas y vigorosas pruebas” de la inocencia de Raskolnikov no podrán borrar la narración de Dostoyevski. (Jeffrey Elliot abandonó recientemente su libro sobre el caso de MacDonald pues ningún editor quiere ocuparse de él.) Es bien natural que una persona agraviada o humillada — o que sienta haberlo sido— albergue la fantasía de que acuda un autor en blanco corcel y enderece todos los entuertos. Como lo ilustra el caso *MacDonald versus McGinnis* el escritor que acude suele tan sólo empeorar las cosas. Lo que da al periodismo su autenticidad y su vitalidad es la tensión que hay entre la ciega entrega de la persona entrevistada y el escepticismo del periodista. Los periodistas que se tragan por entero la versión de las personas entrevistadas y la publican son, no periodistas, sino publicistas. Si la lección dada por *MacDonald versus McGinnis* fuera tomada seriamente por futuros entrevistados ello podría ciertamente significar el fin del periodismo, como lo sostenía Kornstein. Afortunadamente para los lectores y los autores (como lo demuestra la carta de Kornstein tan cargada de fantasías), la naturaleza humana garantiza que nunca habrán de faltar personas dispuestas a ser tema de los autores. Lo mismo que los jóvenes y doncellas aztecas elegidos para el sacrificio, que vivían en medio de los deleites y la abundancia hasta que llegaba el día señalado para que se les extrajeran del pecho sus corazones, las personas que son objeto de tratamiento periodístico saben

demasiado bien lo que les aguarda cuando terminan los días del vino y de las rosas, es decir, los días de las entrevistas. Y aun asienten cuando un periodista solicita entrevistarlos y se quedan pasmados cuando ven el relucir del puñal.

Epílogo

Aunque los autores y los editores se complacen en quejarse por la proliferación de pleitos por difamación y calumnia que se desarrollan en este país, pocos son los que seriamente proponen algo para revertir esa tendencia. La sentencia de muerte pronunciada por el ayatollah contra Salman Rushdie pone de relieve el sentimiento primitivo que está detrás de todo pleito por difamación y hace que el autor se muestre ciertamente agradecido porque el mecanismo de la ley transforme el impulso de matar de una persona descontenta en el más civilizado fin de sacarle grandes sumas de dinero. Aunque rara vez el querellante obtiene el dinero imaginado —la mayor parte de esta clase de juicios termina con la derrota del querellante o con un arreglo modesto—, el pleito por calumnia y difamación mismo obra como un vigoroso agente terapéutico que libera al sujeto de sus sensaciones de humillante impotencia y le devuelve su buen ánimo y su *amour propre*. El abogado que se hace cargo de su caso le procura inmediatamente el alivio de la simpática compresión que exigen los agravios. La

psicoterapia convencional muy pronto desemboca en un desagradable examen de las lagunas que presente la historia de uno, pero la cura de la ley nunca deja de ser gratificante; en verdad, lo que el abogado dice y escribe en favor de su cliente es gratificante más allá de todas las expectativas de éste. La retórica abogadil es la retórica de ese vengativo cavilar de altas horas de la noche que en la vida rara vez sobrevive a la luz escéptica de la mañana, pero que en un pleito queda inscrito, como en una piedra, en los belicosos documentos que crecen mientras el litigio sigue su curso y que proclaman en cada aseveración “¡Tengo razón! ¡Tengo razón! ¡Tengo razón!” Mientras tanto, en la parte contraria se desarrolla la misma orgía de autojustificación. El acusado de calumnias, después de un momento inicial de ansiedad (todos nos sentimos culpables de algo, y ser demandado en un juicio acentúa ese sentimiento), llega a comprender por obra de la acción de su abogado-terapeuta que está en su completo derecho y que nada tiene que temer. De todas las experiencias agradables quizá no haya ninguna mayor que la provocada por un documento legal escrito en favor de uno. Un abogado discurre en favor de uno como uno mismo nunca podría hacerlo y con su retórica de abogado nos infunde un sentimiento de certeza que nunca podrá alcanzar por uno mismo con el lenguaje del discurso cotidiano. Las personas que nunca demandaron a nadie o que nunca fueron demandadas se han perdido un placer narcisista que no se parece a ningún otro.

Hace unos años yo misma tuve la oportuni-

dad de experimentar ese placer cuando me demandó por difamación el principal personaje de mi libro *En los archivos de Freud*, Jeffrey Masson. Recuerdo muy bien la pila de documentos del pleito que se juntó en mi oficina, pila a que me sentía atraída como si representara un solaz prohibido; y yo examinaba atentamente, como un niño que lee una historia de hadas favorita, una y otra vez aquellos documentos. Por supuesto, mi entusiasta lectura comprendía sólo la mitad de los documentos de la pila, es decir, aquellos redactados por mis abogados. La otra mitad — los documentos redactados por los abogados de Masson— no tenía para mí ningún interés; examinaba cada uno apenas llegaba y percibía siempre rápidamente su debilidad y falta de sentido, de manera que no volvía a leer tales documentos. Estoy segura de que por su parte Masson hacía lo mismo. En la vida es bastante difícil adoptar el punto de vista de otra persona, y en un pleito esto es imposible. La fatal atracción de un proceso legal — como nos lo mostró Dickens en *Bleak House* con el caso de *Jarndyce versus Jarndyce*— está en las infinitas posibilidades que nos ofrece para evadirnos del mundo real, de su ambigüedad, de su oscuridad, de sus dudas, de sus desengaños, de sus compromisos y de sus acomodaciones. El mundo del litigio legal es el mundo del ideal platónico en el que todo es claro, con relieves propios, en que algo es una cosa o es la otra. Es un mundo — como lo mostró Dickens con su alegoría de la obsesión— en el que entramos no sin correr riesgos puesto que es también el mundo de la locura. A los pocos me-

ses de haber entablado Masson su pleito, yo seguí la advertencia de Dickens y me mantuve apartada para retornar a la cuestión sólo una vez más: en el verano de 1987 cuando un juez federal desestimó sumariamente la demanda de Masson; me temo que leí y torné a leer varias veces las veintisiete páginas de la disposición del juez con ese antiguo regocijo solipsista. Pero esos sentimientos de regocijo fueron pronto reemplazados por cierta fatigada simpatía que experimenté por aquel hombre cuyos esfuerzos habían quedado en la nada.¹

Ser demandado por una persona que vive en las páginas de un libro que uno ha escrito no es, después de todo, lo mismo que ser demandado por alguien que existe sólo en la vida real. Uno conoce a su adversario más íntimamente de lo que conoce a la gente meramente real, no porque se haya tenido ocasión de estudiarlo más estrechamente de lo que estudia a las personas sobre las cuales no escribe, sino porque el autor ha puesto una gran dosis de sí mismo en el personaje. *"Madame Bovary, c'est moi"*, dijo Flaubert de su famoso personaje. Los personajes de las obras no ficticias, en no menor medida que los personajes de las obras de ficción, se deben a los más idiosincrásicos deseos y a las ansiedades más profundas del autor; esos personajes son los que el autor desea que sean y se preocupa de que así ocurra. *Masson, c'est moi*.

* * *

En su biografía de Gogol, Vladimir Nabokov,

al citar una teoría (que descarta) sobre los orígenes de *El inspector general*, observa:

“Es extraña la morbosa inclinación que tenemos de obtener satisfacción del hecho (generalmente falso y siempre irrelevante) de que una obra de arte puede rastrearse hasta una ‘historia verdadera’. ¿Se debe esto a que comenzamos a respetarnos más cuando sabemos que el autor, igual que nosotros mismos, no fue lo suficientemente hábil para imaginar él mismo una historia?”.

Cuando la crónica de la traición periodística que constituye el contenido de este libro se publicó por primera vez en *The New Yorker*, algunos miembros de la comunidad periodística sostuvieron que yo no había elaborado mi historia— es decir, que no había obrado de buena fe al presentarla como una nueva historia—, sino que sencillamente había presentado una versión disfrazada del pleito Masson-Malcolm. Mi sugerencia de que todos los periodistas sienten, o deberían sentir, cierta compunción por el carácter de explotación que tiene la relación del periodista con la persona tratada en sus artículos fue considerada como una confesión encubierta del daño que yo había hecho a Jeffrey Masson, quien prontamente se había embarcado en el proyecto de mostrar que mi texto no era más que el producto de una conciencia culpable. El sentimiento de simpatía por Masson que había surgido en mí a causa del juicio sumario se reanimó cuando vi el espectáculo que él daba concediendo entrevistas a los periodistas, cuyo único interés era utili-

zarlo como agente para desarrollar las historias que ellos tramaban; una vez que lo usaron lo dejaron de lado. Aquel hombre complejo, descarado y vivido que aparecía en mi libro quedaba tristemente disminuido en esta nueva atmósfera periodística. ¿Qué habían hecho con ese inquieto y complicado Masson para presentarlo tan insípido?

Sin embargo, todo aquello sirvió a sus fines y la acusación expuesta en el pleito de que yo lo había calumniado al hacer citas equivocadas comenzó a circular en diarios y revistas de todo el país, no como una acusación empero, sino como un hecho establecido. Es una triste experiencia tomar el venerable periódico que uno ha leído durante toda su vida adulta y de cuya veracidad nunca tuvo motivo para dudar y leer algo sobre uno que sabe que es falso.² El *Times* publicó una desmentida en su debido momento, pero el daño ya estaba hecho. Como escribió recientemente Tom Wicker en su columna titulada "En la Nación": "Es una perogrullada decir que las retracciones nunca anulan los cargos. Los periodistas honestos que pueden haber impreso equivocadamente falsa información saben que la retractación más vehemente nunca disipa el daño producido por la publicación original". La ocasión de la observación de Wicker fue la muerte de Owen Lattimore, que había sido acusado de ser espía comunista por McCarthy y que después de muchos esfuerzos había logrado justificarse de estas acusaciones y de otras semejantes. El núcleo del artículo de Wicker era el siguiente párrafo:

“Después de la publicación de la nota necrológica... dos personas bien informadas que no eran sospechosas de tendencias derechistas me dijeron que se habían sorprendido al leer que el señor Lattimore era en realidad inocente de las acusaciones. Sabían que McCarthy exageraba, pero durante casi cuarenta años, como dijo una de ellas, habían tenido la impresión de que el señor Lattimore estaba por lo menos ‘manchado’”.

A causa de la publicación del *Times*, para ciertas personas bien informadas, yo también estaré sin duda siempre manchada y seré una especie de mujer caída del periodismo.

¿Qué es lo que le importa al lector en la cuestión de saber si un autor violó o no las reglas de su género? Después de todo las obras de ficción contemporánea están plagadas de semejantes transgresiones. Si E. L. Doctorow puede experimentar con la forma de la novela mezclando personajes ficticios con personajes históricos y si Philip Roth puede ir tan lejos como para comunicar la muerte de un personaje en el primer capítulo de *The Counterlife* y luego, en el segundo capítulo, envía al hombre a Israel para recuperarse de la operación de corazón que lo había matado en la página diecisiete. ¿por qué los escritores de obras no ficticias no pueden obrar de la misma manera, tomarse análogas libertades y llevar a cabo sus propios experimentos modernistas? ¿Por qué el autor de un género goza de más privilegios que el autor de otro género?

La respuesta es: porque el autor de ficción está autorizado a gozar de mayores privilegios. El

es el dueño de su propia casa y puede hacer en ella lo que se le antoje; hasta puede derribarla si se siente inclinado a ello (como se sintió inclinado Roth en *The Counterlife*). Pero el autor de obras no ficticias es sólo un inquilino que debe atenerse a las condiciones de su contrato de arrendamiento, el cual estipula que debe dejar la casa —y su nombre es la realidad— tal como la encontró. Puede llevar a ella sus propios muebles y disponerlos como le guste (el llamado nuevo periodismo se ocupa de la disposición de los muebles) y puede oír su aparato de radio tranquilamente. Pero no debe modificar la estructura fundamental de la casa ni alterar ninguno de sus rasgos arquitectónicos. El autor de una obra no ficticia está sujeto a un contrato con el lector y por ese contrato se limita a tratar sólo acontecimientos que realmente ocurrieron y personajes que tienen sus réplicas en la vida real; pero no puede embellecer la verdad de esos acontecimientos o de esos personajes.

Estoy hablando de estas limitaciones del autor de obras no ficticias como si fueran desventajas, cuando en realidad hacen que su trabajo resulte mucho menos arduo. El novelista tiene que comenzar desde un punto de partida imaginario y entregarse a la terrible labor de construir un mundo, en tanto que el escritor de obras no ficticias encuentra su mundo ya hecho. Aunque en modo alguno es un mundo tan coherente como el mundo de la ficción y está poblado por personajes que de ninguna manera tienen la vitalidad de los personajes de ficción, el lector acepta todo esto sin quejarse pues siente compensada la infe-

rioridad de su experiencia como lector por lo que considera como el carácter edificante del género. Es una obra sobre algo que es cierto, sobre sucesos que realmente ocurrieron y sobre personas que realmente vivieron o viven. El lector así lo acepta y lee con espíritu más indulgente que el que muestra con una obra de literatura imaginativa de la cual esperamos una experiencia más intensa. El lector extiende una especie de carta de crédito al autor de obras no ficticias, carta que no extiende al autor de ficciones; por eso el autor de obras no ficticias debe ser puntilloso en presentar la mercancía por la cual el lector ha pagado de antemano con su paciencia y tolerancia. Por supuesto, no existe una obra hecha sólo de hechos puros, así como no existe una obra de pura ficción. Toda obra de ficción se sustenta en la vida, así como toda obra no ficticia se sustenta en el arte. Así como el novelista debe refrenar su imaginación para que su texto esté fundado en la experiencia común del hombre (los sueños ejemplifican la imaginación irrefrenada, de ahí su falta de interés para todo aquel que no sea el soñante mismo), el periodista debe mezclar los hechos literales con los recursos narrativos de la literatura imaginativa.

Uno de los casos más notables de la necesidad de esta mediación — que muestra cómo lo literalmente verdadero puede en verdad ser una especie de falsificación de la realidad— es el que ofrece la transcripción de la cinta grabada de un discurso. Cuando hablamos con alguien no nos damos cuenta del carácter extraño del lenguaje que empleamos. Nuestro oído lo capta como in-

glés o español y sólo cuando lo vemos transcrito al pie de la letra y palabra por palabra nos damos cuenta de que se trata de una especie de lengua extranjera. Lo que la grabadora ha revelado sobre el discurso humano — es decir, que el señor Jourdain de Molière estaba equivocado ya que, después de todo, no hablamos en prosa— es algo parecido a los estudios sobre el movimiento que hiciera el fotógrafo Eadweard Muybridge del siglo XIX, estudios sobre el movimiento que revelaron particularidades de la locomoción animal. La rápida cámara de Muybridge captaba y fijaba posiciones antes nunca vistas y demostraba que los artistas de toda la historia del arte estaban “equivocados” en sus representaciones de caballos (entre otros animales) en movimiento. Los artistas contemporáneos se sintieron al principio muy perturbados por los descubrimientos de Muybridge, pero pronto recobraron su ecuanimidad y continuaron pintando lo que ve el ojo en lugar de pintar lo que la cámara capta. Análogamente, los novelistas de nuestra era de grabadoras continuaron redactando su diálogo en inglés o en español, etc., en lugar de dar los registros de las cintas, de manera que la mayor parte de los periodistas que trabajan con una grabadora usan las transcripciones de entrevistas tan sólo para ayudar a su memoria, como una especie de segunda manera de tomar notas, en lugar de dar el texto de la cita. La transcripción no es una versión terminada, sino que es un borrador grosero de la expresión. Como sabe todo aquel que estudió transcripciones de discursos grabados, todos nosotros parecemos resistirnos extremadamente

a expresar directamente lo que queremos significar; de ahí la extraña sintaxis, las vacilaciones, los circunloquios, las repeticiones, las contradicciones, las lagunas, que exhibe casi toda nuestra habla.

La grabadora ha inaugurado una suerte de mundo submarino de fenómenos lingüísticos cuyos Cousteaus todavía son desconocidos para el público en general. (Una primera contribución fascinante a este campo de investigación es un artículo de título aborrecible "Ejemplos de contratransferencia de la expresión sintáctica de contenido desviado", escrito por Hartwig Dahl, Virginia Teller, Donald Moss y Manuel Truhillo [*Psychoanalytic Quarterly*, 1978], que analiza palabra por palabra el discurso de un psicoanalista durante una sesión y muestra que su extraña sintaxis es una forma de encubierta intimidación o fanfarronada.) Pero ese mundo no es el mundo del discurso periodístico. Cuando un periodista se propone citar a una persona entrevistada lo hace con la grabadora y traduce su discurso a prosa. Sólo un periodista muy duro (o inepto) mantendrá literalmente las declaraciones del entrevistado sin hacer las necesarias refundiciones y nuevas redacciones que, en la vida, nuestro oído capta automática e instantáneamente. (Es interesante comprobar que el grado en que el discurso de una persona se desvía de la prosa varía mucho de una persona a otra. Hay personas sobre las cuales he escrito cuyo discurso al pie de la letra, palabra por palabra, es tan bárbaro que toda cita debe resultar por fuerza una paráfrasis; y hay otras — Jeffrey Masson y Aaron Green,

el protagonista de mi libro *Psicoanálisis, una profesión imposible*, son dos ejemplos sobresalientes— cuyo discurso al pie de la letra se aproxima a menudo tanto a la prosa que casi se lo puede citar literalmente.)

Antes de la invención de la grabadora, ninguna cita podría ser textual, al pie de la letra — lo que Boswell cita como palabras del doctor Johnson evidentemente no era lo que realmente dijo Johnson; nunca sabremos lo que dijo—, y muchos periodistas continúan trabajando sin beneficiarse con esta ayuda técnica de doble filo pues realizan su trabajo refundiendo o parafraseando las palabras del entrevistado en el momento en que hacen sus apuntes en la libreta de notas. En esta época de litigios ha resultado útil que los periodistas tengan un registro electrónico de lo que dijo la persona entrevistada. Pero esta razón extraliteraria de emplear una grabadora así como la razón más convencional de captar el gusto o sabor del discurso de un entrevistado puede ser insuficientemente beneficioso — tanto para el texto como para el periodista— para justificar el uso continuado de la grabadora en las entrevistas periodísticas. Los textos con diálogos y monólogos tomados de una cinta —por bien registrada que esté la transcripción— siempre conservan algún rastro de su origen (casi una especie de resonancia metálica) y en ellos falta la atmósfera de confianza propia del trabajo en que el propio oído del periodista ha captado los quilates del pensamiento del entrevistado. Y los pleitos en los que las transcripciones de entrevistas registradas en cintas se emplean para decidir la cuestión de lo que

dijo o no dijo una persona pueden degenerar (como, a mi juicio, degeneró el pleito *Masson versus Malcolm*) en farsescas disputas sobre el grado en que un periodista puede obrar como escritor antes que como estenógrafo.

Ninguna de las citas de este libro — o de mis otros escritos periodísticos— es, desde luego, idéntica al discurso original. Pero tampoco son de esa “probable” variedad descrita por Joseph Wambaugh. Aunque la técnica de Wambaugh se emplea frecuentemente en las novelas históricas — “¡Dios mío”, dijo Richelieu, “cuando el rey se entere de esto montará en cólera!”—, así como en las propias novelas de Wambaugh sobre “crímenes verdaderos” dicha técnica queda excluida en obras que se presentan como periodísticas. Cuando leemos una cita en un diario o en un texto como éste, suponemos que la versión ofrecida es lo que realmente — no probablemente— dijo la persona dada. La idea de un periodista que invente, en lugar de informar, sobre el discurso es repugnante y hasta siniestra. Como buena parte de nuestro conocimiento del mundo deriva de lo que leemos en la prensa, naturalmente nos inquietamos apenas se plantea la cuestión de las falsas citas. La fidelidad al pensamiento y a la manera característica de expresarse de una persona es la condición *sine qua non* de las citas periodísticas, una condición a la que deben someterse todas las consideraciones estilísticas. Afortunadamente para el lector y para la persona entrevistada la labor relativamente menor de traducir registros grabados al idioma común y la responsabilidad mayor de ser fiel a la cita no son en

modo alguno incompatibles; en realidad, como yo lo he propuesto — y como lo descubrí en mí misma una y otra vez— son fundamental y decisivamente complementarias.

He escrito largas obras de reportaje durante poco más de una década. Casi desde el comienzo me impresionó ese carácter vicioso de la relación que hay entre el periodista y la persona entrevistada, y cada artículo no hizo sino aguzar mi conciencia de la gangrena que anida en el corazón de la rosa del periodismo. Cuando Daniel Kornstein y Joe McGinniss se dirigieron a mí para exponer ese ejemplo del problema del periodista y el sujeto — un pleito en el que un hombre que está cumpliendo en la prisión la sentencia por asesinato y que demanda al autor que penosamente lo engañó durante cuatro años—, la cuestión coincidía con lo que yo había estado pensando durante muchos años e inflamó mi imaginación con sus posibilidades narrativas. La idea de que mi versión de ese caso es una versión tenuemente velada de mi propia experiencia de ser demandada es no solo errónea sino que revela una curiosa ingenuidad sobre la psicología de los periodistas. El rasgo dominante y más profundamente arraigado del periodista es su timidez y temor. Mientras el novelista sin temor alguno se lanza al agua y se expone al público por entero, el periodista permanece tembloroso en la costa con su ropa de playa. No es para él el fatigoso atletismo — que constituye la labor diaria del novelista— de exponer sus más profundas aflicciones y vergüenzas ante el mundo. El periodista se limita al limpio y caballe-

resco trabajo de exponer las aflicciones y vergüenzas de los demás. Precisamente porque el pleito entablado por Macdonald no tenía ningún elemento en común con el pleito de Masson contra mí, me sentí animada a escribir sobre aquél. (E incidentalmente, en mi condición de demandada me encontraba en la posición de considerar con simpatía la causa del demandante.) El pleito *MacDonald versus McGinniss* no tenía ningún precedente por cuanto se refería a la conducta personal de un autor respecto de la persona tratada en su libro; ningún pleito anterior había mostrado semejante chanchullo; el pleito *Masson versus Malcom* se limitó a un texto publicado. El hecho de que sin embargo algunos lectores pudieron pensar que el presente libro era una velada autobiografía (y así pudieron considerar incompleto mi texto y hasta tortuoso porque en él no se mencionaba el pleito de Masson) se debe, como he llegado a pensarlo, a una errónea concepción de la identidad del personaje llamado "yo" en una obra periodística. Ese personaje es diferente de todos los otros personajes del periodista por cuanto representa la excepción a la regla de que en el periodismo no hay que inventar nada: el personaje "yo" del periodismo es casi invención pura. A diferencia del "yo" de la autobiografía, que ha de entenderse como una representación del autor, el "yo" del periodismo se relaciona con el autor sólo de una manera tenue, digamos, la manera en que Superman está relacionado con Clark Kent. El "yo" periodístico es un narrador ultraconfiable, es un funcionario a quien se le han confiado cruciales tareas de narración,

de argumentación y tono, es una creación *ad hoc* como el coro de la tragedia griega, que sólo existe para la ocasión en que se lo convoca y no tiene historia ni vida propia. El “yo” periodístico es una figura emblemática, una encarnación de la idea del observador desapasionado de la vida. Ello no obstante, los lectores que aceptan la idea de que el narrador de una obra de ficción no es la misma persona que el autor del libro rechazarán obstinadamente la idea del “yo” inventado del periodismo; y aun entre los periodistas hay quienes encuentran dificultades para salirse de los Supermen de sus textos. Hubo un momento en mi conversación con el profesor y periodista Jeffrey Elliot en que esta confusión se puso agudamente de relieve. Elliot me contó que se había sentido sublevado por un incidente expuesto en *Visión fatal* — incidente que también apareció en la versión filmica del libro—, en el cual MacDonald y los miembros de su equipo de defensa de Raleigh se divertían durante la fiesta de cumpleaños de Bernie Segal arrojando dardos a una fotografía ampliada de Brian Murtagh, un cáustico fiscal del gobierno. McGinniss escribió:

“Uno por uno, cada miembro del equipo de defensa arrojó por turno flechas al cuadro. Jeffrey MacDonald dio directamente en el blanco. Alborozados él mismo, sus abogados y sus asistentes aplaudieron y rieron. En su entusiasmo MacDonald parecía olvidarse de la posibilidad de que, dadas las circunstancias, pudiera no ser conveniente para él lanzar un objeto puntiagudo ni siquiera a la representación fotográfica de un ser humano”.

En la versión filmica, MacDonald aparece arrojando saetas mientras Joe McGinniss observa hoscamente la escena. En la primera deposición de McGinniss, Gary Bostwick le preguntó si él mismo había arrojado un dardo en aquella fiesta y McGinniss respondió "No recuerdo". En el pleito de MacDonald contra McGinniss, Segal declaró que recordaba haber visto a McGinniss arrojando un dardo. Elliot declaró indignado: "¿Cómo puede uno escribir un libro y considerar una película en la que se lo muestra apartado en un rincón durante la fiesta de cumpleaños observando cómo MacDonald arrojaba dardos al rostro del fiscal — contemplando aquello como si considerara repulsivo el espectáculo—, cuando en realidad uno no estaba observando horrorizado sino que arrojaba saetas como los demás? Eso es deshonesto. Se usa esa escena para hacer parecer malvado a MacDonald, y el autor es ese personaje puro que observa el espectáculo horrorizado. Pero si uno participó en el lanzamiento de dardos no debe describir semejante escena porque a la larga se descubrirá que uno ha participado".

"No, no es así", le dije a Elliot. "Hasta que se inició el pleito entablado por MacDonald a nadie se le hubiera ocurrido nunca poner en tela de juicio la conducta personal de un periodista de la manera en que Bostwick puso en tela de juicio la conducta de McGinniss".

"Estoy seguro de que a McGinniss tampoco se le habría ocurrido".

"Es cierto".

"Sí, todo esto es repugnante".

La insistencia de Bostwick en la discrepancia

que hay entre el personaje “yo” de *Visión fatal* y el hombre que escribió el libro es lo que hace único ese pleito y lo que le da su carácter subversivo. Kornstein tenía razón cuando señaló que ese pleito era una amenaza para el periodismo. Si el periodista ha de comenzar imitando anticipadamente la conducta del “personaje puro”, en su texto se encontrará con las manos atadas. La expresión “observador participante” fue acuñada para designar el trabajo en el terreno de los antropólogos y de los sociólogos. Esa expresión también designa el trabajo en el terreno de los periodistas. Porque McGinniss participó más plena e intensamente en el trato de su protagonista que la mayor parte de otros periodistas — ¿cuántos de nosotros viven con la persona que es nuestro tema durante seis semanas, la acompañan diariamente al juicio por asesinato, forman una sociedad de negocios con ella y le escriben a la cárcel durante seis años?— ; era más vulnerable que la mayoría de nosotros a la acusación de duplicidad en que Bostwick basó su causa. Pero lo que McGinniss hizo egregiamente lo hacen de manera más sutil y serena la mayor parte de los periodistas. Colegas míos me dijeron: “Yo nunca habría hecho lo que hizo McGinniss, no soy esa clase de autor. Me dolería mucho hacer daño a las personas tratadas”, como si lo que escribimos fuera la cuestión. La ambigüedad moral del periodismo está no en sus textos, sino en las relaciones que de ellos surgen, relaciones que son invariable e inevitablemente desequilibradas. Los personajes “buenos” de un trabajo periodístico son un producto del impío poder que tiene el au-

tor sobre otra persona y lo mismo ocurre con los personajes “malos”. Durante mis amistosas relaciones con Gary Bostwick siempre supe que yo tenía la opción de escribir sobre él algo que le causaría aflicción, y él también lo sabía, lo cual daba a nuestra “falsa amistad” una especie de conciencia reforzada que es rara entre los escritores y las personas que ellos tratan en sus obras, pero que en modo alguno altera la estructura autoritaria de la relación. Bostwick se encontraba enteramente a mi merced. Yo tenía todas las cartas. Sí, él había consentido en que escribiera sobre él y, sí, esperaba ganar algo de su encuentro conmigo. El hecho de que la persona entrevistada trate de manipular al periodista —y nadie está libre de cierta tendencia a manipular— no compensa los pecados del periodista contra el espíritu libertario. “Dos sinrazones no hacen una razón”, como se complacía en decir el folklórico Bostwick durante el juicio, citando a su madre. Lo cierto es que el programa personal de Bostwick y mi programa de escritora coincidían; si no hubieran coincidido probablemente yo habría puesto lo que creía que eran los intereses del lector por encima de las susceptibilidades de Bostwick, aunque no necesariamente: en algún momento yo también cometí el solecismo periodístico de poner los sentimientos de una persona por encima de las necesidades del texto.

Existe una variedad infinita de las maneras en que los periodistas pugnan con el atolladero moral que es el tema de este libro. Los más sensatos saben que todo lo que pueden hacer no es aún suficiente y los más prácticos evitan fácil-

mente las dos fases crudas y gratuitas del caso MacDonald-McGinniss. Los que no son tan sensatos deciden creer, según su costumbre, que aquí no hay ningún problema, que ya lo han resuelto.

NOTAS DEL EPÍLOGO

¹ Evidentemente, no estando aún dispuesto a terminar su terapia legal, Masson apeló el juicio sumario. En agosto de 1989, éste fue apoyado por la Cámara de Apelaciones de la Jurisdicción Novena de los Estados Unidos con una decisión de 2 a 1. Masson presentó inmediatamente otra apelación — esta vez para que considerara su causa un número mayor de miembros de la Cámara de Apelaciones—, apelación que está todavía pendiente en este momento.

² En un artículo titulado "Ética, periodistas y el *New Yorker*" y publicado en el número del 21 de marzo de 1989 de *The New York Times*, un periodista llamado Albert Scardino escribió que "los testimonios presentados en el juicio la pintaban inventando citas y manufacturando diálogos" y que "la señorita Malcolm se entregaba a tales inventos". Por supuesto, nunca hubo semejantes testimonios puesto que nunca hubo un juicio (el pleito fue desestimado antes de llegar al juicio) y desde luego nunca me entregué a invenciones (en ese juicio imaginario). Algo de la confusión de Scardino — y de los periodistas que informaron sobre la siguiente decisión de la Cámara de Apelaciones— se debía indudablemente a la naturaleza bastante arcana del juicio sumario, un mecanismo que ofrece la ley a los acusados que desean evitar los gastos de un juicio. En el juicio sumario, el demandado debe demostrar que el querellante no puede ganar su causa en el juicio. Para hacer que esa demostración se ajuste a los términos de la Regla 56 (c) de las Reglas Federales de Procedimiento Civil — que estipula que el juicio sumario se concederá sólo cuando "no hay una cuestión genuina tocante a hechos materiales"—, el demandado a menudo se

ve obligado a no poner en tela de juicio deplorables acusaciones que en el juicio el querellante evidentemente tendría que retirar. De manera que en el pleito Masson-Malcolm, para ajustarse a la Regla 56 (c), la defensa no puso reparos a la acusación del querellante de que cuatro páginas de notas (que yo había sometido al tribunal como la fuente de ciertas citas de mi libro) eran "inventos". En consecuencia, las decisiones del tribunal inferior y de la Cámara de Apelaciones manifestaban en efecto que aun cuando la acusación de Masson tocante a las notas fuera verdadera, su causa no podía prosperar frente a la prueba indiscutible de 1065 páginas de transcripciones de cintas. Pero evidentemente esa fórmula "aun cuando" del juicio sumario no fue recogida por la prensa diaria y se la tomó como que significaba "así es". En la cómoda atmósfera de esta nota de pie de página me gustaría decir que considero ridícula más allá de toda duda la acusación de que fabriqué notas e inventé citas, cosas que niego decididamente y de las cuales no existe prueba alguna.

(viene de la cubierta)

cluido en Los Angeles. Como usted tal vez sepa, el pleito fue entablado por el convicto del triple asesinato, Jeffrey MacDonald, el personaje del libro de McGinniss.

El juicio terminó habiéndose manifestado el jurado en desacuerdo. Aunque el demandante no logró nada, la posibilidad de que se reabra el juicio significa en un sentido muy real que las cuestiones planteadas por esa causa judicial están todavía vivas, abiertas y no decididas. A decir verdad, uno de los miembros—quien admitió que no había leído un libro desde la época de la escuela secundaria—habría dicho posteriormente que daría 'millones de dólares por sentar un ejemplo para todos los autores y mostrarles que no pueden decir mentiras' a los sujetos entrevistados».

De manera que un novelista es lo mismo que un periodista. ¿Es eso lo que usted dice?

(Pregunta hecha por el juez William J. Rea durante el juicio MacDonald-McGinniss, 7 de julio de 1987).

Lo que McGinniss debió experimentar durante aquel juicio era lo que se experimenta en esas pesadillas de las

cuales se despierta uno con lágrimas de gratitud por el hecho de que se trata sólo de un sueño. Nadie que no tuviera un corazón muy endurecido podría leer la copia del interrogatorio de Bostwick sin sentir lástima por McGinniss. Pero ni siquiera el más adicto y fiel defensor del derecho que tiene un periodista a hacer su trabajo puede dejar de preguntarse cómo McGinniss pudo haber sido tan imprudente de dejar un testimonio escrito de su mala fe, en la forma de unas cuarenta cartas dirigidas a MacDonald.



El autor

Janet Malcolm es autora de *Diana and Nikon: Essays on the Aesthetics of Photography*, *In the Freud Archives* y *Psicoanálisis: una profesión imposible*, publicada también por Gedisa. Colaboradora de *The New Yorker* y de *The New York Review of Books*, vive en Manhattan con su marido, el fotógrafo G. Botsford.

gedisa
editorial

SHN 84 7432 418 1



Cód. int: 1.514 9 788474 324181